

# Embrujo de Nora Roberts

## PRÓLOGO

Nació la noche en que el Árbol de las Brujas se tronchó. Con el primer aliento, saboreó el poder que le había sido concedido. Su nacimiento fue un eslabón más de una cadena que abarcaba siglos; una cadena recubierta a menudo por el brillo del folclore y la leyenda. Pero cuando la cadena se frotaba hasta dejarla limpia, quedaba sujeta, amarrada a la fuerza de la verdad.

Había otros mundos, otros lugares, donde se celebraron aquellos primeros llantos. Más allá de las majestuosas vistas de la costa de Monterrey, donde el pontent llanto del bebé resonó por la vieja casa de piedra, la nueva vida se celebró. En los lugares secretos en que la magia aún seguía floreciendo, en el corazón de las verdes colinas de Irlanda, en los páramos de Cornualles, se recibió con alegría aquel dulce trino de vida.

Y el viejo árbol, jorobado y torcido por la edad y por su matrimonio con el viento, aceptó en silencio su sacrificio.

Con su muerte, y el dolor gustoso de una madre, nació una nueva bruja.

Aunque la elección sería suya, un don, después de todo, se puede aceptar o rechazar, este seguiría formando parte del bebé y de la mujer en que se convertiría tanto como el color de sus ojos. De momento solo era una niña, de vista turbia, con los pensamientos a medio formar, que agitaba los puños enojados en el aire incluso mientras su padre reía y le daba con fuerza un beso en la cabeza.

La madre lloró cuando el bebé mamó de su pecho. Lloró de felicidad y de pena. Sabía ya que solo tendría a esa única hija para celebrar el amor y la unión que ella y su marido compartían.

Había mirado y lo había visto.

Mientras mecía al bebé lactante y le cantaba una vieja canción, supo que un día, no tan lejano en el vasto panorama de la eternidad, también su hija iría en busca del amor.

Deseó que de todas las virtudes que heredaría, de todas las lecciones que le enseñaría, el bebé entendiera la más importante: que la magia más pura habita en el corazón.

# 1

Había una lápida en el suelo donde se había alzado el Árbol de las Brujas. Los habitantes de Monterrey apreciaban la naturaleza. A menudo se acercaban turistas para estudiar las palabras inscritas en la lápida, o simplemente se paraban a mirar la línea rocosa de la playa, las alegres focas del puerto.

Los vecinos que habían visto el árbol por sí mismos, que recordaban el día en que había caído, mencionaban a menudo el hecho de que Morgana Donovan había nacido esa noche.

Algunos decían que era una señal, otros se encogían de hombros y lo llamaban coincidencia. A la mayoría, simplemente, le parecía una mera curiosidad. Nadie negaba que era un reclamo excelente tener una bruja nacida a un tiro de piedra de un árbol tan famoso.

Nash Kirkland lo consideraba un hecho gracioso y un gancho interesante. Pasaba buena parte de su tiempo estudiando lo sobrenatural. Los vampiros y los hombres lobo y las cosas que se agitaban por la noche eran una forma estupenda de ganarse la vida. No era que creyera en duendes ni en demonios... ni en brujas, puestos a ello. Los hombres no se convertían en murciélagos ni lobos al salir la luna, los muertos no andaban y las mujeres no surcaban la noche en palos de escoba. Salvo en las páginas de un libro o en una pantalla de cine.

Allí sí, afirmaba con satisfacción, cualquier cosa era posible.

Él era un hombre sensato que conocía el valor de la fantasía y la importancia del ocio.

Maravillaba a los fanáticos de las películas de terror desde hacía siete años, empezando por su primer y sorprendentemente exitoso largometraje, *Mutante*.

Lo cierto era que a Nash lo encantaba ver el fruto de su imaginación animado en la pantalla. No se resistía a entrar en las salas de cine para devorar palomitas entusiasmado mientras el público contenía la respiración, ahogaba gritos o se cubría los ojos.

Le gustaba saber que la gente que pagaba una entrada para ver una de sus películas salía satisfecha del cine. Y asustada.

Siempre se documentaba a fondo. Mientras escribía la horripilante y divertida *Sangre de Medianoche*, había pasado una semana en Rumania, entrevistando a un hombre que juraba ser descendiente directo del conde Drácula. Por desgracia, el descendiente del conde carecía de colmillos gigantes y no se había convertido en murciélago; pero sí le demostró poseer un rico caudal de leyendas y tradiciones vampírescas.

Eran esos cuentos populares los que inspiraban las tramas de sus historias; en particular, si se los había narrado alguien cuya creencia en ellos les hiciera cobrar fuerza en su imaginación.

¡Y la gente lo consideraba un tipo raro!, pensó Nash, sonriéndose mientras pasaba la entrada de la avenida Seventeen Mile. Él sabía que era un hombre corriente, con los pies en la tierra. Al menos, según los críticos de California. Solo vivía de lo fantástico, de jugar con las supersticiones y el placer que la gente encontraba en recibir sustos. Consideraba que su aporte a la sociedad residía en su capacidad para sacar al monstruo del armario y

ponerlo por tinte en la pantalla cinematográfica, empleando, por lo general, unas pocas pinceladas de sexo sin complejos y otras tantas de humor travieso.

Nash Kirkland podía dar vida a un trasgo, transformar al amable doctor Jekyll en el diabólico mister Hyde, o invocar la maldición de la momia. Todo poniendo palabras sobre el papel. Quizá por ello era escéptico. Por supuesto que disfrutaba con historias acerca de lo sobrenatural, pero él mejor que nadie sabía que eso era todo lo que eran. Meras historias.

Esperaba que Morgana Donovan, la bruja predilecta de Monterrey, pudiera ayudarlo con el guión de su siguiente película. En las semanas anteriores, mientras deshacía las maletas y gozaba de su nueva casa, recreándose en la vista que se contemplaba desde su terraza, Nash había sentido la urgente necesidad de contar una historia sobre brujería. Si el destino existía, se dijo, le había hecho un favor arrojándolo a tan poca distancia de una experta.

Silbando al compás de la radio del coche, se preguntó qué aspecto tendría: ¿llevaría un turbante o luciría un vestido de raso negro drapeado?, ¿o acaso sería una médium que se comunicaba a través de algún espíritu de la Atlántida?

En cualquier caso, le daba igual. Eran los locos los que le daban sabor a la vida.

Había preferido no recoger testimonios sobre la bruja. Quería formarse su propia opinión sin que las impresiones de los demás pudieran influirle. Lo único que sabían era que había nacido justo en Monterrey, hacía veintiocho años, y que era la dueña de una tienda para los creyentes en los milagrosos poderes curativos de las plantas.

La aplaudía por haber permanecido en su lugar de origen. Después de menos de un mes como residente en Monterrey, se preguntaba cómo podía haber vivido en algún otro sitio antes. ¡Y anda que no había vivido en sitios!, pensó con una mueca de desagrado.

De nuevo, se sintió afortunado porque sus guiones gustaran a tanta gente. Su imaginación le había permitido alejarse del tráfico y el humo de Los Angeles a esa paradisiaca ciudad al norte de California.

Era marzo, no tenía puesta la capota de su Jaguar y el viento le ahuecaba su cabello rubio oscuro. Podía oler el agua, siempre cercana de aquel lugar, el césped segado, las flores que brotaban en aquel clima de suaves temperaturas.

El cielo estaba despejado, azul; el motor de su coche sonaba como un enorme y ronroneante gato, acababa de poner punto final a una relación que se había ido deteriorando y estaba a punto de empezar un nuevo proyecto. ¿Qué más podía pedir?

Divisó la tienda. Tal como le habían indicado, estaba ubicada en una esquina, flanqueada por una boutique y un restaurante.

Era evidente que los comercios eran muy prósperos, pues tuvo que aparcar a más de una manzana de distancia. No le importó darse el paseo. Sus largas piernas, embutidas en vaqueros ajustados, fueron devorando la acera mientras dejaba atrás a un grupo de turistas que estaban discutiendo dónde iban a comer; a una mujer tan delgada como un palillo, que paseaba dos perros afganos; y a un ejecutivo que hablaba por un teléfono móvil sin dejar de caminar.

Lo encantaba California.

Se paró fuera de la tienda, donde colgaba un cartel en el que podía leerse *Hechicera*. Sonrió. Aquella palabra le recordó imágenes de películas con mujeres removiendo pócimas mágicas y entregando amuletos para echar y quitar el mal de ojo.

“Exterior, día”, pensó. “El cielo está encapotado, el viento aúlla. En un pequeño y destartado pueblo, con vallas y los cristales de las casas rotos, una anciana arrugada camina a todo correr con una cesta tapada entre los brazos. Un enorme cuervo negro grazna, revolotea y se posa sobre un poste oxidado. El pájaro y la mujer se miran. De fondo, un grito desesperado irrumpe en la noche”.

-Perdón -se disculpó Nash al tomar consciencia de que estaba obstruyendo el paso a un cliente.

Se apoyó y miró con atención los artículos expuesto en el escaparate. Había varias estanterías, cubiertas de terciopelo azul oscuro. Encima, diversos racimos de piedras cristálicas brillaban como el rocío. Unas eran transparentes, mientras que otras tenían opacos tonos rosas, morados o negros, todas con forma de castillos, surrealistas en miniatura.

No lo extrañaba que la gente se sintiera atraída por esos colores, por las formas y los brillos. El hecho de que hubiera personas capaces de creer que un trozo de roca tuviera algún tipo de poder era un motivo más para maravillarse del cerebro humano... Quizá guardaba los calderos en la trastienda.

Echó un último vistazo al escaparate y empujó la puerta. Se sintió tentado de comprarse un captador de energía positiva o laguna piedra adelgazante... si era que no encontraba ningún diente de lobo o piel de dragón.

Era sábado y la tienda estaba abarrotada. Con todo, permaneció para poder observar cómo se llevaba un negocio de brujería en el siglo veinte, tratando de pasar inadvertido entre los numerosos clientes.

La decoración interior se asemejaba a la del escaparate. Había grandes monolitos rocosos, algunos con huevos adornados con cristales, y botellitas llenas de líquidos de colores. Nash leyó la etiqueta de una de ellas y lo decepcionó saber que se trataba de un simple bálsamo para el baño, en vez de una poción amorosa.

Había hierbas para infusiones y guisos, así como candelabros con todo tipo de formas y tamaños. También vio un par de joyas, cuadros, esculturas y estatuas dispuestas con tal maestría que la tienda podía confundirse con una galería.

Nash, que siempre se interesaba por los artículos más raros, se quedó atascado ante una lámpara de peltre con forma de alas de dragón con ojos rojos encandilados.

Entonces la vio. Le bastó una mirada para saber que ella era la viva imagen de la bruja moderna. Era una mujer rubia, de aspecto seductor y cuerpo lujurioso, cubierto por un vestido negro. Dos pendientes brillantes le colgaban hasta los hombros y tenía un anillo en cada uno de los diez dedos, cuyas uñas estaban pintadas con una laca de color rojo pasión.

-Atractivo, ¿verdad?

-¿Cómo? -preguntó Nash al oír una voz ronca a su espalda. En esta ocasión, le bastó una mirada para olvidarse de la joven dependienta de antes y sentir que se ahogaba en el azul cobalto de aquel nuevo par de ojos.

-El dragón -dijo ella, sonriente-. Estaba pensando en llevárselo a casa. ¿Te gustan los dragones? -añadió sin formalismos.

-Me vuelven loco -repuso Nash sin perder detalle de aquellos labios voluptuosos, suaves, sin maquillaje-. ¿Vienes por aquí a menudo?

-Sí -la mujer se llevó una mano al pelo. Era negro como la medianoche y le caía onduladamente hasta la cintura. Su cabello contrastaba con el tono pálido, rosado de su piel. Tenía grandes ojos, de pestañas rizadas, y una nariz pequeña y afilada. Era casi tan alta como él, esbelta, y su vestido azul denotaba gusto y estilo... y marcaba sus curvas generosas.

Aquella mujer tenía algo especial, aunque Nash no acertaba a definir el qué, tan ocupado como estaba disfrutando de su belleza.

-¿Y tú?, ¿es la primera vez que vienes a Hechicera?

-Sí, es estupenda.

-¿Te interesan las piedras preciosas?

-Es posible -Nash agarró una amatista al azar-. Pero suspendí Ciencias Naturales en el instituto.

-No creo que aquí te pongan nota -repuso la mujer, mirando la piedra que Nash había escogido-. Si quieres estar en contacto con tu alma, deberías agarrarla con la mano izquierda.

-¿Ah, sí? -Nash se cambió la amatista de mano, para complacerla, al tiempo que se fijaba en el vuelo con que la falda le acariciaba las rodillas-. Si eres cliente habitual, podías presentarme a la bruja -añadió, lanzando una mirada a la rubia de la esquina.

-¿Necesitas una bruja? -inquirió la mujer, enarcando una ceja.

-Más o menos.

-No parece el tipo de hombre que viene en busca de un hechizo de amor.

-Gracias..., supongo -Nash sonrió-. En realidad, estoy investigando un poco. Escribo guiones de cine y estaba proyectando una historia sobre brujería en los noventa. Ya sabes, misas secretas, sexo, sacrificios...

-Entiendo: vírgenes bailando en torno a una hoguera, a oscuras y desnudas -dijo la mujer-. A ser posible, mezclando pócmas a la luz de la luna para seducir a sus víctimas y organizar orgías salvajes.

-Algo así -se acercó a ella y aspiró un olor frío y oscuro, de bosque a medianoche-. ¿Morgana se cree que es una bruja de verdad?

-Sabe lo que es, señor...

-Kirkland. Nash Kirkland.

-¡Claro, Nash Kirkland! -la mujer rió con sinceridad al reconocerlo-. Me gustan tus películas. Sobre todo *Sangre de medianoche*. Caracterizaste a tu vampiro con inteligencia y sensualidad, sin atropellar los rasgos tradicionales del género.

-Ser vampiro es algo más que dormir en un ataúd y beber sangre.

-Supongo. Y ser una bruja es algo más que dar vueltas a una olla.

-Exacto. Por eso mismo quiero entrevistarla. Supongo que tiene que ser una mujer bastante lista para soportar todo esto.

-¿Soportar? -repitió ella mientras se agachaba para recoger una gata blanca que estaba maullando a sus pies.

-La fama -explicó Nash-. Que se cuenten historias tan raras sobre ella.

-Pero tú no crees en la brujería, ¿verdad?

-Creo que me puede ayudar a hacer una película estupenda -Nash sonrió-. Bueno, ¿qué? ¿puedes presentármela?

Lo miró con detenimiento. Era obvio que se trataba de un escéptico; un hombre muy seguro de sí mismo. Juraría que la vida era un camino de rosas para Nash Kirkland. Y quizá había llegado el momento de que encontrara un par de espinas.

-No creo que vaya a ser necesario -la mujer le ofreció la mano y él sintió un calambrazo al estrecharla-. Yo soy tu bruja -añadió sonriente.

“Solo ha sido electricidad estática”, se dijo Nash un segundo más tarde, después de que Morgana se girara para responder una pregunta de un cliente. Había estado acariciando a la gata, frotando su piel... de ahí la descarga.

Había dicho “tu bruja” y Nash no sabía si le gustaba que hubiese empleado ese tono tan personal. Hacía que las cosas fueran demasiado íntimas. No era que no fuera una mujer despampanante, pero la forma en que le había sonreído al darle la mano lo había inquietado un poco... Ya entendía por qué le había parecido una mujer especial.

Tenía poder... aunque no ese tipo de poder, se persuadió Nash mientras la veía despachar un puñado de hierbas secas. Era el poder con el que algunas mujeres guapas parecían haber nacido: una mezcla de sensualidad y abrumadora confianza en sí mismas. No le gustaba imaginarse como la clase de hombre que se deja intimidar por una mujer

con fuerza de voluntad, pero no le cabía duda de que era más fácil tratar con las que tenían un carácter débil.

En cualquier caso, su interés por ella era profesional... aunque no estrictamente. Hacía falta llevar diez años muerto para mirar a Morgana Donovan y no fantasear un poco, más allá de lo profesional.

Esperó hasta que ella hubo atendido al cliente y luego se acercó al mostrador.

-Me pregunto si no me habrás hechizado para meter la pata de esta manera.

-No, creo que te las arreglas muy bien tú solo para eso -replicó ella. Normalmente lo habría invitado a que abandonase la tienda, pero se había sentido impelida a acercarse a él en un primer momento... y no solo por aquel par de ojos marrones-. Me temo que no has venido en buen momento, Nash. Estamos muy ocupados esta mañana.

-Cierras a las seis. ¿Qué tal si vuelvo luego y cenamos juntos?

Su primer impulso fue rechazar la proposición. Pero antes de poder articular palabra, la gata saltó sobre el mostrador. Nash le acarició la cabeza, distraídamente, y en vez de alejarse malhumorada como solía ocurrirle con los desconocidos, la gata se arqueó complaciente.

-Parece que tienes la aprobación de Luna -murmuró Morgana-. Hasta las seis, entonces. Ya veré que hago contigo.

-De acuerdo -dijo Nash, justo antes de salir de la tienda.

Morgana frunció el ceño y miró a su gata.

-Será mejor que sepas lo que haces -le dijo.

Luna se limitó a lamerse una pata y se la pasó por el lomo.

Ocupada con los clientes de la tienda, Morgana apenas tuvo tiempo para pensar en Nash. Le habría gustado tener una hora para decidir cómo tratar a ese hombre, aunque supuso que no le resultaría complicado manejarlo.

-No teníamos tanto follón desde navidades -comentó Mindy, la rubia de uñas rojas que atendía en Hechicera.

-Creo que este mes vamos a estar muy ajetreadas.

-¿Has preparado un conjuro para ganar dinero? -preguntó Mindy, sonriente.

-Las estrellas están en una posición excelente para los negocios -explicó Morgana tras denegar con la cabeza-. Aparte de que nuestro nuevo escaparate es fabuloso. Puedes irte a casa, Mindy. Yo cerraré.

-Gracias -la dependienta se levantó de la banqueta y, de pronto, elevó ambas cejas-. ¡Mira! Alto, moreno y apetecible.

Morgana vio a Nash a través del escaparate. Había tenido más suerte con el aparcamiento en esa ocasión y estaba saliendo de su Jaguar descapotable.

-Cuidado, chica -Morgana denegó con la cabeza-. Los hombres así te rompen el corazón sin que te enteres.

-Puede, pero hace unos cuantos días que no me lo rompen -Mindy examinó a Nash con detenimiento-. Metro ochenta y cinco, setenta y cinco maravillosos kilos, aire intelectual, buen bronceado, facciones de la cara sugerentes... y una boca delicada -lo describió la dependienta.

-Menos mal que te conozco y sé que tienes mejor concepto de los hombres que de un perrillo bonito en un escaparate.

-¡Por supuesto que tengo mejor concepto de los hombres!, ¡mucho mejor! -rió Mindy-. Hola, guapo. ¿Quieres un poco de magia? -le preguntó a Nash, insinuante, cuando este hubo entrado.

-¿Qué me recomiendas? -replicó él, sonriente.

-Pues... -ronroneó la dependienta.

-Mindy, el señor Kirkland no es un cliente -terció Morgana con suavidad en tono divertido. Había pocas cosas más entrenadas que el despliegue seducto de Mindy ante un hombre atractivo-. Hemos quedado.

-Quizá la próxima vez -dijo Nash.

-Quizá cuando quieras -contestó Mindy.

Luego le lanzó una última mirada devastadora y salió de la tienda.

-Seguro que esa chica dispara las ventas -comentó él.

-Por no hablar de la presión cardiaca de todos los hombres que se acercan. ¿Qué tal la tuya?

-¿Tienes un poco de oxígeno? -bromeó él.

-Me temo que se nos ha agotado... ¿Por qué no te sientas? Tengo que... ¡vaya!

-¿Qué pasa?

-No he puesto el cartelito de *Cerrado* a tiempo -murmuró Morgana-. Hola, señora Littleton -saludó sonriente a continuación.

-Hola, Morgana -contestó una mujer de sesenta y tantos años, corpulenta, de pelo rojo fogoso, ojos pincelados en un tono esmeralda y labios pintados de escarlata-. No he podido venir antes. He estado discutiendo con un policía que me quería poner una multa. Espero que puedas atenderme.

-Por supuesto -se resignó Morgana.

-Eres un cielo- ¿Verdad que es un cielo? -añadió, mirando a Nash.

-Sin duda.

-Sagitario, ¿no es cierto?

-Eh... -Nash cambió la fecha de su nacimiento para complacer a la señora-. Sí, sorprendente.

-No fallo una -dijo la señora Littleton con orgullo-. No haré esperar mucho a su cita, cariño.

-No es mi cita -repuso Morgana-. ¿Qué querías?

-Un favor pequeñito. Es por mi nieta. El baile de graduación está al caer y le gusta un chico...

-Ya te he explicado que yo no trabajo así -se opuso Morgana con firmeza, al tiempo que la alejaba de Nash, guiandola con un brazo.

-Sé que normalmente no trabajas así, pero es por una buena causa...

-Todas lo son -dijo Morgana-. Estoy segura de que tu nieta es una chica estupenda, pero arreglarle una cita para el baile sería muy frívolo... y esas cosas siempre tienen consecuencias. Lo siento. Si cambiara algo que no debo cambiar... podría afectar su vida entera.

-Solo es una noche.

-Alterar el destino una noche puede alterarlo durante siglos -se opuso Morgana-. Sé que solo quieres que sea un baile especial para ella, pero no puedo jugar con el futuro.

-Es que es muy tímida -la señora Littleton miró a Morgana como una mendiga solicitando un cuscurro de pan-. Y crre que no es nada guapa. Pero lo es, mira -añadió, al tiempo que le enseñaba una foto de la nieta.

No quería verla, pero fue inevitable. ¡Dragones y hogueras! Era una mujercita adorable.

-No garantizo nada... solo sugiero -cedió Morgana.

-Genial, genial -la señora Littleton aprovechó el momento para sacar una segunda foto-. Este es Matthew Brody y Jelly Littleton. Empezarás pronto, ¿verdad? El baile es la primera semana de mayo.

-Lo que tenga que ser será -dijo Morgana mientras se guardaba las fotos en un bolsillo.

-Gracias -la señora Littleton le dio un beso en la mejilla-. No te entretengo más. El lunes vendré a comprar algo.

-Buen fin de semana -la despidió Morgana, enfadada consigo misma.  
-¿No se supone que debía pagarte el servicio con doblones de plata? -preguntó Nash entonces.

-Yo no me aprovecho de mis poderes -espetó Morgana, irritada.

-Siento decirlo, pero te ha manejado como ha querido.

Un suave rubor iluminó sus mejillas. Solo había una cosa que odiara más que ser débil y era demostrarlo en público.

-Lo sé.

-Pensaba que las brujas eran severas -Nash alzó una mano y le acarició la mejilla para borrar el rubor que la señora Littleton le había provocado.

-Siento debilidad por las personas buenas y excéntricas. Y tú no eres sagitario.

-¿Ah, no? -Nash se vio obligado a retirar el dedo de aquella piel suave y fresca como la leche-. Entonces, ¿qué soy?

-Géminis.

-Lo has adivinado -dijo él, extrañado.

-Yo sé, no suelo adivinar -lo informó Morgana-. Pero dado que has tenido el detalle de no herir los sentimientos de esa buena mujer, no me enfadaré contigo. ¿Por qué no vienes a la trastienda y tomamos un té? ¿Vino, quizá? -añadió al ver la expresión de Nash.

-Mucho mejor.

La siguió hacia una pieza que hacía las veces de almacén, despacho y cocina. Aunque era pequeña, no parecía atestada. Había dos paredes con estanterías repletas de cajas y libros, un pupitre rojo con una lámpara en forma de sirena, un aparato de teléfono de dos líneas y una pila de papeles.

Al fondo había una nevera pequeña, una cocina de dos hornillos y una mesa abatible con dos sillas.

-Sientate -le ofreció Morgana-. No puedo dedicarte mucho tiempo, pero puedes ponerte cómodo -dijo mientras sacaba una botella de la nevera y servía el líquido en dos copas.

-¿No tiene etiqueta?

-Es de mi propia cosecha -Morgana bebió primero, sonriente-. Tranquilo, no está envenenado.

-Muy rico -alabó Nash después de aceptar el reto y animarse a probar el vino.

-Gracias -Morgana se sentó junto a él-. Todavía no he decidido si te voy a ayudar o no. Pero me interesa tu mundillo; sobre todo, si estas pensando en hablar del mío.

-Te gusta el cine, ¿verdad? -comentó Nash mientras acariciaba a Luna, que acababa de pegársele a una pierna.

-Entre otras cosas. Me gustan los productos de la imaginación.

-Ajá.

-Pero no estoy segura de si quiero que Hollywood conozca mi opinión sobre la brujería.

-Podemos hablarlo -Nash sonrió y Morgana comprendió que aquella sonrisa también tenía su poder-. En ese momento, Luna saltó sobre la mesa-. Mira, yo no quiero hablar a favor ni en contra. No estoy intentando cambiar el mundo. Solo quiero hacer una película.

-¿Y por qué ese gusto por el terror y lo esotérico?

-¿Por qué? -se encogió de hombros-. No sé. Quizá porque cuando la gente ve una película de miedo deja de pensar en el día tan aburrido que ha tenido en el trabajo después de dar el primer grito... O quizá porque la primera vez que pasé de la primera base con una chica fue cuando se echó a mis brazos durante una proyección a medianoche de Halloween.

Morgana se quedó pensativo. Podría ser que, solo tal vez, debajo de esa fachada arrogante se escondiera un alma sensible. Desde luego, talento y encanto no le faltaban.

-¿Por qué no me hablas del guión? -preguntó con cautela.

-Todavía no he comenzado a escribirlo. Me gusta documentarme antes -respondió él-. Se puede obtener mucha información leyendo libros. Ya he investigado algo. Pero me interesa el punto de vista personal. ¿Qué te hizo meterte en la brujería?, ¿asistes a aquelarres? ¿qué ropa prefieres?

-Me temo que no vas por buen camino. Eso suena como si me hubiera apuntado a algún club extraño.

-Club, congregación... un grupo con los mismos intereses, en definitiva.

-Yo no pertenezco a ningún grupo. Prefiero trabajar sola.

-¿Por qué? -se interesó Nash.

-Hay grupos respetuosos y otros no. Algunos se toman a risa la brujería o se meten con cosas que es mejor no tocar.

-La magia negra.

-Llámalo como quieras.

-Y tú eres una bruja blanca.

-Estás lleno de etiquetas -Morgana alzó su copa con inquietud. No le gustaba hablar de aquel tema, pero, ya que había accedido, no quería malentendidos-. Todos nacemos con ciertos poderes, Nash. Tú sabes contar historias entretenidas. Y atraer a las mujeres. Estoy segura de que tú respetas y utilizas esos poderes. Yo hago lo mismo con los míos.

-¿Cuáles son?

Dejó la copa en la mesa y lo miró a los ojos. Aquella mirada lo hizo sentirse idiota por haber preguntado.

-¿Qué esperas?, ¿una demostración? -replicó Morgana, impacientada.

-Me encantaría -dijo Nash cuando logró separar los ojos de aquella mirada que casi lo había hechizado-. ¿Qué se te ocurre?

-¿Qué tal un par de relámpagos?, ¿o prefieres que baje la luna del cielo?

-Lo dejo a tu elección -contestó Nash, con una sonrisa seductora que la inquietó.

¿Cómo podía ser tan irreverente?, pensó malhumorada mientras se ponía de pie. Se merecía que...

-Morgana.

Esta se giró y se obligó a reprimir su ira.

-Ana.

No sabía por qué, pero Nash estaba convencido de que había estado a punto de provocar un desastre. De alguna manera, se había sentido tan ensimismado con Morgana, que no había notado ni un terremoto. Y ahora lo había soltado de sus redes, dejándolo aturdido, para atender a la esbelta rubia que acababa de entrar.

Era preciosa y, a pesar de ser una cabeza más baja que Morgana, también poseía una extraña fuerza. Sus ojos eran suaves, de un gris sereno. Llevaba una caja llena de hierbas aromáticas.

-No habías puesto el cartel -dijo Anastasia-. Así que he pasado a dejarte esto.

-Dame -respondió Morgana. Nash intuyó que ambas mujeres estaban intercambiando mensajes silenciosos con la mirada-. Ana, te presento a Nash Kirkland. Nash, mi prima Anastasia.

-Lamento interrumpir -se disculpó esta con una voz tan suave y cálida como su mirada.

-No interrumpes -dijo Morgana mientras él se ponía de pie-. Ya habíamos terminado.

-La primera entrevista -puntualizó Nash-. Ya seguiremos en otra ocasión. Encantado de conocerte. Hasta luego -se despidió de las dos mujeres.

-Nash -lo llamó Morgana, al tiempo que le ofrecía unas florecillas-. Un regalo. Símbolo del adiós.

No pudo resistirse. Se acercó a ella y le rozó los labios con la boca.

-Entonces no las quiero -rechazó Nash.

A pesar suyo, Morgana sonrió.

-¿Me lo vas a contar? -le preguntó Anastasia, una vez que estuvo a solas con su prima.

-No hay nada que contar. Es un incordio de hombre, pero tiene encanto. Un escritor con una visión muy particular sobre las brujas.

-Ah, sí, se trata de Nash Kirkland -dijo Anastasia mientras daba un sorbo de la copa con vino mediada de Morgana-. El que escribió el guión de esa película de miedo a la que Sebastian y tú me llevasteis.

-Era inteligente.

-Y muy sangrienta -Anastasia dio un nuevo sorbo-. No he podido evitar notar la tensión. Parecía que estabas a punto de convertirlo en una rana.

-Me han entrado ganas -repuso Morgana con satisfacción-. Tiene algo que me desquicia.

-Te desquicias con mucha facilidad. ¿No decías que ibas a trabajar para aumentar tu dominio de ti misma, cariño?

-Se ha marchado andando, ¿no? -se defendió Morgana mientras bebía del vino que le había servido a Nash. En seguida comprendió que había cometido un error. Ese hombre se había quedado impregnado en el vidrio de la copa.

Era un hombre imponente, pensó Morgana. A pesar de su sonrisa fácil y su aspecto relajado, era un hombre realmente imponente.

Quizá aquel encuentro no había sido azaroso, sino causa del destino. Quizá tuviera que hacer frente a Nash Kirkland... y mostrarle su magia.

## 2

Morgana disfrutaba de la paz de las tardes de domingo. Era su día para abandonarse al ocio y, desde que había nacido, siempre había agradecido esos descansos. No era que evitara el trabajo. Había dedicado mucho tiempo y esfuerzo en asegurarse de que su tienda tuviese éxito... sin haberse allanado el camino con sus poderes mágicos. Con todo, tenía la convicción de que la recompensa ideal a todo esfuerzo era la relajación.

A diferencia de otros dueños de comercios, Morgana no se angustiaba con los libros, el inventario y las ganancias. Se limitaba a hacer lo que creía que debía hacerse y luego, cuando salía de la tienda, se olvidaba del negocio por completo.

No entendía cómo podía haber personas capaces de perderse un día tan precioso mordiendo las uñas con la contabilidad. Ella había contratado a un contable a tan efecto.

Y si no había contratado a una asistenta, era porque no le gustaba la idea de que una desconocida pudiera fisgar en sus cosas personales. Ella era la única que se ocupaba del mantenimiento de su casa. Aunque tenía un jardín muy grande y hacía tiempo que había aceptado que jamás se daría la maña de su prima Anastasia, era ella quien cultivaba las flores.

Se arrodilló bajo un rayo de sol, junto a una explanada en la que florecían las fragancias de la primavera. Podía distinguirse el olor a romero, jacinto y jazmin. De fondo el arrullo del mar, a escasos cien metros de ella.

Era uno de esos días preciosos y perfectos en los que el cielo brillaba azul y el viento, suave y juguetón, llevaba impregnado el aroma del agua y de las flores. Al otro lado de la valla de árboles que delimitaba su propiedad, podía oír el ruido ocasional del coche de un turista que iba a contemplar el paisaje.

Luna estaba tumbada en un círculo de sol, con los ojos casi cerrados. De no haber estado junto a Morgana, quizá habría intentado cazar algún pájaro; pero su ama era muy rigurosa con tales hábitos.

Morgana acarició el lomo de su perro, Pan, mientras miraba su jardincito. Se estaba quedando sin bálsamo de angélica y polvos de hisopo, de modo que penso recoger algunas ramitas. Decidió, sin embargo, dejarlo para la noche. A la luz de la luna. Esas cosas eran mejor hacerlas a la luz de la luna.

Mientras tanto, disfrutaría del sol. No podía pasar por allí sin admirar ese sitio, el lugar donde había nacido. Aunque había viajado a muchos otros países y había visto lugares de ensueño, ella pertenecía a Monterrey.

Pues, según había sabido años atrás, sería allí donde encontraría el amor y tendría hijos. Morgana suspiró y cerró los ojos. Eso podía esperar, musitó. Por el momento, estaba satisfecha con la vida que llevaba.

El perro se puso de pie y emitió un ladrido de advertencia, pero Morgana no se molestó. No había necesitado la bola de cristal para averiguarlo, sino que, sencillamente, le había bastado con su intuición femenina.

Permaneció sentada, sonriente, mientras el perro ladraba nervioso. Sintió curiosidad por ver cómo manejaba la situación Nash Kirkland.

¿Cómo debía reaccionar un hombre que había ido a ver a una mujer protegida por...? Nash sabía que no era un lobo, ¡pero vaya sí lo parecía! Y estaba convencido de que si la mujer lo azuzaba, el animal se le tiraría al cuello.

-Bonito perro -dijo cuando se hubo acercado a Morgana-. Y muy grande.

-¿Has salido a dar un paseo?

-Más o menos.

El perro seguía ladrando, empezó a olfatear a Nash y este notó que una gota de sudor le bajaba por la espalda.

-Yo... -entonces, el perro lo miró y Nash se quedó asombrado por el brillo azul de sus ojos-. ¡Guau!, ¡qué bonito eres! -añadió. Extendió una mano para acariciarlo y el perro lo recompensó lamiéndosela.

Morgana lo escudriñó. Pan nunca había mordido a nadie, pero tampoco acostumbraba a hacer amigos tan rápido.

-Se te dan bien los animales -comentó ella, mientras Nash se arrodillaba para jugar con el perro.

-Sabes que en el fondo sigo siendo un niño -replicó él-. ¿De qué raza es?

-¿Pan? -Morgana esbozó una sonrisa misteriosa-. Digamos que es un Donovan. ¿Qué puedo hacer por ti, Nash?

Este la miró: estaba iluminada por el sol y se había recogido el pelo en un moño, bajo un sombrero de paja. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y una camiseta holgada. Estaba descalza. Nunca se le había ocurrido que unos pies descalzos pudieran ser sexys... hasta entonces.

-Aparte de eso -dijo Morgana con un tono divertido que lo hizo sonreír. Era obvio que no la ofendía que la encontraran deseable-. ¿Por qué no empiezas diciéndome cómo me has encontrado?

-Vamos, cariño, sabes que eres famosa -Nash se sentó en el césped, junto a ella-. Cené en el restaurante que hay al lado de tu tienda, charlé un poco con la camarera...

-¿No me digas?

Nash extendió la mano para jugar con el amuleto que llevaba ella, una media luna con una inscripción... ¿en griego?

-El caso es que resultó ser una buena fuente de información. La fascinas y acobardas. ¿Suele ser esa la impresión que causas a los demás?

-A casi todos -confirmó Morgana, divertida-. ¿No te ha contado que todas las liras llenas cruzo la bahía en mi escoba voladora?

-Casi -Nash soltó el amuleto-. Me sorprende que personas inteligentes se dejen atrapar por lo sobrenatural.

-¿No es así como te ganas la vida?

-Exacto. Y, hablando de ganarme la vida, creo que tú y yo empezados con mal pie la otra mañana. ¿Qué tal si lo olvidamos todo?

-Ya veré... -repuso Morgana, sonriente. Era difícil estar enfadada con un hombre atractivo en un día tan hermoso.

-¿Sabes mucho de flores? -preguntó Nash tratando de introducir el tema que el interesaba sin brusquedad.

-Algunas cosas.

-Quizá puedas decirme qué tengo en mi jardín y qué debería hacer con él.

-Alquilar los servicios de un jardinero -repuso Morgana. Luego lo miró a la cara y sonrió-. Supongo que podría encontrar un hueco para echar un vistazo.

-Te estaría muy agradecido -dijo Nash-. Y te agradecería todavía más que me ayudaras con el guión. Cualquiera puede leer unos cuantos libros, pero a mí me interesaría disponer de una perspectiva más personal. Y...

-¿Qué pasa? -preguntó ella al interrumpirse Nash.

-Tienes estrellas en los ojos -murmuró este-. Pequeñas estrellas doradas... como rayos de sol sobre un mar a medianoche. Pero no es posible que el sol brille a medianoche.

-Todo es posible si sabes cómo conseguirlo -replicó Morgana, sin desenlazar la mirada-. ¿Qué es lo que quieres, Nash?

-Ofrecer un par de horas de entretenimiento a la gente. Saber que se olvidarán de sus problemas, de la realidad, de todo, cuando entren en mi mundo. Una buena historia es como una puerta. Y se puede atravesar cada vez que se necesita. Después de leerla o verla o escucharla, se puede volver a pasar por ella cuantas veces se quiera. Una vez que es tuya, es tuya para siempre -Nash se detuvo, sorprendido y violento. Ese tipo de filosofada no encajaba con la imagen desenfadada que solía ofrecer. Se había sometido a entrevistas maratonianas y nunca le habían sacado una respuesta tan simple y sincera como esa. Y ella se había limitado a preguntar-. Y, por supuesto, quiero forrarme a ganar pasata -añadió, tratando de sonreír.

-No veo que lo uno vaya en contra de lo otro. En mi familia han contado historias desde las hadas a mi madre. Comprendemos el valor de una buena historia -repuso Morgana-. Si accedo a ayudarte, debes huir de los tópicos, como el de la vieja revieja riéndose estrepitosamente mientras mezcla beleño en el caldero.

-Convenceme de que no es así -Nash sonrió.

-Cuidado con lo que pides -le advirtió ella-. Vamos dentro, tengo sed.

Como ya no tenía miedo de que el perro se lo zampara, Nash tuvo la oportunidad de admirar la casa. Ya sabía que muchas de las casas de Monterrey eran extraordinarias. Él mismo se había comprado una. Pero la de Morgana tenía el atractivo añadido de la edad y el buen gusto.

Eran tres plantas de piedra, con torres que se elevaban sin caer en lo gótico ni en los excesos decorativos del barroco. También había esculturas de hadas y sirenas, los ventanales brillaban con el sol y las plantas trepadoras se extendían por toda la pared.

“Interior, noche”, pensó Nash. “Dentro de la torre más alta de la vieja casa de piedra, la joven y bella bruja se sienta en medio de un círculo de velas. La pieza está en penumbra y las llamas iluminan las caras de las estatuas, las copas de plata, una bola de cristal. Ella lleva una bata blanca abierta hasta la cintura. Sobre su pecho cuelga un amuleto. La bruja levanta dos fotografías en el aire.

Las velas crepitan. El viento penetra la pieza, le revuelve el pelo y le abre la bata. La bruja murmura unas palabras indescifrables, coloca las fotos sobre una bandeja de plata y les prende fuego. Una sonrisa curva sus labios...

Fundido en negro”.

No estaba mal, aunque seguro que podía darle más color a una escena de un conjunto amoroso.

Mientras tanto, Morgana lo guiaba por el lateral de la casa, donde un grupo de cipreses permanecían alerta. Cruzaron el patio de piedra dominado por una fuente con forma de mujer.

-¿Quién es? -preguntó él.

-Tiene muchos nombres -Morgana se acercó a la fuente, bebió un sorbo y tiró el resto del agua al suelo, para la diosa. Sin mediar palabra, salió del patio y entró en una cocina soleada-. ¿Crees que hay un Creador?

-Sí, bueno... supongo -contestó Nash, sorprendido e incómodo, mientras ella se acercaba al fregadero para limpiarse las manos-. Esto... tu brujería... ¿es una cosa religiosa?

Morgana sonrió mientras scaba una jarra de limonada de la nevera.

-La vida es una cosa religiosa. Pero no te preocupes, Nash. No intentaré convertirte -llenó dos vasos con cubitos de hielo-. No debería incomodarte. Tus historias tratan siempre de la bondad y la maldad. La gente siempre está tomando decisiones y eso los sitúa en uno u otro extremo.

-¿Y tú?

-Digamos que me esfuerzo por controlar mis impulsos menos atractivos –dijo Morgana mientras le daba un vaso a Nash y salía de la cocina-. Aunque no siempre lo consigo.

Mientras hablaba, lo condujo por un pasillo ancho, cuyas paredes estaban decoradas con tapices mitológicos, candelabros y platos de cobre y plata.

Entró en el que siempre había sido el salón favorito de su abuela. Las paredes estaban pintadas de un rosa pálido, como rosa era así mismo el color de la alfombra que cubría todo el suelo. La chimenea estaba abastecida de leños, preparada para arder cuando la noche enfriara el interior.

Una suave brisa entraba por las ventanas, jugaba con las cortinas y llevaba el aroma del jardín.

Como en la tienda, había bolas de cristal y varitas mágicas diseminadas por el salón, así como una colección de piezas de escultura: pebeteros de peltre, hadas de bronce, dragones de porcelana...

-¿Tocas? –preguntó Nash al ver un arpa dorada.

-Solo cuando me apetece –repuso ella. La divertía verlo moverse por la habitación, jugando con esto y examinando aquello. Apreciaba su curiosidad.

Nash agarró una copa y la olfateó:

-Esto huele a...

-¿Llamas del infierno? –sugirió Morgana. Nash la devolvió a su sitio y agarró una varita de amatista adornada con hilos de plata.

-¿Es una varita mágica? –preguntó él.

-Por supuesto. Cuidado con lo que deseas –respondió Morgana, quitándole la varita con delicadeza.

-Yo también tengo una colección de estas cosas –dijo él mientras veía su reflejo en una bola de cristal-. El mes pasado conseguí la máscara de un chamán en una subasta, por ejemplo. Parece que tenemos algo en común.

-Cierto gusto artístico –concretó Morgana mientras se sentaba en un sofá.

-Y la literatura –añadió Nash mientras echaba un vistazo a la librería-. Lovecraft, Bradbury, Stephen King... ¡Una primera edición del Drácula de Bram Stoker! ¿Me la cambias por mi brazo derecho?

-Ya veremos...

-Siempre deseé que hubiera alabado mi *Sangre de medianoche* –comentó mientras leía otros títulos-. *Las cuatro esferas doradas*, *El rey alado*, *Susurros al viento*. Tienes la colección entera. Y en primeras ediciones.

-¿Te gusta Bryna?

-¿Bromeas? –era como encontrarse con una vieja amiga-. He leído todo lo que ha escrito una docena de veces. El que piense que es una autora solo para niños es idiota. Es poesía, magia y moraleja todo junto. Y las ilustraciones son maravillosas. Mataría por un original, pero no se venden.

-¿Se lo has preguntado? –quiso saber Morgana, interesada.

-Se lo he rogado a su agente, pero no ha habido suerte. Vive en algún castillo perdido de Irlanda y supongo que empapelará las paredes con los bocetos de sus dibujos. Ojalá... Nash se giró al oír que Morgana reía.

-En realidad los guarda en unos álbumes enormes, para enseñárselos a los nietos que algún día espera tener.

-¡Donovan!, ¿Bryna Donovan! –exclamó Nash-. ¡Es tu madre!

-Sí, y la encantará saber que te gustan sus libros –dijo Morgana-. Mis padres vivieron aquí intermitentemente durante varios años. La primera novela que le publicaron a mi

madre la escribió arriba, mientras estaba embarazada de mi. Siempre dice que fui yo quien le insistí para que escribiera esa historia.

-¿Tu madre cree que eres una bruja?

-Eso sería mejor que se lo preguntaras a ella, si tienes ocasión.

-Eso es una evasiva -Nash se sentó cómodamente en el sofá, junto a Morgana. Era imposible no sentirse cómodo con una mujer que se rodeaba de cosas que a él mismo lo encantaban-. Digámoslo de otra manera: ¿tu familia tiene algún problema con tus intereses?

Le gustó lo relajado que veía a Nash, con las piernas extendidas, como si se sintiera en casa y llevara años sentándose en ese sofá.

-Mi familia siempre ha sabido lo importante que es enfocar las energías en una dirección. ¿Tus padres tienen algún problema con tus inquietudes? -replicó Morgana.

-Nunca los conocí.

-Lo siento -lamentó ella con sinceridad. Su familia siempre había sido su centro. No podía imaginarse vivir sin ellos.

-No importa -pero Nash se levantó, molesto por aquella muestra de compasión. Ya había dejado atrás los malos tiempos sumidos en la tristeza, ¿no?-. Lo que me interesa es saber la postura de tus padres. Quiero decir, ¿cómo reaccionan unos padres normales cuando descubren que su hija es una bruja?, ¿hiciste tus primeros pinitos de pequeña?

-¿Qué? -preguntó Morgana, ofendida.

-Es que igual pongo un prólogo, con los primeros años de la protagonista -repuso él. Le estaba prestando menos atención a ella que al salón, al entorno. Caminaba sin parar mientras daba vueltas a sus pensamientos-. Quizá un niño la empuja y ella lo convierte en una rana. Algo así. No estoy seguro de cómo quiero enfocarlo, por eso me gustaría que empezáramos desde el principio. Cuéntame: ¿cómo empezó todo?, ¿qué libros leías?, cualquier cosa. Luego podré adornarlo para que funcione en la pantalla.

Le entraron ganas de estrangularlo. Y tendría que esforzarse mucho para no hacerlo.

-Nací con sangre de elfo -arrancó Morgana con un tono de voz que lo dejó paralizado-. Soy bruja de nacimiento y mi herencia se remonta a los celtas. Mis poderes son un don que se transmite de generación en generación. Cuando encuentre a un hombre fuerte, tendremos hijos y ellos heredarán también.

-¡Buena idea! Eso de la sangre de elfo puede dar mucho juego -dijo Nash, convencido de que Morgana le estaba tomando el pelo-. Bueno, ¿Cuándo te diste cuenta de que eras una bruja?

Se le estaba agotando la paciencia. El salón tembló mientras ella contenía su furia. Nash la levantó en brazos sin darle tiempo a que protestara y la llevó fuera del salón.

-No ha sido nada -comentó él cuando regresó la normalidad, sin dejar de sujetarla, sin embargo-. Yo estaba en San Francisco durante el último terremoto.

Así que lo había tomado por un terremoto. Mejor, decidió Morgana. No tenía por qué perder la calma ni desesperarse porque él se negara a creer su historia. En cualquier caso, era bonito como había saltado para protegerla.

Nash se atrevió a deslizar los dedos por la espalda de Morgana, la cual se dejó acariciar como su gata Luna. Estaba claro que perdía el tiempo enfadándose cuando el corazón le había dado un vuelco tan grande. Aunque quizá no fuera sabio de su parte ponerse a prueba de ese modo.

-Podrías mudarte al Norte -propuso ella.

-Tornados -Nash denegó con la cabeza.

-Al Este entonces -dijo Morgana mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

-Ventiscas.

-¿Al Sur? -sugirió, poniendo las manos en el pecho de Nash.

-Huracanes -Nash le quitó el sombrero de la cabeza y le acarició con dulzura su sedoso cabello suelto-. En todos sitios hay desastres. Mejor quedarse quieto y arreglárselas con el lugar al que perteneces.

-Tú y yo no vamos a arreglarnos -Morgana le rozó la boca provocativamente con los labios-. Pero podemos probar.

Nash tomó su boca confiado. No consideraba que las mujeres fuesen un desastre... Aunque quizá debería.

Fue más turbulento que un terremoto, más devastador que cualquier tormenta. No sintió el suelo abrirse ni el rugido del viento, pero nada más rozar los labios de Morgana supo que una fuerza irresistible a la que el hombre aún no le había puesto nombre lo estaba arrastrando.

Estaba entre sus brazos, suave y cálida como la cera derretida. De creer en esas cosas, habría pensado que su cuerpo estaba diseñado para fundirse con el suyo. Introdujo las manos bajos la camiseta de Morgana y le apretó la espalda para acercarla más, para asegurarse de que era de verdad, no un ensueño o una fantasía.

Pudo comprobar que era real, pero sus labios tenían un sabor soñador. Algo sonó en el aire, un murmullo que no pudo entender.

Había sido un suspiro, de placer y terror. Morgana estaba acostumbrada a disfrutar con los hombres. Nunca la habían enseñado a avergonzarse de gozar con el hombre adecuado en el momento adecuado. Ni siquiera había aprendido a temer su propia sexualidad, sino a celebrarla, quererla y protegerla.

Con todo, en ese momento, por primera vez, sintió miedo con un hombre.

Un beso solo era un beso, así de sencillo. Pero no había nada de sencillo en esos labios que estaban electrizandola.

Quiso creer que el poder procedía de ella; que era ella la responsable de ese vendaval de emociones. Pero el temor seguía allí, y supo que se debía a que estaba sucediendo algo que escapaba a su dominio.

Se apartó de Nash, lentamente, adrede. Por nada del mundo quería mostrarle el poder que ejercía sobre ella. Cerró la mano, apretando su amuleto, y recobró la firmeza.

Nash se sentía como el último superviviente de un accidente ferroviario. Metió las manos en los bolsillos para no volver a abrazarla. No le importaba jugar con fuego... pero sí saber quien sujetaba la cerilla... Sabía de sobra quien había llevado las riendas de ese experimento y ese no había sido Nash Kirkland.

-¿Te gusta hipnotizar a la gente? -preguntó él.

Morgana volvió a sentarse en el sofá y se forzó a sonreír con naturalidad.

-¿Crees que eso es lo que ha pasado?

-Yo solo quiero estar seguro de que cuando te beso es idea mía.

Morgana alzó la barbilla con un orgullo que también corría por sus venas desde tiempo inmemorial

-¡Puedes tener las ideas que quieras, pero nunca he usado ningún truco mágico para que un hombre me desee -repuso ella-. Y si decidiera poseerte, no solo estarías dispuesto, sino agradecido -añadió sonriente.

No lo dudaba, y eso le arañaba el orgullo.

-Si yo dijera algo así, me tacharías de machista egocéntrico.

-La verdad no tiene nada que ver con el sexo ni el egocentrismo -replicó Morgana mientras Luna saltaba para posarse sobre su regazo-. Si no estás dispuesto a correr el riesgo, podemos romper nuestra... relación de trabajo.

-¿Crees que te tengo miedo? -preguntó Nash-. Muñeca, hace mucho que no pienso con las hormonas.

-Me alegra saberlo. No me gustaría pensar en ti como en un esclavo de una mujer calculadora.

-La cuestión es -prosiguió él -que si vamos a seguir adelante con esto, deberíamos sentar ciertas normas.

Tenía que estar loco, decidió Nash. Cinco minutos antes había estado abrazado a una mujer sexy e increíblemente deliciosa y ahora estaba tratando de encontrar la manera de que este no lo sedujese.

-No. Las reglas no se me dan bien. Tendrás que arriesgarte, Nash. Pero haremos un trato; intentaré no acosarte demasiado si tú dejas de hablar de brujería sin tener ni idea - propuso Morgana, al tiempo que se echaba el pelo hacia atrás con los dedos-. Me saca de quicio. Y cuando estoy enfadada, a veces hago cosas de las que luego me arrepiento.

-Pero tengo que hacerte preguntas -objetó él.

-Entonces aprende a encajar las respuestas -Morgana se levantó con calma y aplomo-. Yo no miento... o es muy raro que lo haga. No estoy segura de por qué he decidido colaborar contigo; puede que tengas algo que me atraiga y, desde luego, porque respeto a los que saben contar historias. Y aunque seas escéptico, talento no te falta. Además, mis seres más cercanos te han dado el visto bueno.

-¿Quiénes?

-Anastasia... y Luna y Pan. Tienen mucho ojo para juzgar el carácter de las personas.

-¿Anastasia también es bruja?

-Habla de mí y de la brujería en general. En las cosas de Ana no pienso meterme.

-De acuerdo. Entonces, ¿cuándo empezamos?

-No trabajo los domingos. Pero puedes venir mañana por la noche, a las nueve.

-¿No sería mejor a medianoche? -se burló Nash, para rectificar acto seguido-. Perdón, perdón. La fuerza de la costumbre. Me gustaría traer una grabadora, ¿es posible?

-Por supuesto.

-¿Traigo algo más?

-Lengua de murciélago y el colmillo de un lobo -Morgana sonrió-. Perdón, perdón. La fuerza de la costumbre -replicó Morgana.

-Me gusta tu estilo -dijo él tras soltar una risotada y darle un beso casto en la mejilla.

-Ya veremos.

Esperó al anochecer y se puso una bata blanca. Más le valía prevenir, se dijo cuando no pudo resistir más la intriga y entró en la habitación superior de la torre. No le gustaba admitir que Nash la preocupaba, pero dado que así era, sería mejor consultar la bola.

Se colocó en el centro del círculo protector, encendió las velas, se arrodilló en el medio y alzó los brazos:

-¡Fuego, agua, tierra y viento!, ¡clamo a los cuatro elementos! -conjuró Morgana.

Aspiró el Poder como si fuera oxígeno limpio y fresco. Elevó luego la esfera de cristal, sosteniéndola entre las dos manos para que las velas la iluminaran.

Humo, luz, sombra... De pronto, como si un viento hubiese soplado, el interior se despejó y quedó blanco.

Vio el cipresal, los ancianos y legendarios árboles filtrando la luz de la luna. Pudo oler el viento, oírlo así como la llamada del mar.

Una vela dentro de la bola.

Llevaba la bata blanca, el pelo suelto, los pies descalzos. Había encendido las velas... Un búho que ululaba.

Morgana se giraba, veía sus alas blancas resplandecer, cortando la oscuridad como cuchillos. Lo veía desaparecer... y, entonces, él.

Nash salía del tronco de un ciprés y la miraba a los ojos.

Deseo. Exigencia. Destino.

Dentro de la esfera, Morgana se abrazaba a Nash.

Las paredes de la torre se estremecieron, las velas se apagaron. Morgana permaneció quieta, maldiciendo en la oscuridad.

A pocos kilómetros de distancia, Nash se despertaba de la siesta. Adormilado, se frotó la cara con las manos y se incorporó.

Había tenido un sueño muy extraño, tan real que aún le dolían algunas zonas del cuerpo. Y todo por su culpa, decidió mientras echaba mano a un cuenco de palomitas.

Porque no se había esforzado apenas por olvidarse de Morgana. Si lo hubiera hecho, no habría soñado que la desnudaba y le hacía el amor a la luz de la luna.

Sintió un escalofrío y echó un trago a una lata de cerveza, que se le había quedado caliente. Era muy raro, pensó. Tenía la sensación de que podía distinguir el olor de unas velas recién apagadas.

## 3

Morgana ya estaba irritada el lunes por la tarde. Se había retrasado un pedido procedente de Chicago y había estado una hora entera hablando por teléfono, tratando de solucionar el problema. Sintió ganas de ocuparse del asunto a su manera, pues nada la exasperaba más que la ineptitud; pero era consciente de que dejarse llevar por esos impulsos solía tener consecuencias negativas.

El caso era que había perdido bastante tiempo y ya era casi de noche cuando aparcó. Le habría gustado dar un paseo tranquilo para relajarse antes de afrontar su encuentro con Nash. Pero no fue posible.

Permaneció sentada un momento en el coche, observando por la ventanilla una motocicleta negra.

Sebastian. Genial. Justo lo que necesitaba.

Luna salió del coche y se frotó contra la rueda trasera de la Harley.

Cuando hubo terminado de restregarse, Pan les dio la bienvenida a los dos, en la puerta. Luna siguió de largo, sin hacerle caso, pero Morgana si se detuvo un segundo para acariciarlo. Podía oír los acordes de Beethoven sonando en su cadena de música.

En efecto, después de abrir la puerta, se encontró con Sebastian justo donde lo había imaginado: despatarrado en el sofá, con las botas puestas sobre la mesa del café, los ojos medio cerrados y una copa de vino en la mano.

-Morgana, mi verdadero amor -la saludó él.

-Ponte como si estuvieras en tu casa, primo -ironizó Morgana.

-Gracias, cariño -Sebastian alzó su copa-. Este vino es excelente. ¿Es tuyo o de Ana?

-Mio

-Te felicito -se puso de pie, con tanto elegancia como un bailarín-. Toma un poco, me parece que te puede venir bien -le ofreció él.

-He tenido un mal día.

-Lo sé -Sebastian sonrió.

-Sabes que no me gusta que me leas el pensamiento.

-No ha hecho falta -se defendió Sebastian-. Estabas emitiendo señales. No sabes lo altas que llegan a ser cuando algo te enfada.

-Pues entonces tengo que estar gritando.

-Cariño, no te veía desde Candelaria -dijo él. Dado que Morgana no bebía, volvió a agarrar la copa-. ¿No me has echado de menos?

No había manera. Por mucho que Sebastian la incordiara, y llevaba haciéndolo desde que ella era un bebé, su primo la hacía reír. Lo que no era motivo para mostrarse amigable tan rápido.

-He estado ocupada.

-Eso he oído. Háblame de Nash Kirkland.

-¡Maldito seas, Sebastian! -exclamó ella, colérica-. No utilices tus poderes parapsicológicos conmigo.

-Yo no he hecho nada -Sebastian se hizo el ofendido-. En serio, me lo ha contado Ana.

-Ah... perdona -se dispulpó Morgana, sabedora de que, desde que su primo había alcanzado cierto grado de madurez, no acostumbraba a fisgar en los pensamientos privados de los demás, salvo que lo considerase necesario-. No hay nada que contar. Es escritor.

-Eso ya lo se. Como si no hubiera visto sus películas. Pero, ¿qué quiere de ti?

-Documentarse. Quiere una historia con brujas.

-Una historia sobre brujas, imagino. ¿O acaso está interesado en tener una historia contigo?

-No digas tonterías, Sebastian -Morgana rio.

-Yo solo cuidaba de mi primita.

-No lo hagas. Ya sé cuidarme solita -repuso ella-. Por cierto, va a venir dentro de un par de horas, así que...

-Perfecto. Te da tiempo a hacerme la cena -Sebastian le rodeó los hombros con un brazo, cariñosamente-. He hablado con mis padres este fin de semana.

-¿Por teléfono?

Sebastian puso cara de asombro.

-Morgana, ¿sabes lo que cuesta una llamada a Irlanda? Es la ruina.

Morgana rio y rodeó a su primo por la cintura.

-Está bien, te prepararé algo y me cuentas cómo les va mientras cenas.

Nunca conseguía estar enfadada más de dos minutos con él. Después de todo, eran familia. Comieron en la cocina mientras Sebastian le hablaba de las últimas hazañas de sus padres, sus tíos y sus tías. Una hora después, Morgana se había relajado por completo.

-Hace muchos años que no voy a Irlanda -comentó ella.

-Acércate unos días. Sabes que los encantaría verte.

-Puede que lo haga, para el solsticio de verano.

-Podríamos ir los tres. Anastasia, tú y yo.

-Lo malo es que el verano es la época en que tengo más follón en la tienda -se lamentó Morgana.

-Eres tú la que se ata a ese comercio -dijo Sebastian, al tiempo que pinchaba un trozo de chuleta que Morgana se había dejado.

-Me gusta mucho, de verdad. Hablas con la gente... aunque los hay que son rarísimos.

-¿Por ejemplo?

-Hay un pelma que quiere ligar conmigo. El otro día me paró y me dijo que me conocía de otra encarnación.

-Toda una táctica.

-Por suerte, no es verdad. No lo había visto en ninguna otra vida. El caso es que a veces se pasa -dijo Morgana-. Hace poco, cuando ya estaba cerrando la tienda, entró y me hizo una proposición nada elegante.

-¡Vaya! -Sebastian terminó el trozo de chuleta. Sabía que su prima podía defenderse sola, pero no le gustaba que ningún moscón estuviera dándole la lata-. ¿Y que hiciste?

-Le pegué un puñetazo en el estómago.

-Claro que sí, tú siempre con tacto -dijo Sebastian entre risas-. ¿Por qué no lo convertiste en sapo?

-Yo no hago esas cosas -repuso Morgana.

-¿Ah, no?, ¿y que pasó con Jimmy Pakipsky?

-No vale... Solo tenía trece años -se defendió ella sonriente-. Además, en seguida lo reconvertí en el adolescente pesado que era.

-Solo porque Ana te lo pidió -le recordó Sebastian-. Y lo dejaste con verrugas.

-¡Se lo merecía! -exclamó Morgana. Luego, después de un segundo de silencio, le agarró la mano con cariño-. Te he echado de menos -añadió.

Morgana notó algo. El vínculo que los unía era demasiado profundo como para no haberlo advertido.

-¿Qué te pasa? -le preguntó ella.

-Nada que no podamos cambiar -contestó Sebastian, que no tenía intención de involucrar a su prima en sus preocupaciones-. ¿Tienes helado?

-¿Es por el caso en el que estabas trabajando? -insistió ella-. ¿El niño al que habían secuestrado?

-No lograron salvarlo. La policía hizo todo lo que pudo, pero los secuestradores habían perdido los nervios... Solo tenía ocho años.

-Lo siento -Morgana se levantó y se sentó en el regazo de su primo-. Lo siento mucho -añadió sinceramente apenada.

-No dejes que te afecte. Como dejes que te afecte, te la ganas -trató de bromear Sebastian-. Pero yo... no había llegado a encariñar del pequeño. Cuando pasa algo así, uno se pregunta para que tiene un don, si no puede hacer nada para cambiar las cosas.

-Pero si puedes -Morgana lo miró a los ojos con firmeza-. Gracias a ti, se han evitado muchas desgracias.

-Es doloroso.

-Lo sé -Morgana le acarició el pelo-. Me alegra que hayas venido a verme.

-No, yo había venido a vaciarte la nevera y a reirme un rato, no a desahogarme. Lo siento.

-No seas idiota -dijo ella, con tanta dureza, que Sebastian se echó a reír.

-Está bien. Si quieres que me sienta mejor, ¿qué me dices del postre?, ¿tienes helado? -repitió él.

-¿Te apetece de caramelo?

-Eres mi héroe.

La heroína se levantó y le sirvió un cuenco enorme de helado. Sabía que no debía seguir presionándolo y que, seguro, su primo acabaría recuperándose.

-Mucho mejor -dijo Sebastian después de que ella cambiara la música clásica de la cadena de música por una emisora de rock-. Bueno, ¿me vas a decir por qué estás ayudando a ese Kirkland? -añadió mientras se ponía de pie.

-Me interesa.

-¿Quieres decir que ese hombre te interesa?

-En parte. No cree en lo sobrenatural, solo lo explota para sus películas -contestó Morgana, al tiempo que se servía un poco de helado-. Pero no me importa mucho. Creo que podré cambiar esa actitud...

-Cuidado con dónde te metes, prima.

-En la vida hay que correr riesgos, ¿no? -replicó Morgana-. Lo mismo nos divertimos. Yo creo que te caería bien. Tiene esa arrogancia controlada que a los hombres os parece tan viril. Y está claro que es muy imaginativo. Pan y Luna lo han acogido favorablemente. Le encantan los libros de mi madre, tiene buen sentido del humor, es inteligente... y su coche es una chulada -concluyó.

-Suena como si estuvieras colada por él.

-No seas ridículo, por favor -reaccionó Morgana-. Que lo encuentre interesante y atractivo no significa que esté colada por él.

La había provocado, advirtió Sebastian con satisfacción. Cuando más cerca de irritarse estuviera su prima, más fácil podría sonsacarle información.

-¿Has mirado la bola?

-¡Pues claro que la he mirado! -espetó ella-. Como precaución.

-Miraste porque estabas nerviosa.

-¿Nerviosa? No digas tonterías: solo es un hombre.

-Y tú, a pesar de tus poderes, eres una mujer. ¿Hace falta que te explique lo que pasa cuando un hombre y una mujer se juntan?

-No te molestes, gracias -Morgana cerró las manos en puño-. Si decido que sea mi amante, será cosa mía.

-El problema es que siempre se corre el riesgo de enamorarse de un amante -apuntó él mientras seguía con el helado-. Ten cuidado -le aconsejó.

-El amor y el sexo no son la misma cosa -argumentó Morgana, justo antes de que llamaran a la puerta.

Morgana salió de la cocina y maldijo para sus adentros al ver a Nash: ¿por qué era tan mono? Tenía el pelo revuelto por el viento, una mochila sobre un hombro y un agujero en la rodilla de los vaqueros.

-Hola, creo que me he adelantado un poco.

-No importan, ven. Solo tengo que arreglar un pequeño lío en la cocina.

-Bonita forma de referirte a tu primo -dijo este, que acababa de salir al pasillo-. Hola, tú debes ser Kirkland -lo saludó luego.

-Nash, mi primo Sebastian. Ya se iba, ¿verdad que sí? -le preguntó Morgana tras hacer las presentaciones.

-En realidad puedo quedarme un poco -respondió el primo. Luego se dirigió a Nash-. Me gustan tus películas.

-Gracias... ¿No nos conocemos? -Nash lo miró con detenimiento-. Eres el parapsicólogo, ¿no?

-Culpable.

-He seguido algunos de tus casos. Creo que has convencido hasta a los policías más escépticos. Quizá podrías...

-A Sebastian no le gusta hablar de sí mismo -terció Morgana-. En fin, me alegra que hayas venido -añadió, ordenándole con la mirada que se fuera.

-Cuídate cielo -Sebastian le dio un beso prolongado, hasta que notó que Nash fruncía el ceño-. En paz.

-En paz -repitió ella, echando a su primo a empujones-. Ahora, si me disculpas un minuto, enseguida empezamos. ¿Te apetece un té?

-Café mejor -respondió Nash, mientras ella se internaba en la cocina-. ¿Qué tipo de primo es?

-¿Sebastian? Uno pesado, por lo general.

-No, quiero decir... ¿es primo directo o uno de esos lejanos? -preguntó celoso.

-Nuestros padres son hermanos -lo informó Morgana, al tiempo que ponía a calentar el café-. En esta vida, además -no pudo evitar bromear.

-¿En esta...? Ah, sí, por supuesto.

-Mi padre, el de Sebastian y el de Ana nacieron en Irlanda. Son trillizos. Y se casaron con tres hermanas, también trillizas.

-¿En serio? -Nash acarició la cabeza de Pan cuando el perro se acercó a su pierna-. Resulta increíble.

-El destino -afirmó ella-. Él los unió y por él supieron que solo tendrían un hijo por pareja. Entre los seis, había amor para repartir entre muchísimos niños, pero estaba escrito que seríamos hijos únicos -añadió mientras ponía una taza de café y otra de té en una bandeja.

-Yo la llevo -se prestó Nash-. ¿Reliquias de familia? -añadió al ver que el azucarero tenía una forma de calavera sonriente.

-No, los vendó en la tienda. Supuse que te gustaría -dijo Morgana mientras indicaba el camino al salón-. ¿Azúcar? -le preguntó luego, una vez se hubieron sentado.

-Dos cucharadas, gracias -Nash la miró abrir el azucarero y comentó-: Me imagino que serás toda una atracción en la noche de Halloween.

-Hay niños que recorren kilómetros para verme -aseguró Morgana en el tono afectuoso que solía emplear cuando hablaba de niños-. Creo que algunos se quedan decepcionados cuando ven que no llevo un sombrero de pico ni tengo escoba voladora.

-Motivo por el cual te necesito -dijo él, al tiempo que abrió su mochila-. ¿Estás lista? - le preguntó antes de poner en funcionamiento la grabadora.

-Por supuesto.

-¿Qué te parece? -preguntó Nash después de sacar de su mochila un libro que se había comprado.

-Espero que no te haya costado mucho -repuso Morgana tras ver que se titulaba *Conjuros y ensalmos para cualquier ocasión*-. ¿De verdad crees que se puede practicar la magia leyendo un libro?

-En algún sitio hay que aprender.

Morgana hojeó con disgusto las distintas secciones: para poner celosa a tu pareja, para ganar el amor de una mujer, para ganar dinero...

-Imagina lo siguiente, Nash: estás apurado de dinero, las deudas se amontonan. Te encantaría comprarte un coche nuevo, pero el banco no te da crédito. ¿Solución? Pides un deseo, bailando desnudo para darle más efecto al asunto y gritas ¡abracadabra! -arrancó Morgana-. De pronto te encuentras con un cheque de diez mil dolares. Lo malo es que tu querida madre se ha tenido que morir para que consigas la herencia... La magia no es para gente irresponsable. Y, desde luego, no se puede aprender en un estúpido libro.

-Está bien -se convenció Nash-. La cuestión es que si puedo comprar este libro es porque está a la venta y a la gente le interesan estas cosas.

-A la gente siempre le ha interesado la magia -Morgana suspiró-. Por eso colgaron y quemaron a todas las brujas durante años. Por suerte, ya somos un poco más civilizados.

-Lo cual me permite escribir la película ahora -enlazó Nash-. Porque no es arriesgado y, aunque tenemos teléfonos móviles, microondas y ordenadores, seguimos fascinados por la magia. Puedo poner de protagonista a algún lunático sacrificanco machos cabrios...

-No con mi ayuda.

-Ya, ya me lo imaginaba. Además, es demasiado fácil... demasiado corriente. En realidad, había pensado en abordar el tema desde un punto de vista más cómico -comentó Nash mientras acariciaba a Luna, que acababa de subirse a su regazo-. La idea es centrarme en una mujer, una mujer fabulosa con un poder secreto. ¿Cómo entra en contacto con los hombres?, ¿en qué trabaja? No lo sé. Pero tiene que conocer a otras brujas. ¿De qué hablan?, ¿qué les hace gracia?, ¿cuándo decidiste que eras una bruja? -concluyó Nash, con una pregunta más personal.

-Creo que cuando levité en la cuna.

-¿Lo ves? Es el tipo de detalles que estoy buscando -dijo él reprimiendo una risotada-. Tu madre se daría un susto tremendo.

-Ya estaba preparada -Morgana cambió de postura y rozó un muslo de Nash en el movimiento. Este no vio nada mágico en la llamarada que se propagó por todo su cuerpo, sino pura química entre dos cuerpos que se atraían-. Ya te he dicho que heredé mis poderes de ella.

-Cierto... -dijo él distraído-. ¿Y te molestó?, ¿te disgustaba pensar que eras distinta?

-Saber que era distinta -lo corrigió Morgana-. Pues claro. De pequeña me costaba más controlar mi poder. Los sentimientos te hacen perder el control.

-¿Muy a menudo?

-Ya no tanto, desde que maduré. A veces tengo problemas con mi genio, y a veces hago cosas de las que me arrepiento; pero hay una cosa que ninguna bruja responsable olvida: el poder nunca debe emplearse para hacer daño a nadie.

-O sea, que tú eres una bruja seria y responsable... y preparas hechizos de amor para tus clientes.

-De eso nada -repuso ella, con la barbilla alzada desafiantemente.

-Y las fotos de la abuelita esa?, ¿la de su nieta y el pimpollo con el que quería que fuese al baile?

-No me dio opción -se defendió Morgana-. Y que haya aceptado sus fotos no significa que vaya a cubrirlas de polvo a la luz de la luna.

-¿Funciona así?

-Sí, pero... -se mordió la lengua-. Te estás burlando de mí. ¿Por qué haces preguntas si no estás dispuesto a creer las respuestas?

-No tengo que creérmelas para estar interesado -repuso Nash-. Entonces, ¿no has hecho nada para que bailen juntos? -añadió acercándose un centímetro a Morgana.

-Yo no he dicho eso -contestó ella mientras dejaba que Nash le acariciase el pelo-. Solo les he quitado un pequeño obstáculo. Hacer más habría sido una interferencia.

-¿Qué obstáculo? -preguntó él mientras olía el aroma de su cabello.

-La chica es muy tímida. Le he dado una empujoncito para que tenga más confianza en sí misma. El resto depende de ella.

-¿Así es como trabajas?, ¿dando empujoncitos?

-Depende de la situación.

-He leído mucho de estas cosas -Nash sacó cuatro libros más de su mochila-. Las brujas solían estar consideradas como las mujeres más sabias de los pueblos. Podían preparar pociones, hechizar, ver el futuro, curar a los enfermos... ¿Cuál es tu especialidad?

-La magia -respondió Morgana. Y, por orgullo o enojo, no estaba segura. Hizo que un trueno rompiera el silencio de la noche.

-Parece que va a haber tormenta -comentó Nash.

-Puede. Será mejor que nos demos prisa para que te marches cuanto antes y no te mojes.

-No te preocupes -dijo Nash-. No me importa mojarme un poco.

-Te advierto que va a caer a cántaros -murmuró Morgana, sabedora de lo que decía-. Pero, bueno, si quieres seguimos hablando -añadió, al ver que Nash no hacía el menor ademán de marcharse.

-¿Qué te parece la escena? -preguntó él, animoso-. Exterior, noche. Una bella heroína se abre paso entre la niebla y las lápidas de un cementerio. Un búho ulula. Se oye el eco distante del ladrido de un perro. Primer plano de la cara pálida, perfecta de la mujer, cubierta por una capucha oscura. Se detiene frente a una tumba y, mientras dice un conjuro, tira al aire puñados de polvo. Explota un trueno. Fundido en negro.

-Nash, estoy haciendo un gran esfuerzo por recordar que te dedicas al cine y que, como artista, te puedes permitir muchas licencias -replicó Morgana, tratando de no ofenderse.

-O sea, que no pasas mucho tiempo en los cementerios -dijo él, al tiempo que le besaba los dedos.

-Puedo aceptar que no creas qué soy. Pero no pienso permitir que te rías de mí.

-No te pongas así -repuso Nash mientras le retiraba el pelo de la nuca y le hacía un masaje-. Es que no me lo trago. Vale que el rumano ese se creyese que era descendiente de Drácula. Pero él estaba majara. En cambio, tú... eres una mujer inteligente. Tienes estilo, buen gusto, hueles de maravilla... No puedo fingir que me creo lo que estás contando.

La sangre empezaba a hervirle. No lo toleraba: no podía permitir que ese hombre la irritase y sedujera al mismo tiempo.

-¿Piensas que te estoy mintiendo?

-Si una mujer de noventa años me dice que su amante murió en 1922 de un disparo cuando era lobo bajo la influencia de la luna, no la tomo por una mentirosa. Pienso que cuenta unas historias estupendas o que realmente se cree lo que dice. Las dos cosas me valen.

-Con tal de que te inspire para tus películas -lo acusó Morgana.

-Así me gana la vida. Y no hago daño a nadie.

-Claro que no. Solo te marchas después de la entrevista y te reúnes con tus amigos para reírte del colgado que has conocido -espetó ella con llamas en los ojos-. Como hagas lo mismo conmigo, tendrás verrugas hasta en la lengua.

-Lo único que digo es que tú sabes muchos datos, conoces hechos fantásticos. Entiendo que te hagas pasar por bruja para que tu tienda sea famosa. Seguro que es un gran gancho para vender. Pero no hace falta que sigan fingiendo conmigo.

-¿Crees que me hago pasar por bruja para vender más? -Morgana se levantó, por temor a continuar junto a él y darle un puñetazo.

-Yo no he...¡au! -gritó cuando Luna le clavó las garras.

-¡Te sientas en mi casa y me llamas charlatana, mentirosa y ladrona! -exclamó mientras felicitaba a la gata con la mirada.

-No -Nash se desembarazó de Luna y se puso de pie-. Solo digo que puedes ser directa conmigo.

-¿Directa? -repitió Morgana, tentada de convertirlo en un enano con siete orejas-. ¿Quieres que sea directa contigo? -añadió, esbozando una sonrisa perversa.

-Solo quiero que sepas que puedes relajarte.

-Que me relaje... Muy buena idea. Los dos deberíamos relajarnos -dijo ella, acercándose a Nash-. ¿Por qué no encendemos la chimenea? Seguro que nos ayuda.

-Perfecto -convino él-. Yo la enciendo.

-No, no, déjame a mí -dijo Morgana. Se puso frente a la chimenea, extendió los brazos, sintió el Poder por sus venas y se concentró en la leña. Un segundo después los leños empezaron a arder-. ¿Mejor? -le preguntó encantada por la cara de asombro de Nash, pálida y boquiabierta.

-Creo que...

-Tienes mal aspecto. ¿Te apetece tomar algo? -Morgana abrió la mano y una copa de brandy voló desde el licorero hasta su palma.

-No, gracias...

-Yo sí tomaré una -chasqueó los dedos y la botella flotó hasta llenar la copa-. ¿Seguro que no quieres nada?

-No...

-Y ahora, ¿por dónde ibamos? -preguntó Morgana mientras se sentaba en el sofá.

Estaba alucinando. O lo había hipnotizado. Abrió la boca, pero no acertó a articular palabra. Hasta que, de pronto, lo comprendió.

-Efectos especiales. Tiene que haber un cable -dijo Nash entre risas-. Un truco estupendo. Casi me engañas.

-¿De verdad?

-Increíble. Tan buenos como los de una película -comentó él mientras buscaba en vano el cable por el que supuestamente se habían deslizado la copa y la botella de licor-. Ya está: un científico se enamora de una bruja y se vuelve loco tratando de explicarse todo lo que ella hace. Quizá se cuele en uno de sus aquelarres. ¿Tú has asistido a alguno?

-Naturalmente -respondió Morgana, que ya había recobrado el buen humor.

-Genial. Podrás darme detalles. Podía usar el truco de la chimenea. Ella la enciende, pero él no está seguro de si ha sido un truco mágico o efectos especiales. El público tampoco lo sabe.

-¿Qué persigue la historia?

-Aparte de dar unos cuantos sustos, plantea la cuestión de si un hombre normal es capaz de aceptar el hecho de que se ha enamorado de una bruja.

-Pregúntate si una bruja podría aceptar el hecho de que se ha enamorado de un hombre normal -replicó Morgana, súbitamente apenada.

-¿Lo ves?, ¿ves por qué te necesito? -Nash se sentó junto a ella-. No solo necesito la perspectiva de una bruja, sino la de una mujer. Venga, cuéntame algo de tus hechizos.

Morgana giró la cabeza, como dando a Nash por imposible, y rio:

-Muy bien, hablemos de magia.

# 4

No se había sentido solo. Se había pasado el día entero leyendo libros para enriquecer su imaginación con hechos y más fantasías. Desde pequeño, Nash siempre había sabido divertirse a solas. Lo que al principio había sido una necesidad para sobrevivir, se había acabado convirtiendo en una forma de vida.

El tiempo transcurrido en casa de su abuela, de una tía y de diversas casas de acogida le habían enseñado que más valía aprender a entretenerse por su cuenta. Y dado que nunca había podido disfrutar de un gran número de juegos y juguetes, se había dedicado a exprimirse el cerebro para no aburrirse. Con la ventaja de que la imaginación se podía llevar a todas partes, no se rompía nunca y no hacía falta recogerla al terminar de jugar con ella.

Ya sí podía permitirse comprar lo que se le antojase y, aunque Nash era el primero en admitir que había juguetes sensacionales para adultos, seguía dándose por satisfecho con su imaginación.

Le encantaba aislarse del mundo de verdad y de la gente real durante horas. Y no por eso estaba solo; no con todos los personajes y sucesos que trepidaban por su cabeza. Su imaginación siempre había sido su mejor compañera. Y si en alguna ocasión accedía a asistir a una fiesta, era para buscar motivos de inspiración y, al mismo tiempo, compensar el tiempo que pasaba a solas... que no con sentimiento de soledad.

De hecho, tenía amigos. Simplemente, sabía dominar las riendas de su destino. De él, y solo de él, dependía quedar con ellos o no. Le gustaba tener una casa privada, donde comer cuando tenía hambre, dormir si estaba cansado y desperdigar la ropa por donde fuera. La mayoría de sus amigos y conocidos eran infelices en su matrimonio o estaban divorciados y amargados y pasaban buena parte de su tiempo quejándose de sus parejas.

A diferencia de Nash Kirkland.

Él era libre. Un soltero sin compromisos. Un lobo solitario, más feliz que un cubo.

¿A propósito, por qué serían los cubos felices?, se preguntó Nash, que sí tenía muy claro qué lo hacía feliz. En concreto, poder sacar su portátil y poder trabajar a la luz del sol y al aire libre, con el ruido del agua como fondo; poder entregarse a la concepción de una película sin que los plazos le acuciaran no una mujer estuviese esperándolo para reclamarle más atención.

Nash sabía que él no había nacido para ejercer un trabajo convencional ni mantener una relación normal. Y, por mucho que su abuela le había repetido que jamás llegaría a ser un hombre respetable y que ninguna mujer con dos dedos de frente se acercaría siquiera a él, había triunfado a su manera.

Nash estaba convencido de que la rigurosa anciana no habría encontrado respetable su profesión. De seguir viva, le habría echado la bronca por haber llegado a los treinta y tres sin haberse casado.

Y no era que se hubiese negado en rotundo a adaptarse a estilos de vida más corrientes. Pero el tiempo que había trabajado para una compañía de seguros en la ciudad de Kansas le había demostrado que no podía ser un asalariado de los que se ajustan a horarios de nueve a cinco. Por otra parte, su último intento de mantener una relación seria había

puesto de manifiesto que no era un hombre adecuado para permanecer toda la vida junto a una mujer.

En palabras de DeeDee Driscoll durante el discurso final, él no era más que un niño egoísta, emocionalmente inmaduro. Le acusaba de ampararse en su habilidad en la cama para justificar su irresponsabilidad fuera de ella, así como de preferir jugar con sus monstruitos a tener una relación adulta con una mujer.

Lo había expresado con una prolijidad de detalles, pero, en esencia, eso había sido lo que su ex novia le había dicho. Nash no podía culparla porque le hubiera lanzado tales insultos... además del cenicero de mármol, puestos a recordar. La había decepcionado por no estar dispuesto a contraer matrimonio.

Al final, DeeDee se había casado con su odontólogo. Nash no podía disimular una leve sonrisa ante el hecho de que a partir de un par de caries hubiese florecido su gran amor.

Ahora era una mujer brillante y agradable, con un cuerpo sugerente y una bonita sonrisa.

En cualquier caso, no se apenaba lo más mínimo por no haber sido él quien hubiese acompañado a DeeDee ante un altar sagrado.

Era un hombre sin ataduras ni compromisos, contento de su soltería... Entonces, ¿por qué llevaba una hora nervioso, sin para de dar vueltas por la casa?

Y, mucho más importante, ¿por qué había intentado hablar con Morgana más de una docena de veces?

Esa noche no se la había reservado. Ella se había mostrado tajante al decir que solo le dedicaría tres tardes por semana. Nash tenía que reconocer que, dejando de lado los roces iniciales, habían congeniado bastante bien. Le bastaba con no mostrarse demasiado sarcástico.

Morgana tenía sentido del humor y cierto aire drámatico, lo cual era estupendo, pues Nash quería que su película tuviese pinceladas de ambas cosas. Desde luego, no le suponía un sacrificio pasar un par de horas a la semana en compañía de ella. El hecho de que insistiese en que era una bruja de verdad solo contribuía a hacer sus encuentros más interesantes. A decir verdad, lamentaba que no lo hubiese sorprendido con ningún otro truco de efectos especiales.

Había aprendido a mantener las manos lejos de ella. Prácticamente. Porque tocarle los dedos y rozarle el pelo no contaba. No después de no lanzarse por esa boca suave e incitante, ese cuello largo o esos firmes y delicados pechos.

Nash tiró de las riendas para que su fantasía sexual no se desbocara.

Aunque era más que normal desear a Morgana y disfrutar imaginándose cómo sería estar bajo las sábanas junto a ella, la insistencia de sus pensamientos empezaba a preocuparlo.

Todavía no había perdido el control. Había sido un santo. Incluso el día en que ella le había abierto la puerta con unos pantaloncitos cortos que revolucionaban sus hormonas, había logrado someter sus instintos más básicos. Lo que no le agradaba era admitir que su contención se había debido a otro instinto aún más primitivo: el de conservación. Porque involucrarse sentimentalmente con ella daría al traste con la relación profesional entre ambos. Y porque una mujer que lo había perturbado tanto con un simple beso podía ser muy peligrosa.

Pero quería llamarla, oír su voz, preguntarle si podía ir a verla, aunque solo fuese una hora o dos.

¡Maldita sea!, ¡claro que se sentía solo! Al menos, desde que había apagado el ordenador y había salido a dar una vuelta por la playa. Todas las personas que había visto, en parejas o familias, se le habían aparecido como pertenecientes a un grupo. Grupos en los que él no sabría desenvolverse.

Suspiró. No todo el mundo estaba hecho para formar familias. Eso lo sabía él por experiencia. Hacia tiempo que había decidido no repetir el error de su madre.

Con todo, contemplar a aquellas familias lo había hecho sentirse inquieto y lo había llevado a pensar que su casa estaba vacía y era demasiado grande para él solo. Lo había hecho desear tener a su lado a Morgana, para haber podido pasear juntos, tomados de la mano, por la orilla. O haberse sentado para mirar la salida de las primeras estrellas en el cielo.

Desquiciado, descolgó el auricular y marcó de nuevo en número de Morgana. Esbozó una sonrisa al oír su voz, pero se desvaneció en seguida, al comprender que se trataba de un contestador automático.

Pensó en dejarle un mensaje, pero decidió colgar. ¿Qué podía decirle?, ¿que solo quería hablar con ella?, ¿que necesitaba verla y que no se la quitaba de la cabeza?

Denegó con la cabeza y dio una nueva vuelta a la casa. Vio las bonitas máscaras de Ocaña que colgaban de una de las paredes, los cuchillos de bella empuñadura, brillando bajo una lámpara... Para aliviar la tensión, agarró una muñeca y le hizo vudú, clavándole un alfiler en el corazón

-¿Qué?, ¿te gusta?

Luego tiró la muñeca, metió las manos en los bolsillos y decidió salir de casa. Al cine.

-Te toca a ti comprar las entradas –le dijo Morgana a Sebastian-. Yo me encargo de las palomitas y Ana elige la película.

-Ya compré las entradas la última vez –protestó él mientras andaban por Cannery Row.

-No es verdad.

-Las compré yo –aseguró Anastasia, sonriente-. Estás intentando estafarnos, como siempre.

-¿Estafaros? –Sebastian se detuvo en medio de la acera-. ¡Qué palabra más desagradable! Y recuerdo perfectamente...

-Lo que te conviene recordar –atajó Anastasia mientras se colgaba del brazo de Sebastian-. Vamos, primo, no seas cabezota.

Este murmuró algo, pero echó a andar con Morgana colgada de un brazo y Anastasia del otro. Tenía muchísimas ganas de ver la última película de Schwarzenegger, y se temía que Ana iba a elegir una comedia romántica, sensiblera. No era que no le gustaran las películas románticas, pero había oído que Schwarzenegger se había superado, salvando al mundo de un grupo de extraterrestres malvados.

-No refunfuñes –dijo Morgana con desenfado-. La próxima vez eliges tú la película.

Le gustaba mucho aquella costumbre. Siempre que las ganas y los horarios lo permitían, los tres primos se reunían para ir al cine. Después de varios años de discusiones, habían establecido ese sistema rotacional para pagar, comprar palomitas y elegir película. Aunque no era infrecuente que surgiera alguna protesta, habían logrado evitar discusiones acaloradas que estropearan la tarde.

-Y no vale intentar influirme –dijo Anastasia cuando notó que Sebastian estaba acosando su cerebro con sus poderes parapsicológicos-. Ya la tengo decidida.

-Yo solo quería evitar que tiráramos el dinero a la basura –resignado, Sebastian miró al suelo y continuó cabizbajo hasta que vio al hombre que se acercaba en dirección contraria-. ¿Vaya, vaya!, ¡qué coincidencia!

Morgana ya había visto a Nash, y no sabía si alegrarse o disgustarse. Había conseguido mantener cierta neutralidad durante las entrevistas de trabajo, a pesar de la tensión sexual de que se cargaba el aire en cuanto estaban a menos de diez metros.

-¿Más cine? –le preguntó ella, sonriente, al ver en qué empleaba Nash su día libre.

-Más o menos. Siempre me dejo caer por alguna sala cuando estoy dándole vueltas a una nueva película –repuso él-. Hola –saludó a Sebastian y a Anastasia, forzándose a separar la mirada de Morgana.

-Me alegro de volver a verte –dijo Anastasia-. Es curioso, la última vez que fuimos los tres al cine, vimos una película tuya: *Juegos de muertos*.

-¿Sí?

-Estuvo muy bien.

-¡Qué sabrás! –intervino Sebastian-. Se pasó la última media hora con los ojos cerrados –añadió, dirigiéndose a Nash.

-No podrías hacerme un halago mejor –repuso este mientras se ponían los cuatro a la cola-. ¿Y qué vais a ver?

Anastasia miró a Sebastian de reojo mientras este sacaba la cartera.

-La película de Schwarzenegger –contestó ella por fin.

-¿De verdad? –Nash no tenía ni idea de por qué sonreía tanto Sebastian, pero él sonrió a Morgana-. Yo también.

Pensó que tenía la suerte de cara cuando, una vez en el patio de butacas, pudo sentarse junto a Morgana. Le daba igual que ya hubiese visto la película en un preestreno. De todos modos, era probable que la hubiese vuelto a elegir. Era todo un espectáculo, con mucho ritmo, una buena dosis de humor para aliviar los momentos de violencia y una retorcida trama de suspense. Sobre todo, había una escena que había hecho saltar de sus asientos a la mayoría de las celebridades que habían asistido al preestreno. Si seguía con la misma suerte, Morgana se refugiaría en sus brazos...

Ella le sonrió cuando las luces perdieron intensidad y Nash se quedó embebido. Por lo general, se abstraía de la realidad en cuanto comenzaba la película, sobre todo si era de acción. Pero esa noche le costó concentrarse en lo que sucedía en la pantalla.

Estaba demasiado atento a la mujer que tenía a su lado, como para desconectar de la realidad.

Los cines tenían un olor característico: el aroma de las palomitas de maíz, mezcladas con los caramelos y los refrescos. Por agradable que le resultara, y a Nash siempre le había parecido muy agradable, no podía compararse con la enloquecedora sexualidad que emanaba del perfume de Morgana.

La sala estaba fría, helada casi. Nunca había entendido por qué colocaban el aire acondicionado en la posición de congelación en un sitio donde la gente iba a estar sentada y quieta durante dos horas. Pero la fragancia de la piel de Morgana era cálida, excitantemente cálida, como si estuviese sentada sobre un potente haz de luz solar.

No saltaba ni brincaba hacia él, por más caos que sembraban los invasores. De hecho, no perdía detalle de cuanto ocurría en la pantalla, al tiempo que mordisqueaba alguna que otra palomita.

Por fin, la película logró sobresaltarla un poco. Lo justo para agarrarse al apoyabrazos que compartía con Nash. Este le cubrió la mano con suavidad y ella, sin mirarlo, puso la palma boca arriba y ambos entrelazaron sus dedos.

No podía evitarlo. No era de piedra, sino una mujer de carne y hueso que encontraba a su acompañante escandalosamente atractivo. Y dulce. Había algo dulce en estar sentados en un cine a oscuras, con las manos entrelazadas.

-¿Y qué tenía de malo?

Estaba teniendo cuidado en sus encuentros a solas, asegurándose de que las cosas no se movieran demasiado rápido en una dirección que no fuese de su gusto. Aunque tampoco había tenido que resistirse, pues Nash no se había atrevido a intentar seducirla.

A no ser que tomara en cuenta en hecho de que siempre estaba tocándola de aquel modo descuidado y amistoso. Un modo que la hacía dar vueltas en la cama durante horas después de que él se hubiese marchado.

La parte positiva era que lo pasaba bien trabajando con Nash, ayudándolo a documentarse. No solo porque fuera un hombre divertido, con un talento más que respetable, sino porque le estaba dando la oportunidad de explicar lo que era ella... aunque él no se lo creyera.

Lo que le daba lo mismo, se dijo Morgana, que estaba perdiéndose la película, despistada por las caricias que Nash le hacía en el antebrazo. Este no tenía por qué creer para incorporar conocimientos y escribir un buen guión.

Cuando Schwarzenegger terminó de salvar al mundo y las luces se encendieron, apartó la mano de Nash. No porque se sintiera incómoda, sino porque no estaba de humor como para soportar ninguna broma de Sebastian.

-Excelente elección, Ana -la felicitó este.

-Todavía tengo el corazón a cien por hora.

-¿Te ha dado miedo? -le preguntó Morgana mientras salían por el pasillo de la sala.

-En absoluto -se negó a admitir Ana-.

Pero ver un cuerpo como este, desnudo de cintura para arriba casi toda la película, basta para sofocar a cualquier mujer.

-¿Una pizza? -propuso Sebastian nada más llegar al vestíbulo del cine-. ¿Te gusta la pizza? -le preguntó a Nash.

-Me gusta todo lo que se pueda comer.

-Genial, entonces pagas tú -respondió Sebastian.

Eran un trío muy particular, decidió Nash mientras los cuatro devoraban sus porciones de pizza con queso fundido. Todo era motivo de discusión: desde la pizza que había que elegir hasta el efecto especial más impactante de la película que acababan de ver. Era evidente que a Morgana y Sebastina les gustaba pincharse de continuo, mientras de Anastasia solo intervenía de vez en cuando, ejerciendo de árbitro.

Pero también era obvio que, más allá de las discusiones, estaban unidos por un vínculo muy profundo y afectuoso.

Cuando Morgana le dijo a Sebastian que no fuera idiota, cariño, Nash tuvo la sensación de que tanto el insulto como el apelativo cariñoso eran igual de sinceros.

Anastasia se giró hacia Nash y le lanzó una mirada cargada de simpatía, que lo incomodó. Luego desapareció el brillo de sus ojos y siguió siendo, simplemente, una hermosa mujer de sonrisa fácil.

-No lo hacen adrede -comentó ella con desenfado-. Es que no pueden evitar pelearse.

-¿Cómo no vamos a pelearnos?, ¿es que tengo que tragar con todos los defectos de Sebastian? -dijo entonces Morgana, para dar un sorbo de vino tinto acto seguido-. ¿Lo ves? Es un glotón -añadió después de darle un manotazo a Sebastian que había intentado quitarle una porción de pizza del plato de su prima.

-¡Eres tú, que te dejas siempre toda la comida!

-Y encima se pone a gritar. Otra de sus muchas virtudes.

-Me ¿se de una que tiene peor genio. ¿A ti qué te parece, Ana?

-Bueno, la verdad es que los dos...

-Nunca ha sabido controlarse -interrumpió Sebastian-. De pequeña, cuando no se salía con la suya, berreaba como una bestia.

-Lamento decirlo, pero más de la mitad de las veces que Morgana perdía los nervios era porque tú la habías provocado -apuntó Anastasia.

-Natural, era tan fácil -Sebastian se encogió de hombros y le guiñó un ojo a Morgana-. Todavía lo es.

-Deberías seguir colgado en el tejado -respondió esta.

-¿Perdón? Me he perdido -terció Nash.

-Un truquito de mi prima -dijo Sebastian.

-Que te tenías más que merecido. Todavía no sé si te he perdonado.

-Fue una broma muy pesada, Sebastian –reconoció Anastasia.

-Solo tenía once años. A esa edad es normal ser travieso –se defendió él-. Además, ni siquiera era una serpiente de verdad.

-Pero lo parecía –recordo Morgana.

Sebastian sonrió y le contó la historia a Nash:

-Estábamos los tres en casa de tía Bryna y tío Matthew. Reconozco que siempre estaba buscando la manera de pinchar a esta mocosa, y sabía que las serpientes la aterrorizaban.

-Muy típico de ti: explotar las fobias de los demás –murmuró Morgana.

-El caso es que a la chica no le daba miedo nada... excepto eso –los ojos de Sebastian se iluminaron-. Y le metí una serpiente de goma en la cama, estando ella dentro, por supuesto.

-No parece tan espantoso –comentó Nash disimulando una sonrisa.

-La hizo moverse y sisear –añadió Ana, esforzándose también por no echarse a reír.

-Llevaba semanas ensayando ese encantamiento-. Sebastian suspiró con nostalgia-. La magia nunca ha sido mi fuerte, así que tenía que prepararme a conciencia... y funcionó –añadió triunfante.

Nash comprendió que no tenía nada que comentar. Al parecer, estaba sentdo con tres locos.

-Así que cuando dejé de gritar y vi que había sido una birria de encantamiento, mandé a Sebastian al tejado y lo dejé allí colgando –concluyó Morgana con satisfacción-.

¿Cuánti tiempo estuviste, cariño?

-Dos insoportables horas.

-Seguirías allí si mi madre no te hubiera descubierto y me hubiese obligado a bajarte –replicó Morgana sonriente.

-Os pasasteis el resto de verano tratando de superaros, fastidiándoos el uno al otro –dijo Anastasia.

Sebastian y Morgana se sonrieron. Luego ella miró a Nash de reojo.

-¿Seguro que no te apetece un poco de vino? –le preguntó.

-No, gracias, tengo que conducir –respondió Nash. Pensó que le estaban tomando el pelo, pero no se disgustó, pues eso lo hacía integrarse en aquel pequeño grupo-. ¿Así que os intercambiateis hechizos cuando erais pequeños?

-Cuando se tienen poderes especiales, es difícil contentarse con los juegos normales.

-Jugáramos a lo que jugáramos –le dijo Sebastian a Morgana-, tú siempre hacías trampas.

-Por supuesto. Me gusta ganar –admitió ella, sin ofenderse, al tiempo que le daba la pizza que no le apetecía-. Se está haciendo tarde, ¿me acercas a casa, Nash? –añadió entonces, mientras se levantaba para dar un beso de despedida a sus primos.

-Encantado –repuso él al tiempo que tomaba la mano de Morgana.

Anastasia suspiró y apoyó la barbilla sobre una mano.

-Con tantas chispas saltando entre los dos, me sorprende que no hayan provocado un incendio en la mesa –comentó cuando la pareja se hubo alejado.

-Ya veremos las llamas –aseguró Sebastian-. Le guste a Morgana o no.

-¿Crees que estará bien? –preguntó Anastasia, preocupada.

No lo veía con la claridad que le habría gustado. Siempre le costaba más concentrarse con la familia; en especial con Morgana.

-Se va a llevar un par de golpes –dijo Sebastian. Cerró los ojos e intuyó el desenlace sonriente-. Pero lo va a superar, Ana. Como ella misma dice, le gusta ganar.

Morgana no estaba pensando en batallas ni victorias sino en la fresca brisa que soplaba contra sus mejillas. Miró al cielo y lo vio negro, habitado por una media luna y constelado de estrellas.

Estaba disfrutando mucho; de la velocidad del descapotable, de la luz de la luna, del aire con olor a mar... y de ese hombre que conducía con seguridad, ponía la radio demasiado alta y olía todos los secretos de la noche.

Giró la cabeza para estudiar su perfil. Le entraron ganas de acariciarle el rostro de facciones angulosas, de deslizar los dedos por aquella boca y sentir el tacto de su barbilla.

Entonces, ¿por qué dudaba? Aunque nunca había sido promiscua ni había contemplado como potencial amante al primer hombre atractivo que se le cruzaba en el camino, su deseo era más intenso en este caso concreto. La bola de cristal se lo había anunciado.

Y era por eso precisamente por lo que se rebelaba. Porque siempre la había repateado considerarse una marioneta de un destino ya trazado.

-¿Por qué habías salido al centro por la tarde? -le preguntó por fin.

-Estana inquieto. Harto de mí mismo.

Morgana conocía esa sensación. No la tenía a menudo, pero cuando surgía era insoportable.

-¿El guión va bien?

-Bastante bien. Dentro de unos días me gustaría mandarle un borrador a mi agente - Nash la miró. Estaba preciosa, seductora, con el pelo al viento y la luna iluminando su piel. No podía apartar los ojos de ella, pero no era esa la forma más inteligente de conducir un vehículo-. Me has ayudado mucho.

-¿Quieres decir que ya has terminado conmigo?

-No. Yo... -Nash paró el coche, pues acababan de llegar a la casa de Morgana, pero no quitó las llaves del contacto.

Si lo invitaba a pasar, pensó ella por su parte, Nash aceptaría. Algo especial estaba ocurriendo esa noche. Por su parte, él, después de haberla mirado a los ojos, se había quedado con la desagradable sensación de estar representando el papel de un guión escrito por otra persona, al que todavía le faltaba el final.

-Estás nervioso -murmuró Morgana. Apagó el motor en un movimiento impulsivo y el silencio de la noche cayó sobre los dos-. ¿Sabes lo que a mí me gusta hacer cuando estoy nerviosa? -susurró al cabo con voz sensual.

Nash se giró para ahogarse en aquellos preciosos ojos azules y de nuevo empezó a tocarle el pelo.

-¿El qué?

Morgana se apartó, zafándose de sus manos como un fantasma. Después de abrir la puerta y salir del coche, rodeó el Jaguar hasta acodarse sobre la ventanilla de él.

-Pasear -respondió Morgana, cuyos labios apenas distaban unos centímetros de los de Nash-. Ven conmigo. Te enseñaré un sitio mágico.

Cruzaron el césped del jardín, dejaron atrás la casa de Morgana y se adentraron en las sombras y el silencio del cipresal. La luz de la luna se filtraba entre las copas y proyectaba contornos espeluznantes sobre el suelo del bosque. Una ligera brisa mecía las hojas con una melodía que lo hizo pensar en el arpa que Morgana guardaba en su salón.

Notaba el calor de su mano mientras lo guiaba sin prisa pero decidida hacia algún lugar desconocido.

-Me gusta la noche -comentó Morgana-. El olor y el sabor de la noche. A veces me despierto y vengo aquí a pasear.

Nash no entendía el motivo, pero su corazón le estaba palpitando con violencia dentro del pecho. Algo estaba ocurriendo.

-Estos árboles... -acertó a decir él con voz rugosa-. Estos árboles me enamoran -logró finalizar.

-¿De verdad? -preguntó Morgana con curiosidad.

-El año pasado vine aquí de vacaciones. Quería huir del calor y me refugié en ellos - dijo Nash mientras acariciaba la corteza de un tronco-. Nunca he sido un hombre de campo. Me gusta la ciudad. Pero supe que tenía que comprarme una casa desde la que pudiera asomarme a la ventana y ver estos árboles.

-A veces se regresa al lugar al que pertenecemos -observó Morgana mientras reanudaba la marcha-. Algunos ritos ancestrales veneraban este tipo de árboles por su edad, su belleza y su resistencia. Ahora estamos en el corazón del bosque. Y la magia más pura habita siempre en el corazón -añadió tras detener sus pasos, recordando la enseñanza más importante de su madre.

No habría sabido decir por qué la entendía y la creía. Quizá la luna. Lo único que sabía con certeza era que la piel se le estaba erizando y que, en algún pasado remoto de su memoria, ya había estado allí, junto a Morgana.

Alzó una mano para pasear los dedos por su mejilla derecha. Ella no se movió. Permaneció quieta, mirándolo, esperando.

-No sé si me gusta lo que está pasando -comentó Nash con calma.

-¿Qué te está pasando?

-Tú -Nash alzo la otra mano y terminó de abarcar su cara-. Sueño contigo. Incluso durante el día, sueño contigo. No puedo evitarlo ni manejar la ensoñación a mi antojo. Simplemente, sucede.

-¿Tan malo es? -Morgana le agarró la muñeca para sentir la potencia de su pulso.

-No lo sé. Te aseguro que se me da de maravilla no meterme en líos.

-Entonces no compliquemos las cosas.

No supo si fue ella o él quien se movió, pero, de pronto, Morgana estaba entre sus brazos y se besaron. Ninguno de sus sueños había sido tan excitante.

Su lengua jugó con la de Nash, provocándolo para que la hundiese más. Suspiró de placer y agradeció el reguero de besos que Nash trazó por su cuello, para ladearse a continuación hacia el lobulo de su oreja izquierda y, regresar, con más fervor aún, a sus labios exigentes.

¿Cómo iba a poder controlarse cuando la atracción que los unía era tan devastadora? Morgana deseó que todo se quedase en un mero deleite sensual, pero el estremecimiento de su cuerpo le indicaba que se trataba de algo mucho, muchísimo más profundo. Ella jamás había entregado su corazón. Siempre había estado a salvo, pero en ese instante, con la luna y los árboles silenciosos por testigo, se lo dio.

Lo abrazó con fuerza y pronunció su nombre. Solo entonces comprendió por que había necesitado llevarlo allí, a su escondite más íntimo. ¿Qué lugar más adecuado había para perder el corazón por primera vez?

Lo mantuvo entre sus brazos unos segundos, absorbiendo todo cuanto Nash pudiera ofrecerle, deseando en vano haber cumplido su palabra y no haber complicado las cosas.

Porque ya no había nada fácil para ninguno. Ya solo podía aprovechar el tiempo que quedaba para preparar a los dos.

Cuando quiso retirarse, él la retuvo y la besó una y otra vez, mientras la cabeza le daba vueltas sin parar.

-Nash -le frotó una mejilla con la propia-, ahora no puede ser.

Su voz penetró por la confusión de su cerebro y, asombrado, se dio cuenta de que le estaba clavando los dedos para que no se separara de él.

-Perdona -la soltó-. ¿Te he hecho daño?

-No -conmovida, Morgana le dio un beso en los labios-. En absoluto, no te preocupes.

Pero claro que se iba a preocupar. Él siempre había sido delicado con las mujeres. Quizá alguna lo hubiese tachado de insensible, pero jamás había maltratado físicamente a ninguna.

Y, sin embargo, había estado a punto de tirar al suelo a Morgana para poseerla allí mismo, sin tomar en consideración si ella estaba de acuerdo.

-Tenía razón: no me gusta lo que está pasando. Es la segunda vez que nos besamos y la segunda vez que siento que tenía que hacerlo. Igual que tengo que respirar, comer o dormir.

-Los sentimientos también son imprescindibles para sobrevivir -repuso Morgana con cautela.

Nash lo dudaba, pues había pasado toda su vida sin enamorarse de ninguna mujer.

-¿Sabes? Si creyera que de verdad eres una bruja, diría que me tienes cautivado.

La sorprendió sentirse herida. No recordaba que ningún hombre la hubiera herido antes... aunque quizá consistiera en eso estar enamorada. Nunca había necesitado proteger su corazón, pero quizá fuera el momento de escudarse.

-Entonces tienes suerte de no creerme, porque solo ha sido un beso, Nash -Morgana sonrió, con la esperanza de que las sombras enmascararan la tristeza de sus ojos-. No hay que tener miedo de un beso.

-Te deseo -confesó él con voz ronca, forzándose a meter las manos en los bolsillos-. Y eso puede ser peligroso.

-Ya nos arreglaremos llegado el momento. Ahora estoy cansada. Me voy a casa.

Y esta vez, al volver por el cipresal, no le ofreció la mano.

# 5

Morgana había inaugurado Hechicera cinco años y pico antes de que Nash entrara en la tienda en busca de una bruja. El éxito de la tienda se había debido a los curiosos artículos que exponía, a la disposición de Morgana para trabajar horas extras y a la diversión que encontraba en el juego de comprar y vender.

Dado que su familia siempre había sido próspera económicamente, podía haberse dedicado a cualquier afición no remunerada. Pero era una mujer demasiado ambiciosa y orgullosa como para no ganarse la vida por sus propios medios.

La idea de abrir una tienda le había resultado atractiva, pues la permitía rodearse de cosas que le gustaban y personas con las que, en general, se divertía.

El hecho de dirigir un negocio tenía sus ventajas: la sensación de realización personal, el orgullo de ser propietaria, la diversidad de gente que conocía. Pero también contaba con algunos inconvenientes: siendo una persona con un sentido tan desarrollado de la responsabilidad, no podía cerrar las puertas cada vez que el entraran ganas de estar sola.

En esos momentos, le habría gustado que sus padres la hubieran malcriado y convertido en una mujer caprichosa y engreída. Si no la hubieran educado tan bien, seguro que habría echado el cerrojo y se habría ido a dar una vuelta en coche hasta que se le pasara aquel humor de perros.

No estaba acostumbrada a sentirse inquieta. Y no le gustaba nada que esa inquietud tuviese su origen en un hombre. Que ella recordara, Morgana siempre había controlado a todos los miembros del género masculino. Incluso de pequeña se las había arreglado para ganarse el favor de su padre y de sus tíos, saliéndose con la suya mediante una combinación de encanto, inocencia y tenacidad. Sebastian había sido un hueso duro de roer, pero tampoco había llegado a trastornarla en extremo.

Alcanzada la adolescencia, no había tardado en aprender a relacionarse con los chicos; qué pasos debía dar si estaba interesada y cuáles si no lo estaba. Con el transcurso de los años, solo había tenido que introducir unas sencillas variantes para tratar a los hombres.

Su sexualidad era una fuente de placer para ella. Era un poder más de los que podía hacer uso, y sus relaciones con los hombres, amistosas o románticas, siempre habían sido exitosas.

Hasta Nash.

¿En qué momento se había equivocado?, se preguntó Morgana mientras le entregaba un bálsamo de baño a un cliente. ¿Al principio, al aceptar entrevistarse con él?, ¿o cuándo había cedido a su curiosidad y lo había besado?

Aunque quizá hubiese cometido su error justo la noche anterior, al dejarse arrastrar por las emociones y llevarlo, más allá del cipresal, a ese lugar tan íntimo en que la luna se filtraba a través de los árboles.

Nunca había llevado allí a ningún otro hombre. Ni volvería a llevar a ninguno jamás.

Recordó la magia de aquellos instantes y estuvo a punto de convencerse de que habían sido el lugar y la noche los que la habían hecho creer que se había enamorado.

Sin embargo, se negaba a aceptar que una cosa así pudiera sucederle a ella tan rápido, sin dejarle elección alguna.

-Creo que la culpa de todo la tienes tú -le dijo a Luna en un momento en que estaban solas en la tienda-. Si no hubieras sido tan cordial con él, no habría asumido que era inofensivo. Y ahora no puedo echarme atrás. Sí, podría inventarme excusas para no verlo más, pero sería todo como admitir que soy una cobarde.

Morgana levantó la cabeza la oír la puerta de la entrada.

-Hola -saludó Mindy mientras se acercaba a acariciar a Luna-. ¿Qué tal el día?

-Bastante bien.

-Veo que has vendido el centro de rosas de cuarzo.

-Hará una hora. Lo ha comprado una pareja joven de Boston. Lo tengo detrás para envolverlo y enviarlo.

-¿Quieres que me encargue yo?

-No, casi prefiero que te ocupes un rato de la tienda, ¿te parece?

-Por supuesto. No tienes buena cara, Morgana.

-¿No?

-A ver, déjame que vea -Mindy agarró la mano de Morgana y miró con atención la palma-. No hay duda: problemas de amores.

-Me temo que voy a cuestionar tu sabiduría quiromántica -fingió Morgana-. Siempre dices que son problemas de amores.

-Solo hago lo que puedo -confesó Mindy-. Te sorprendería saber cuánta gente me pide que le lea la mano simplemente porque trabajo para una bruja.

-Supongo. Me imagino que se llevarían una decepción si se enterasen de que no sé leer la mano.

-Tu secreto está a salvo -dijo Mindy-. Pero no hace falta ser pitonisa para ver a un rubio alto con unos ojos fantásticos... ¿Te las está haciendo pasar mal, cariño?

-No, nada que no pueda manejar.

-Son fáciles de manejar, ¿verdad? -reforzó Mindy, al tiempo que se metía un chicle en la boca-. Hasta que te importan. Si quieres que interceda, no tienes más que decírmelo.

-Gracias, pero creo que me encargaré yo.

Reanimada, por la jovialidad de su compañera, Morgana se fue a la trastienda, con el convencimiento de que podía controlar la situación. Después de todo, no conocía a Nash lo suficiente como para que le importase.

Tenía cosas de sobra de las que ocuparse, se dijo Nash, tumbado en un sofá ideal para siestas. Había varios libros sobre su estómago y por el suelo. El televisor martirizaba con las agonías de una telenovela y, sobre la mesa, una lata de refresco esperaba saciar la sed de Nash.

En la habitación contigua, el ordenador protestaba por la falta de atención que su dueño le dedicaba. Aunque no estaba haciendo el vago. Quizá llevara casi toda la mañana sobre el sofá, con la mirada perdida, pero había estado pensando.

Arrancó una hoja de papel de un cuaderno, hizo un avioncito y lo lanzó. El bombardero planeó unos segundos y se estrelló contra el suelo junto a otros modelos.

-Sabotaje -murmuró Nash-. Debemos de tener un espía infiltrado en nuestras líneas -añadió mientras hacía otro avión.

“Interior, día. El hangar está desierto. Un rayo de luz se cuela por el intersticio e ilumina el bombardero. Se oyen pisadas. Ruido de tacones en el suelo. Un sombrero oscurece su rostro, pero no el cuerpo, embutido en un vestido corto rojo. En una mano lleva un maletín negro. Mira en derredor y se dirige al avión. Se le ven las pantorrillas al entrar en la cabina. En el interior del maletín hay una bomba. La mujer se ríe y la cámara enfoca su cara.

La cara de Morgana”.

¿Qué diablos estaba haciendo?, rezongó Nash mientras el enésimo avioncito caía en picado. ¿Abandonarse a metáforas baratas? Reconocía que ella había tomado posesión de su cabeza y que había activado una bomba en su interior, pero eso no era motivo para soñar con Morgana teniendo trabajo que hacer.

Nash se giró para alcanzar el mando a distancia y apagó el televisor. Luego presionó el botón de su grabadora, para oír una de las conversaciones que había tenido con Morgana, pero enseguida se dio cuenta de que no podía oír aquella voz.

Se puso de pie, pisando los libros desparramados. Tenía que salir de casa. Y sabía exactamente adónde quería ir.

Su humor había mejorado tanto que estaba tarareando la música de la radio. Aquello era justo lo que necesitaba: una taza de manzanilla, una hora a solas y un trabajo agradable al que entregarse. Podría haberse pasado la tarde empaquetando centros de flores, pero Nash la interrumpió. Entró decidido en la trastienda y le dio un beso largo y apasionado en la boca.

-Y esta vez sí ha sido idea mía -dijo él después de recuperar el aliento.

-Ya -acertó a decir Morgana.

-Me ha gustado -comentó Nash, sujetándola por la cintura.

-Pues me alegro por ti -Morgana miró de reojo y vio que Mindy estaba mirando-.

Puedo arreglármelas, tranquila.

-Estoy segura -asintió su compañera. Le guiñó un ojo y cerró la puerta.

-¿Y bien? -Morgana colocó las manos en el pecho de él para apartarlo de un empujón-. ¿Querías algo más?

-Mucho más -Nash la arrinconó contra una mesa-. ¿Cuándo quieres que empecemos?

-A esto le llamo yo ser directo e ir al grano -sonrió ella.

-Llámalo como quieras -Nash se agachó un poco y le mordisqueó el labio inferior-. Te deseo. No creo que pueda serenarme y pensar hasta que no haya pasado unas cuantas noches haciendote el amor.

La excitación estuvo a punto de desequilibrarla. Tuvo que agarrarse a la mesa para seguir de pie.

-Yo creo que después de que hagamos el amor, no volverás a serenarte en toda tu vida -lo provocó Morgana.

-No me importa arriesgarme -repuso él mientras deslizaba un dedo por los labios de Morgana.

-Pero yo no he decidido si a mí tampoco me importa.

-En la vida hay que arriesgarse...

-Lo sé -admitió Morgana-. ¿Pero qué pasaría si te dijera que todavía no es el momento adecuado y que los dos sabremos cuándo llegará ese momento?

-Diría que estarías dándome largas -Nash le acarició las curvas de los pechos con los pulgares.

-Y te equivocarías -se resistió Morgana, excitada-. Créeme, te equivocarías.

-Vamos, Morgana, ven a mi casa.

-Lo haré -consintió ella, al tiempo que se apartaba-. Para ayudarte con tu película. Pero no para acostarme contigo. Todavía no.

-De acuerdo -Nash le lamió el lóbulo de una oreja-. Eso me da mucho margen de acción para hacerte cambiar de idea.

-Quizá seas tú quien cambie de opinión -lo advirtió ella-. Espera, tengo que preguntarle a Mindy si puede atender la tienda el resto del día.

Insistió el llevar su propio coche, de modo que siguió al Jaguar de Nash hasta su casa, con Luna acurrucada en el asiento trasero. Se prometió que solo que concedería dos horas. Lo suficiente para aclararle la cabeza y que pudiera volver a centrarse en la película.

Le gustó el jardín, aunque pedía a gritos la atención de un jardinero. La casa estaba cerca del mar, de modo que el arrullo de las olas se oía sin cesar. En un lateral, dos cipreses se inclinaban por las copas, unidos como si fuesen amantes.

-¿Hace cuánto vives aquí? -le preguntó Morgana tras salir del coche.

-Un par de meses -Nash miró el césped-. Necesito comprar una segadora.

-Sin duda.

-Aunque me gusta el aspecto salvaje de la naturaleza tal cual es.

-No seas vago -dijo Morgana, sonriente, mientras entraba junto a Luna.

-Necesito una motivación -repuso él tras cerrar la puerta-. Siempre he vivido en apartamentos. Es la primera vez que tengo una casa para mí solo.

-Al menos has elegido bien -comentó Morgana tras observar los altos techos y la madera de las escaleras, que comunicaban con la planta superior-. ¿Dónde trabajas?

-Aquí y allá.

Morgana entró en el salón. Era espacioso, apenas tenía muebles y las ventanas carecían de cortinas, señales evidentes de que Nash no había decidido aún si se quedaría a vivir allí.

Los pocos muebles no combinaban entre sí y estaban llenos de libros, papeles, ropa y platos... En el suelo se apilaban más libros.

-¿Conozco a la víctima? -preguntó Morgana al ver la muñeca de vudú, aún con el alfiler clavado.

-Hay varias: a veces es un productor, otras un político -repuso Nash, sonriente, demasiado acostumbrado a la desorganización como para sentirse violento-. Tienes muchos gusto vistiendo -añadió tras recrearse en el corto vestido morado que lucía Morgana.

-Muchas gracias -dijo esta mientras dejaba la muñeca y recogía una baraja del tarot-. ¿Sabes echar las cartas?

-No. Me las dio alguien. Se supone que pertenecieron al gran mago Houdini.

-Si tienes curiosidad por saberlo, preguntaselo a Sebastian -Morgana notó el cosquilleo de su Poder en la punta de los dedos-. Ven aquí. Baraja y corta -añadió mientras se sentaba en el suelo.

-¿Vamos a jugar? -preguntó Nash, sonriente, colocándose junto a ella.

-Estás preocupado -dijo Morgana después de que él le devolviera la baraja y sacara de ella una carta-. Pero tu creatividad no está bloqueada. Se avecinan cambios... Quizá los más grandes de tu vida. Y te costará aceptarlos.

En realidad no estaba leyendo las cartas, sino que se estaba valiendo de su capacidad profetizadora, mucho más desarrollada por su primo Sebastian.

-Debes recordar que algunas cosas pasan de padres a hijos, pero no todo se hereda. No siempre somos la suma de la gente que nos ha formado -prosiguió Morgana, al tiempo que agarraba con suavidad la mano de Nash-. Y no estás tan solo como te piensas. Nunca lo has estado.

No pudo tomarse a broma aquellas palabras que tan bien describían su estado de ánimo y su vida. Pero sí podía evitar la cuestión:

-No te he traído para que me leas el futuro -le dijo Nash, a la vez que ponía un dedo sobre los labios de ella.

-Ya sé para qué me has traído, pero no va a suceder. Todavía -contestó Morgana. Muy a su pesar, soltó la mano de Nash-. Y en realidad no te estoy leyendo el futuro, sino el presente... Te ayudaré si puedo, con lo que pueda. ¿Qué problema tienes con el guión de la película? -le preguntó mientras juntaba las cartas de nuevo.

-¿Aparte de que no paro de pensar en ti, cuando debería pensar en lo que escribo?

-Sí, aparte de eso.

-Supongo que es cuestión de motivación. Cassandra, el nombre que le he puesto a la protagonista, ¿por qué es bruja? ¿Porque quiere poder o porque quiere cambiar ciertas cosas? ¿Quiere vengarse de alguien, busca amor, intenta escapar de algo?

-¿Y por qué iba a ser por nada de eso? Puede que se limite simplemente a aceptar los poderes con los que ha nacido.

-Demasiado fácil.

-No, no lo es -Morgana denegó con la cabeza-. Es más fácil, muchísimo más fácil, ser como el resto del mundo. Una vez, cuando era pequeña, una madre le prohibió a su hijo que jugase conmigo. Yo era una mala influencia. Rara. Diferente. Me dolía no formar parte de la generalidad.

-Te entiendo... Yo siempre fui el niño nuevo. Apenas permanecía en un sitio lo suficiente para que me aceptaran. Tantos cambios me retrasaban en el colegio, me hacían sentirme diferente. Estaba deseando hacerme mayor para que todo se acabara -Nash se detuvo-. En fin, respecto a Cassandra...

-¿Cómo te las arreglaste? -lo interrumpió Morgana, que siempre había contado con el apoyo de Anastasia, Sebastian y toda su familia.

-Escapando, refugiándome en los libros, las películas o mis propias fantasías -Nash estiró la mano para tocar el amuleto de ella-. En cuanto pude trabajar, conseguí un puesto como acomodador en una sala de cine y logré que me pagaran por ver películas.

-Y ahora te pagan por escribirlas -Morgana sonrió.

-Una manera perfecta para ganarme la vida a la vez que me divierto. Ya solo me falta sacar este guión adelante -Nash le acarició el pelo -Necesito inspiración -añadió, inclinándose para darle un beso.

-Lo que necesitas es concentración.

-Me estoy concentrando -objetó Nash, al tiempo que le mordía los labios-. Créeme, me estoy concentrando. Pero tienes que ayudarme. No querrás ser responsable de arruinar mi creatividad, ¿verdad?

-En absoluto -Morgana decidió que era hora de que Nash comprendiese donde se estaba metiendo. Lo cual, además, quizá lo ayudara a abrir su mente-. ¡Arriba! -exclamó tras rodearle el cuello con los brazos.

Y al encontrarse sus labios, ambos se elevaron seis centímetros por encima del suelo. Nash estaba demasiado ocupado saboreándola como para enterarse. Y también ella se había abandonado a la pasión de aquel beso.

-Será mejor que paremos -dijo Morgana cuando se forzó a separar los labios, a veinte centímetros ya del suelo.

-¿Por qué?

-¿Te dan miedo las alturas?

Morgana deseó haber podido fotografiar la cómica cara de asombro de Nash al descubrir lo cerca que estaban del techo.

-¿Cómo demonios has hecho eso? -preguntó él, blanco de la impresión todavía, cuando hubieron aterrizado.

-Juego de niños. De determinado tipo de niños -Morgana le acarició la mejilla-. ¿Recuerdas lo del pastor que gritaba que venía el lobo y un día el lobo se comió al rebaño de verdad? Pues tú llevas años jugando... con lo paranormal, digamos. Y esta vez te has topado con una bruja de verdad.

Nash negó con la cabeza, muy despacio, en silencio.

-¡Chorradas! -exclamó, aunque aún le temblaban las piernas.

-Está bien -Morgana suspiró-. Déjame que piense algo fácil pero elegante.

Cerró los ojos y alzó los brazos. Al principio, siguió siendo una mujer preciosa en medio de una habitación desordenada; pero luego cambió. ¡Vaya si notó el cambio Nash! Todavía estaba más guapa, aunque él lo atribuyó a un efecto óptico de la luz.

De pronto, se le levantó el cabello y le cubrió la cara. Sin viento. Aunque él lo sentía. Estaba enfriándole la piel y las mejillas, podía oírlo por la habitación.

Morgana comenzó un conjuro y, a pesar de que el sol se filtraba por la ventana, empezaron a caer suaves copos de nieve. Del techo del salón. Se posaron sobre la cabeza de Nash, tan helado como estupefacto.

-¡Basta! -le ordenó él mientras se sentaba en una silla.

Morgana bajó los brazos y abrió los ojos. El viento cesó y cesaron también los copos. Tal como había esperado, Nash la estaba mirando como si tuviese tres cabezas.

-Puede que me haya exhibido un poco -reconoció ella.

-Yo... tú... -balbuceó Nash-. ¿Qué demonios has hecho?

-Solo he llamado a los elementos -contestó Morgana-. No pretendía asustarte -añadió al ver la desproporción entre el tamaño de los ojos de Nash y el resto de su cara.

-No me estás asustando. Pero si desconcertando -confesó él, tratando de volver a poner en funcionamiento su cerebro. Tenía que haber alguna explicación para lo que había visto, aunque Morgana no había tenido forma humana de meterse en su casa para preparar el truco.

Se levantó de la silla y empezó a registrar la habitación. Puede que sus movimientos fuesen poco gráciles. Puede que sintiera las articulaciones oxidadas. Pero se estaba moviendo.

-Venga, muñeca, cuéntame cómo lo has hecho -prosiguió Nash-. Has estado fabulosa, pero quiero saber el truco.

-Nash -dijo Morgana con voz suave y autoritaria-. Deja de buscar. Mírame.

Entonces se giró, la miró... y lo supo. Aunque no fuera posible, ni lógico, lo supo.

-¡Dios! Hablas en serio, ¿verdad?

-Sí. ¿Quieres sentarte?

-No -pero se sentó sobre la mesa-. Todo lo que me has estado contando. No lo estabas inventando.

-Ni una sola cosa. Nací bruja, como mi madre, mi padre, la madre de mi madre y la de esta y más generaciones -Morgana sonrió-. No vuelo en una escoba, a no ser en broma. Ni duermo a princesitas con una aguja ni reparto manzanas envenenadas.

-Haz algo más -le pidió.

-Ni soy una foca amaestrada -añadió ella, disgustada.

-Haz algo más -insistió Nash-. ¿Puedes desaparecer o...? Está bien, está bien -se calló después de que un libro echara a volar y le golpeará la cabeza con suavidad.

-Esto no es un espectáculo -dijo Morgana-. Si he sido tan explícita al principio es porque eres un cabezón y te negabas a creerme. Y dado que parecemos estar desarrollando una especie de relación, prefiero que sepas a qué atenerte. Y ahora que lo sabes, deberíamos tomarnos un poco de tiempo para pensar antes de dar el siguiente paso.

-El siguiente paso -repitió Nash-. Puede que el siguiente paso sea hablar de esto.

-Ahora no.

-Vamos, Morgana, no puedes soltarme todo esto y luego marcharte tan tranquila. ¡Santo cielo, eres una bruja!

-Sí -Morgana se ladeó el cabello-. Creo que eso ha quedado claro.

La cabeza le daba dos mil vueltas. La realidad acababa de ver quebrados sus límites.

-Tengo un millón de preguntas.

-Ya me has hecho varias de ese millón -Morgana recogió su bolso-. Vuelve a escuchar las cintas que has grabado. Todas las respuestas que te he dado contaban la verdad.

-No quiero escuchar las cintas. Quiero hablar contigo.

-De momento, lo que importa es lo que yo quiero -abrió el bolso y sacó una cadena con una amatista en un extremo. Debería haber imaginado por qué se había sentido impulsada a meterla allí por la mañana-. Toma -añadió, al tiempo que le colocaba la cadena en la cabeza.

-Gracias, pero no soy muy aficionado a las joyas.

-Entonces piensa que es un amuleto -repuso ella mientras le daba un beso en cada mejilla.

-Un amuleto, ¿para qué?

-Para despejar la mente, favorecer la creatividad y... ¿ves la amatista que hay en la punta de la cadena?

-Sí.

-Es para protegerte de la brujería -afirmó Morgana, sonriente, tras darle un beso fugaz en los labios-. Duerme una hora, tu cerebro está cansado. Cuando te despiertes, trabajarás. Y cuando llegue el momento adecuado, me encontrarás -finalizó, para marcharse a continuación de la casa, seguida por Luna.

Nash miró la cadena con el ceño fruncido. Tenía que despejarse un poco. Porque, en esos momentos, sus pensamientos eran tan claros como el humo de un incendio.

Frotó la amatista con un dedo. Para protegerse de la brujería... Miró por la ventana y vio a Morgana alejarse en su coche.

Ideas no le iban a faltar para el guión. Eso desde luego.

# 6

Lo que necesitaba era pensar, no dormir. Aunque se preguntaba si algún hombre podría pensar después de lo que le había sucedido a él en el último cuarto de hora. Y, en cualquier caso, ¿no sería lo más lógico rechazar lo que había creído ver?

Nash regresó al salón y miró el techo un rato. No podía negar que había tenido la sensación de que había estado nevando, pero, quizá, con el tiempo, acabara encontrando alguna explicación.

Se tumbó en el sofá y consideró la posibilidad de que Morgana lo hubiera hipnotizado. Era más fácil creer algo así, pero lo cierto era que, con el paso de los minutos, cada vez estaba más convencido de que Morgana era lo que había afirmado ser desde el principio.

Una bruja de nacimiento, con sangre de elfo.

No podía dejar de pensar en ella: en su aspecto, en la luz que había iluminado sus ojos antes de que los cerrara y alzase los brazos hacia el techo.

La misma luz, recordó Nash entonces, de cuando había hecho el truco de la botella de brandy.

De nuevo se esforzó por llamarlo truco. Pero ¿cómo se las podía haber arreglado Morgana para levantarlo medio metro del suelo?, ¿quizá por telequinesis?

Tras haber escrito el guión de *Un don misterioso*, había llegado a creer que determinadas personas eran capaces de mover objetos por medio de su cerebro o sus emociones. Incluso había numerosos estudios científicos sobre los cuadros y libros voladores. Se pensaba que las chicas jóvenes poseían un talento especial. Aunque no cabía duda de que Morgana ya se había convertido en una mujer.

Supuso que ningún científico se creería que Morgana lo había hecho levitar, pero quizá...

Entonces recordó lo que Morgana le había recomendado: que escuchara las cintas. Apretó el botón de reproducción de la grabadora y oyó la voz de Morgana:

-No hace falta pertenecer a un aquelarre para ser bruja, como no hace falta pertenecer a un club de hombres para ser hombre. Hay quien disfruta reuniéndose en grupo y hay quien no. ¿A qué bando perteneces, Nash? -le había preguntado ella.

-No me gustan los grupos. Suelen tener reglas y tienden a asignar funciones que encasillan a sus miembros.

-Pues a mi me ocurre lo mismo: que prefiero ir a mi aire -había dicho Morgana-. Aunque lo de los aquelarres viene de lejos. Mi bisabuela fue suma sacerdotisa de un aquelarre en Irlanda, en la época del fuego.

-¿La época del fuego?

-Cuando quemaban a las brujas en la hoguera. Comenzó en el siglo catorce y se prolongó trecientos años. La Historia demuestra que la humanidad tiende a sentir la necesidad de perseguir a alguien. Supongo que entonces nos tocó a nosotras.

La cinta prosiguió, pero Nash apenas se concentraba en aquellas palabras. Su voz era tan seductora, tan ideal para susurrar secretos a la luz de la luna y realizar promesas apasionadas a medianoche... Si cerraba los ojos, casi podía creer que estaba junto a él, acurrucada en el sofá, rodeándolo con esas piernas largas y lascivas.

Se quedó dormido con una sonrisa en los labios y despertó dos horas más tarde. Se frotó la cara y maldijo por la tortículis de la siesta al tiempo que se incorporaba.

No era extraño que se hubiese sumido en un sueño tan profundo, pensó Nash. Llevaba varios días sin descansar lo suficiente... Y, de pronto, se acordó.

Quizá había sido todo un sueño, le dijo su adormilado cerebro. Pero todavía podía oler el perfume de Morgana, y la amatista seguía sobre su pecho.

Tenía que dejar de cuestionar sus facultades mentales; Morgana había hecho lo que había hecho y él había visto lo que había visto.

En realidad no era tan complicado. Solo redefinir sus parámetros y aceptar algo nuevo. En tiempos no tan lejanos, viajar a la luna era una mera fantasía. Y, por otra parte, siglos atrás nadie dudaba de que las brujas existieran.

Quizá la realidad tuviese mucho que ver con el siglo que a uno le había tocado vivir, reflexionó Nash.

De pronto se dio cuenta de que estaba hambriento. Pero mucho más importante era lo que ocurría en su cabeza: las ideas se le agolpaban frenéticamente y por fin veía con claridad el guión de su nueva película.

Se levantó y fue hacia la cocina excitadísimo. Se iba a preparar un sándwich gigante, tomaría la taza de café más fuerte del planeta y se pondría a trabajar.

Morgana estaba sentada en la terraza de Anastasia. Envidiaba y admiraba los jardines de su prima mientras se refrescaba con un té helado y contemplaba el azul del agua y los barquitos en la bahía.

Era un lugar alejado del recorrido turístico, mucho más tranquilo que el emplazamiento de Hechicera. La terraza estaba rodeada de árboles y flores y no se oía el motor de un solo coche. Solo el trino de los pájaros, el rumor del agua y el soplar del viento.

Entendía que a Anastasia le gustara vivir allí. Ella siempre había sido partidaria de los sitios tranquilos y retirados. El mar, la arena de la playa, los árboles y el vuelo de las gaviotas impregnaban los alrededores con la paz de la naturaleza.

Morgana siempre se sentía relajada en la casa de su prima, adonde acudía siempre que algún pesar atribulaba su corazón. Aquel sitio eran tan encantador y acogedor como la propia Anastasia.

-Recien salidas del horno -anunció esta al aparecer con una bandeja de pastas de chocolate.

-¡Mis favoritas! -exclamó Morgana.

-Esta mañana sentí el impulso de prepararlas. Ahora entiendo por qué -comentó Anastasia, sonriente.

Morgana se llevó una pasta a la boca y cerró los ojos extáticamente mientras el chocolate se fundía en su lengua.

-Deliciosa.

-Bueno, ¿cómo por aquí a media mañana? -le preguntó Ana mientras se sentaba.

-Me apetecía hacer una pausa en la tienda y darme un capricho -Morgana fue por una segunda pasta-. Mindy lo tiene todo bajo control.

-¿Y tú? -Ana posó una mano sobre la libre de su prima-. No puedo evitar notar que estas alterada.

-Claro que no puedes. Igual que yo no he podido evitar venir a verte.

-¿Puedo ayudar?

-Bueno, tú eres la herbolaria -dijo Morgana con tono alegre-. ¿Tienes un poco de esencia de helleborus niger?

Ana sonrió. Al helleborus, más conocido como la rosa de Navidad, se le atribuía el poder de curar la locura.

-¿Temes por tu cordura, cariño?

-Eso parece –Morgana se encogió de hombros-. Aunque también podría optar por el camino más fácil y mezclar rosa con angélica y ginseng y rociarlo todo con polvo de luna.

-¿Una poción de amor? –Ana probó una de sus gallets-. ¿Lo conozco?

-Es Nash, ya lo sabes.

-Sí... ¿No van bien las cosas?

-En realidad no sé cómo van –confesó Morgana-. Lo que sé es que me encantaría no ser tan respetuosa con mis poderes. Con lo fácil que me sería hechizarlo para que se enamorase de mí...

-Pero no te produciría la misma satisfacción –objetó Ana.

-Cierto. El caso es que tengo que seguir el procedimiento normal –dijo Morgana mientras daba un sorbo de té-. Si te digo la verdad, nunca me había parado a pensar demasiado en cómo sería que un hombre se enamorara de mí de verdad. Perdidamente. Y lo malo es que ahora mi corazón también está involucrado... creo.

-¿Se lo has dicho a él?

-No puedo decirle algo de lo que no estoy totalmente segura –repuso Morgana, desazonada-. Así que me dedico a esperar: de sol a luna y de luna a sol; si no obtengo su cariño perderé mi corazón... Hasta ahora siempre me había parecido un conjuro exagerado.

-El amor es como el aire. Necesitamos encontrarlo para poder sobrevivir –apuntó Anastasia.

-¿Y cómo sabemos qué es suficiente? –Morgana dio voz a la pregunta que llevaba haciéndose desde que se había separado de Nash, días atrás-. ¿Cuándo debemos conformarnos?

-Cuando se es feliz, creo.

-¿Crees que estamos malcriadas, Ana?

-¿En qué sentido?

-Lo digo por... por nuestras expectativas, supongo. Nuestros padres siempre se han querido mucho, se han apoyado, comprendido y respetado. El amor no es tan generoso con todo el mundo –explicó Morgana.

-No creo que el hecho de saber que el amor puede ser profundo y duradero nos haga ser malcriadas.

-¿Pero no debería bastar con lo temporal?, ¿con la pasión del momento? –Morgana frunció el ceño-. Yo creo que sí.

-A algunas personas les basta. Solo tú puedes saber si para ti es suficiente.

-Es exasperante –murmuró Morgana-. Odio no tener las riendas de la situación.

-Estoy segura, cariño –Ana sonrió-. De pequeña siempre te salías con la tuya, por la fuerza o por tu capacidad de seducción.

-¿Quieres decir que era muy testaruda?

-En absoluto. Sebastian era testarudo. Digamos que tú... tú tenías mucha fuerza de voluntad.

-Supongo que debo tomármelo como un halago. Aunque en estos momentos no me está sirviendo de nada esa fuerza de voluntad –dijo Morgana-. Hace más de una semana que no lo veo, Ana... ¡Dios!, ¡hablas como si fuera una mocosa débil y llorona!

-No –Ana rio-. Hablas como si fueras una mujer impaciente.

-Es que estoy impaciente –reconoció Morgana.

-¿Lo has llamado?

-No. Al principio no quería, porque pensaba que era mejor darnos algo de tiempo. Luego... bueno, luego no lo hice porque me daba rabia que él no hubiese derribado la

puerta de mi casa para verme. Me ha llamado un par de veces. Dispara dos o tres preguntas sobre brujería, murmura mientras yo respondo y se despide con un gruñido – Morgana puso cara de puchero-. Casi puedo oír las ruedecillas de su cerebritito dando vueltas.

-O sea, que está trabajando. Supongo que a un escritor puede absorberlo muchísimo la concepción de una nueva historia, ¿no?

-Ana, intenta ceñirte al programa: se supone que tienes que compadecerme a mí, no excusar a Nash.

-No sé lo que me ha pasado –dijo Ana sonriendo obedientemente.

-Por esta vez te perdono –repuso Morgana, en broma, al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Echaron a andar, seguidas a escasos centímetros por una mariposa amarilla. Ana levantó una mano sin darse cuenta y la mariposa se posó sobre su palma.

-¿Por qué no me cuentas qué piensas hacer con ese escritor egocéntrico que te hace rabiar tanto? –le preguntó esta.

-Había pensado irme a Irlanda unas semanas –Morgana se encogió de hombros.

Ana liberó la mariposa con sus mejores deseos y se giró hacia su prima:

-En tal caso te desearía un buen viaje. Pero también tendría que recordarte que huir solo pospone los problemas, no los soluciona.

-Razón por la que no he hecho las maletas –Morgana suspiró-. Ana, después de la última vez que nos vimos, Nash acabó creyendo que soy lo que soy. Quería darle tiempo para que lo encajara.

Allí estaba el quid, pensó Ana.

-Puede que le lleve unos cuantos días. O quizá no logre asumirlo nunca.

-Lo sé –Morgana miró hacia el horizonte del mar. Una nunca sabía que podía deparar el horizonte-. Ana, sé que esta noche nos acostaremos. Lo que no sé es si luego me sentiré feliz o desdichada.

Nash estaba maravillado. Que él recordase, jamás había desarrollado una historia con tanta velocidad y claridad en su vida. El borrador, que había finalizado en una increíble noche en vela, ya estaba en la mesa de su agente. Con los éxitos anteriores, ya no le preocupaba pensar si tendría éxito o no, que lo tendría. Lo extraordinario era que por primera vez le daban igual las ventas, la producción y la acogida de la crítica, pues estaba completamente absorbido por la historia.

Escribía a todas horas. Podía despertarse a las tres de la mañana para lanzarse al teclado, se alimentaba con cafés para no hacer pausas prolongadas y vivía, en definitiva, inmerso en su mundo imaginario.

Y si soñaba, veía escenas eróticas entre Morgana y él, encuadradas dentro del argumento ficticio de su historia.

Podía despertarse deseándola con desesperación, pero luego se forzaba a completar la tarea que los había llevado a conocerse en un primer momento.

Morgana le había dicho, además que aún no era el momento adecuado... aunque, de alguna manera, tenía el presentimiento de que se estaba acercando.

No descolgaba cuando el teléfono sonaba y rara vez respondía a los mensajes que le dejaban en el contestador automático. Si necesitaba oxigenarse, se llevaba el portátil al jardín y, de haber hallado la forma, se lo habría metido hasta en la ducha.

Por fin imprimió toda la historia. Un retoque aquí, una nota en el margen allí, y habría terminado la versión definitiva. Lo mejor era que, mientras releía, sabía que jamás había escrito algo tan bueno.

Ni había concluido un proyecto tan rápido. Solo habían pasado diez días desde que se había puesto manos a la obra. Diez días en los que no había dormido más de treinta o cuarenta horas en total. Pero no se sentía cansado, sino feliz.

Apartó los libros, apuntes y discos que se amontonaban en derredor, en busca de un sobre para darle el guión a Morgana. De un modo u otro, ella lo había inspirado, así que sería también ella la primera en leer la versión definitiva.

Cuando se disponía a llevarle el sobre, tuvo la suerte de cruzarse con un espejo, que le recordó que estaba despeinado, tenía una barba avanzada y lo llevaba encima, aparte de la cadena que Morgana le había regalado, más que unos calzoncillos rojos.

Vamos, que merecía la pena que se tomara un poco de tiempo para asearse y vestirse.

Media hora más tarde, salió a la calle con unos vaqueros y una camiseta. Debía reconocer que el aspecto del dormitorio, del cuarto de baño y, en general, de toda la casa lo había horrorizado hasta a él.

De hecho, había tenido suerte de contar con alguna prenda que no estuviera sucia, arrugada o escondido debajo de la cama. Por no hablar de lo rarísimo que era haber encontrado la maquinilla de afeitarse, el peine y un par de zapatos limpios.

Lo que más le había costado localizar habían sido las llaves, que solo Dios sabría por qué habían ido a parar a la segunda bandeja de la nevera, vacía por otra parte.

Pero ya tendría tiempo de ocuparse de eso más adelante.

Solo entonces, después de meterse en el coche, reparó en ya era casi medianoche. Vaciló, tratando de decidir si avisarla antes por teléfono o posponer la visita hasta el día siguiente.

¡Pero qué demonios!, ¡quería verla cuanto antes!, decidió Nash mientras arrancaba.

A no muchos kilómetros, Morgana cerraba la puerta de su casa para salir a pasear bajo la luz de la luna llena, con una cesta que contenía todo lo necesario para observar el equinoccio de primavera.

Era una noche de diversión y celebración, de agradecimiento por la llegada de la nueva estación floreciente. Pero ella estaba preocupada, pues sabía que esa noche, en que la luz y la oscuridad se equilibraban, su vida cambiaría.

Le costaba reconocer que había estado a punto de huir, quizá por desafiar al destino. Pero habría sido una actitud cobarde.

Nash iría cuando tuviera que ir... y ella aceptaría.

A medida que se acercaba al cipresal, el olor de la primavera, de las flores nocturnas y del mar, impregnaba la brisa de la noche.

Oyó ulular a un búho, pero Morgana no buscó las alas blancas. Todavía no.

Y había más sonidos: el frufú de las hojas y de las ramas, el murmullo de la música que solo determinados oídos podían percibir, el canto de las hadas, más antiguo que el hombre.

Morgana no estaba sola en el cipresal, bajo el cielo estrellado. Allí nunca había estado sola.

Cuando hubo llegado al corazón del bosque, dejó la cesta en el suelo y se tomó un segundo para ella. De pie, quieta y con los ojos cerrados, absorbió el aroma y la belleza de la noche.

Luego abrió la cesta y sacó un paño blanco que había pertenecido a su familia durante generaciones. Después de extenderlo en el suelo, se arrodilló.

Una copa, un recipiente de vino, varias velas formando círculo, el cuchillo de la bruja, pétalos de flores distribuidos sobre el paño...

Luego se puso de pie en medio del círculo y noto su Poder cosquilleándole en las puntas de los dedos. Encendió entonces las velas, catorce en total, para simbolizar los días entre una luna creciente y su posterior menguante.

Morgana se quedó quieta en el centro de aquel círculo de luz, sacó luego los brazos de su fina bata blanca y comenzó una danza ancestral.

A las doce menos cinco, Nash aparcó frente a la casa de Morgana y maldijo al no ver ni una luz encendida.

Tendría que despertarla, decidió Nash. ¿Pero cuánto necesitarían descansar las brujas? No le quedaba más remedio que preguntárselo, se dijo sonriente.

Con todo, también era una mujer de modo que le iría bien allanar el camino de alguna manera. Se le ocurrió acercarse al jardín de Morgana y confió en que ella no notara que le había robado unas pocas flores. Después de todo, parecía que tenía cientos.

Luego se dirigió a la puerta y oyó que Pan ladraba dos veces. Nash golpeó con los nudillos, pero Morgana no respondió. Supuso que tendría un sueño profundo. Sin embargo se negaba a desistir.

Comprobó que el cerrojo estaba echado y pensó en colarse por la terraza lateral. Entonces, a medio camino, se encontró mirando hacia el cipresal y, a pesar de que la cabeza le recomendaba que no debía ir allá a oscuras, siguió el impulso de su corazón.

Avanzó con sigilo para no romper el silencio de la noche. Algo especial flotaba en el aire, que le aceleraba el pulso con cada paso.

Entonces, en la distancia, vio una figura blanca fantasmal. Quiso llamar a Morgana, pero su mirada localizó un enorme búho blanco que volaba hacia el corazón del bosque.

El corazón se le disparó. Pensó en darse media vuelta, pero supo que por más que intentara alejarse, de algún modo, acabaría arrastrado hacia el centro del bosque.

Así que siguió hacia delante.

Morgana estaba allí, de rodillas sobre un paño blanco. La luna la iluminaba con su luz de plata. De nuevo quiso llamarla, pero ver el círculo de velas, las joyas que adornaban el ceñidor de la bata y la corona de flores de su pelo lo dejó mudo.

De modo que permaneció inmóvil mientras ella hacía crepitar las velas, mientras se abría la bata y se quedaba gloriosamente desnuda en medio de las llamas, mientras iniciaba una danza que le paralizaba el corazón.

La luna acariciaba su piel, encumbraba sus pechos y resbalaba por sus muslos. El pelo rebrillaba y sus ojos miraban a las estrellas.

Entonces recordó el sueño, con tanta nitidez, que realidad y fantasía se fundieron. Creyó perder la visión por unos segundos, pero sacudió la cabeza forzándose a enfocar.

Morgana había vuelto a arrodillarse y bebía de una copa de plata mientras las llamas de las velas crecían rodeándola como rejas de fuego. Podía oír la voz de Morgana canturreando, como convocando a cientos de otros seres fantásticos.

El cipresal adquirió un resplandor etéreo. No era luz ni sombra, temblaba y titilaba como el filo de una espada de plata bajo el sol.

Hasta que las llamas decrecieron y los ecos de aquel canto misterioso se disiparon en el silencio.

Morgana se puso de pie. Se ajustó la bata y se ató el ceñidor

El búho, el enorme búho blanco que había olvidado al ver a aquella mujer tan fascinante, ululó dos veces y se perdió en la noche.

Ella se volvió, con la respiración entrecortada, y él abandonó las sombras, con el corazón golpeándole con fuerza contra las costillas.

Morgana vaciló un segundo, pero oyó, en un susurro alado, que esa noche sería placentera. Como ninguna otra hasta entonces. Y que pagaría con dolor aquel deleite. Sonrió y salió del círculo.

## 7

Una miriada de pensamientos se agolpaban en su cabeza. Una miriada de sentimientos anegaban su corazón. Pero cuando ella se acercó a él, todos esos pensamientos, esos sentimientos, se resumieron en uno: Morgana

Quiso hablar, decirle algo, cualquier cosa que explicara cómo se sentía en ese instante, pero tenía el corazón atragantado y no podía articular palabra. Sabía que aquello era mucho más que el simple amor entre un hombre y una mujer y que, precisamente por eso, no tenía experiencia para describirlo.

Solo sabía que, en ese lugar mágico y en ese segundo encantado, no había más que una mujer. En algún lugar de su corazón oyó que para él siempre había habido nada más que una mujer y que llevaba toda la vida esperándola.

Morgana se detuvo a un brazo de distancia. Sabía que, si daba un paso más, él no la rechazaría. Y tenía miedo de haberse acercado tanto como para no poder separarse ella.

Observó su cara de asombro, por lo cual, pensó Morgana, no podía culparlo. Si Nash estaba sintiendo una milésima parte de la necesidad y el temor que le erizaba a ella el cabello, era normal que estuviese tenso.

Sabía que no lo tendrían fácil. Después de esa noche, su vínculo sería definitivo. Tomaran las decisiones que tomaran en el futuro, ese vínculo jamás se rompería.

Estiró el brazo para acariciar las flores que Nash seguía sujetando. Se preguntó si el era consciente de que, por las flores que había elegido, le estaba ofreciendo amor, pasión, fidelidad y esperanza.

-Las flores recogidas a la luz de la luna llevan consigo los encantos y secretos de la noche -comentó.

-Las robé de tu jardín -dijo Nash, descentrado todavía.

Los labios de Morgana se curvaron en una preciosa sonrisa.

-Eso no hace que su aroma sea menos dulce, ni el regalo menos considerado -le acarició una mejilla con la mano-. Has sabido encontrarme.

-Sí... -Nash no podía negar la corazonada que lo había impelido a ir al bosque-. Lo he sabido.

-¿Por qué habías venido?

-Quería... -Nash recordó su salida precipitada de la casa, su impaciencia por verla-. Te necesitaba.

Morgana apreció la intensidad que sus ojos irradiaban. El calor de su mirada podía unirlos con tal fuerza que ningún encanto o conjuro pudiera separarlos.

Pensó que su poder no era absoluto. Sus deseos no siempre eran concedidos. Entregarse esa noche sería arriesgarlo todo, incluida su capacidad de permanecer sola.

Hasta ese instante, la libertad había sido su tesoro máspreciado; pero al mirar a Nash a los ojos, supo que estaba dispuesta a renunciar a dicho tesoro.

-Lo que esta noche te entrego, lo entrego con el corazón libre. Lo que esta noche me des, lo tomo sin resentimientos -dijo Morgana con los ojos resplandecientes-. Recuérdalo. Ahora, ven conmigo -añadió al tiempo que le daba la mano y lo guiaba al centro del círculo de velas.

Notó el cambio nada más pasar sobre las llamas. El aire era más puro, las fragancias más intensas, como si hubieran ascendido a una colina alta y virgen. Hasta las estrellas parecían más cercanas y podía ver el trazo de los rayos lunares, brillando desde el cielo hasta el cobijo de los árboles.

-¿Qué es este sitio? –acertó a preguntar, susurrando.

-No necesita tener ningún nombre –Morgana soltó la mano de Nash y se soltó el ceñidor de la bata-. Hay muchas formas de magaia. Haremos la nuestra aquí. Y nadie saldrá dañado –añadió sonriente.

Luego abrió los brazos y le ofreció, cálidos y suaves, la dulzura de sus labios. Nash distinguió el sabor del vino que Morgana había bebido, así como el de ella misma, que lo obligaba a beber más y más, insaciablemente.

La apretó con tal fuerza que las flores quedaron aprisionadas entre ambos cuerpos, impregnando la noche con su aroma. La besó con todo su corazón y se deslizó después hacia la cara.

Con los ojos entreabiertos, Morgana pudo ver la danza de las velas, la sombra que proyectaba su cuerpo fundido con el de Nash. Oyó el aliento de las hojas y a Nash susurrando su nombre, de nuevo labio contra labio.

Por un momento, temió ahogarse en la profundidad de sus sentimientos hacia él. Trató de apartarse, pero Nash la atrajo para cobijarla junto a su pecho. Y ella aceptó.

La mujer cautivante había sido cautivada.

Por su parte, Nash peleaba con una bestia de uñas largas que le estaba arañando las entrañas, intimándolo a poseerla rápido, a alimentarse. Jamás se había sentido tan hambriendo por nadie como en ese momento por Morgana.

Le acarició el pelo con ambas manos, para que estas no le rasgaran la bata. El instinto le decía que ella accedería a un acto veloz, pero Nash no quería consumarlo así.

Colocó la cara junto al cuello de Morgana y siguió abrazándola, deseándola y refrenándose al mismo tiempo. Ella apreció la guerra intestina que Nash estaba librando. Comprendía que el modo en que se amaran esa noche podría marcar las vidas de los dos durante los años venideros.

-Nash...

Él se retiró y le enmarcó la cara con las manos, temblorosas como su respiración.

-Me asustas –dijo él-. Yo mismo me asusto. Ahora es diferente, Morgana. ¿Me entiendes?

-Sí, ahora importa.

-Y tengo miedo de hacerte daño –añadió Nash.

Y se lo haría. Por más que se defendiera, le haría daño. Pero no esa noche.

-No me haras daño –mintió Morgana.

No debía. No podía. Aunque el deseo seguía abrasándolo, tenía que calmarse. Pero ella lo besó de nuevo, con delicadeza, y Nash no pudo evitar despojarla de la bata.

Verla desnuda fue tan placentero como dejarse acariciar el corazón por un paño de terciopelo. Ya la había visto antes así, bailando en el círculo, pero entonces se le había presentado como una figura fantasmal, innaccesible.

Ahora era solo una mujer, y su mano no le atravesaría el cuerpo si intentaba tocarla.

Primero la cara: las mejillas, los labios, la barbilla, el sendero de su cuello. Y era real. Bruja o mortal, era suya, para adorarla, disfrutarla y complacerse. Era la voluntad del destino y de la magia que se hubieran encontrado allí, rodeados de aquellos cipreses venerables y silenciosos.

Repasó luego la explanada de sus hombros, sus brazos, la espalda, mientras los ojos de Morgana se encendían y la respiración se hacía más agitada.

Suave y lentamente demoró los dedos por sus pechos, haciéndola gemir, jadear, cuando las caricias de sus pulgares endurecieron sus pezones, tan sensibles.

No podía moverse. Aunque el dios de averno se hubiese presentado dando gritos, Morgana se habría quedado inmóvil, con los ojos fijos en Nash. ¿Sabía él que la había hechizado con su ternura?

No había nada excepto Nash. Solo podía ver su cara, sentir sus manos, respirar el aliento que Nash expulsaba.

Siguió él la línea de su cuerpo, bajando hacia las costillas, merodeando por la espalda. ¿Para qué hablar cuando podían expresarse rozándose?, se preguntó Nash, que ya no sentía el fervor de devorarla, sino que podía disfrutar con el juego de saborearla y seducirla muy, muy despacio.

Llegó entonces a sus caderas, dejó que los dedos descendieran por sus muslos y subió, de regreso, por delante, para hallarla cálida y húmeda, dispuesta para él.

Al notar que las rodillas se le aflojaban, Nash la sostuvo con firmeza para emprender, con los labios ahora, el glorioso viaje que sus manos ya habían recorrido.

Fascinada por un torbellino de sensaciones, le retiró la camisa para poder deleitarse con la piel de su potente físico; fortaleza que redoblabla el valor de su ternura. Le pidió un nuevo beso en la boca y, juntos sus labios, le bajó los pantalones, dejándolo tan vulnerable como estaba ya ella.

La luna los inundó con su luz de plata mientras ambos se ofrecían el más preciado de sus regalos. Las flores seguían enjugándose con el aroma de la noche, y el viento y las llamas de las velas festejaron aquel amor sincero.

Aun cuando la pasión hizo presa de ellos y los tiró al suelo, no hubo prisas ni precipitaciones. En algún lugar, el búho volvió a ulular y el anillo de fuego elevó sus llamas como lanzas, encerrándolos, aislándolos del exterior.

Morgana temblaba, pero ya no temía ni se sentía nerviosa. Lo rodeó con los brazos cuando Nash la poseyó.

Con la sangre palpitándole en las sienes, la miró abrir los ojos de par en par, azules como el cielo de alborada primaveral. Bajó la boca hacia la de ella mientras bailaban acompasados una danza más antigua y poderosa que ninguna otra.

Notó su belleza, la magia de sentirse pletóricamente satisfecha. Incluso al final perduró la ternura. Dos lágrimas dichosas resbalaron por las mejillas de Morgana mientras arqueaba la cintura para acoger la última arremetida liberadora. Entonces lo oyó gritar su nombre, como un rezo, mientras se desbordaba en su interior.

Cuando de nuevo escondió su rostro en el cabello de Morgana, esta alzó la vista y descubrió una estrella fugaz, surcando el cielo encima de ellos.

Pasaba el tiempo. Minutos, horas, le daba igual. Lo único que Nash sabía era que ella era tan suave como un deseo y que su cuerpo seguía relajado, acurrucado contra el suyo. Pensó que sería delicioso permanecer así hasta el amanecer.

-Mmm -murmuró ella al notar que Nash se movía ligeramente.

-Perdona, quiero mirarte -repuso este mientras se acodaba de lado y apoyaba la cabeza en la mano. El pelo de Morgana se esparcía como seda negra sobre el paño blanco, embellecido por los pétalos diseminados de las flores-. ¿Qué ocurre cuando un mortal hace el amor con una bruja? -añadió tras suspirar.

-¿No viste cómo cambiaba de color la corteza de los cipreses? -repuso ella. Nash se quedó boquiabierto y Morgana no pudo evitar reírse-. Me encanta cuando eres tan ingenuo.

-No me parecía tan extraño. Quiero decir, tú eres... Sé lo que eres. Aunque todavía me cueste asimilarlo. Incluso después de lo que he visto esta noche -respondió Nash -. Te estaba mirando mientras bailabas.

-Lo sé -Morgana le acarició los labios con un dedo.  
 -Nunca he visto nada tan hermoso. Tú, la luz, la música... ¡había música! -exclamó, extrañado.  
 -Solo para quienes saben oírla. Para los que están destinados a oírla.  
 -¿Qué estabas haciendo cuando te encontré? Parecía una especie de rito.  
 -Esta noche celebro el equinoccio de primavera. Es una noche mágica. Como ha sido mágico lo que ha ocurrido entre nosotros.  
 -Sé que suena a piropo manido, pero nunca había sentido nada igual -Nash le dio un beso en el hombro-. Con ninguna.  
 -Otra vez -le pidió ella, sonriente-. Otra vez -repitió mientras Nash se introducía de nuevo en su interior.

La noche avanzaba hacia el alba mientras se vestían. Nash se puso la camisa y miró a Morgana recoger las flores aplastadas.

-Parece que hemos acabado con ellas. Tendré que robarte alguna más.  
 -Estas están bien -aseguró Morgana, meciéndolas contra su pecho. Nash se quedó asombrado al ver que las flores recobraban el esplendor que habían tenido al quitarlas él del jardín.  
 -Creo que no voy a poder acostumbrarme a estas cosas -comentó al tiempo que le acariciaba el pelo.  
 -Sujétamelas. Tengo que borrar el círculo -Morgana hizo una señal y las velas se apagaron. Pronunció unas palabras incomprensibles y, por fin, retiró el paño blanco.  
 -¿Ya está?  
 -Las cosas son más sencillas de lo que creemos -contestó ella, tomando la mano que Nash le ofrecía-. Nada es más sencillo que la naturaleza, y nada más natural que compartas mi cama hasta que amezcamos -añadió, mirándolo a los ojos.  
 -Sí -aceptó Nash, rubricando su confirmación con un beso.

Nunca tenía suficiente. Una vez en la cama, se habían vuelto a unir, una y otra vez, con algunas pausas para descansar. Ahora que el sol se alzaba sobre el horizonte, Morgana le estaba lamiendo la oreja.

Nash sonrió mientras se desperezaba, con placidez de su duermevela y notaba, con regocijo, la cabeza de Morgana sobre su pecho. A juzgar por el gesto travieso de ella, daba la impresión de que podrían aprovechar la mañana, amándose perezosamente. Deseoso de complacerla, fue acariciándole el pelo... pero detuvo la mano en el aire.

¿Cómo era posible que la cabeza de Morgana estuviera en su pecho y su boca le estuviera lamiendo la oreja? Anatómicamente hablando, no cuadraba en absoluto. Claro que ya había visto romper unas cuantas normas del mundo real. Esa, no obstante, le resultó demasiado extraña.

¿Qué vería al abrir los ojos?, ¿se encontraría con algo tan fantástico, tan extraordinario que saldría corriendo de la cama?

Bajó la mano con cuidado hasta acariciarle el pelo, con suavidad... pero, ¡Dios!, la cabeza tenía otra forma. Morgana se había convertido en... Nash reprimió un grito de pánico y abrió los ojos.

Luna estaba sobre su pecho, mirándolo sin pestañear. Y Pan se había subido también a la cama. El perro volvió a lamerle la oreja.

-¡Vaya!, ¡me habeis engañado! -murmuró él cuando su corazón hubo recuperado un ritmo normal.

-¿Jugando con los animales? -preguntó de pronto Morgana, que acababa de aparecer por la puerta. Nada más verla, Luna se aposentó sobre una almohada y Pan se tumbó en el suelo, moviendo la cola con alegría-. Parece que les caes de maravilla a mis mascotas.

-Sí, somos una familia feliz.

Morgana se acercó a la cama con una taza humeante en la mano. Ya estaba vestida, con un modela rojo, ajustado, con tirantes, que caía con soltura hasta finalizar varios centímetros sobre sus rodillas.

-¿Es café? -preguntó Nash mientras aspiraba el perfume exótico y seductor de Morgana.

-Sí, creo que sí -repuso ella, sonriente.

-¡Que amable! -exclamó él, al tiempo que extendía un brazo para acariciarle el cabello, ya peinado.

-¿Amable? ¡Ah!, ¿crees que es para ti? -replicó Morgana, con cara de asombro-. ¿Crees que he puesto a calentar café y que te lo he traído a la cama porque eres un encanto?

-Yo... -vaciló Nash, desconcertado.

-En tal caso, tienes razón -concluyó ella.

Nash tomó la taza y la miró sobre el borde mientras daba un sorbo. No era un fanático del café, pero estaba seguro de que aquel era el más rico que podría encontrarse al oeste de Mississippi.

-Gracias -Nash jugueteó con un pendiente de ella-. ¿Cómo soy de encantador?

-Suficiente -repuso Morgana entre risas. Luego apartó la taza de café y le dio un beso fugaz en los labios-. Tengo que irme a trabajar -añadió, forzándose a separarse.

-¿Hoy? -preguntó Nash, decepcionado-. ¿No sabes que es fiesta en todo el país?

-¿Hoy?

-Pues claro -aseguró él, absorbiendo el aroma embriagador de Morgana-. Es el Día Internacional del Enamoramiento. Un tributo a los años sesenta. Y se supone que hay que celebrarlo...

-Ya me imagino como. Y es muy tentador -lo interrumpió ella con un nuevo beso-. Pero tengo una tienda que dirigir.

-Me sorprende que seas tan poco patriótica, Morgana.

-Vamos, tómate el café -Morgana se levantó, temerosa de que Nash lograra hacerla cambiar de opinión-. Hay comida en la cocina, si te apetece desayunar.

-Podrías haberme despertado -Nash le agarró una mano antes de que ella pudiera retirarse.

-Pensé que te vendría bien dormir un poco. Y no quiero darte la oportunidad de que me distraigas.

-Pues a mí me encantaría pasarme unas cuantas horas distrayendome.

-Ya tendremos ocasión.

-Podíamos cenar juntos.

-Podíamos.

-¿Por qué no compro algo y me paso a verte?

-¿Por qué no?

-¿A las siete y media? -concretó Nash, después de darle un beso en la palma de la mano.

-Vale.

-Una cosa más...

-En serio, Nash -atajó ella, a punto de sucumbir-. No puedo...

-Tranquila, no insistiré -accedió él, a su pesar-. Aunque pienso disfrutar mucho imaginándome durante las siguientes horas nuestro próximo encuentro... Pero no, quería decirte que anoche te dejé algo en la entrada. Me gustaría que lo leyeras.

-¿Tu guión?, ¿has terminado?

-Salvo unos retoques. Pero quiero saber tu opinión.

-Entonces trataré de formarme una -Morgana se inclinó para darle un beso de despedida-. Adios.

Segundos después, Nash se quedó sin más compañía que la de Pan y Luna. Se incorporó para beberse aquel café tan delicioso y estudió el dormitorio en silencio. Era la primera oportunidad que tenía de ver las cosas de que Morgana se rodeaba en su más íntimo refugio.

Tenía un toque teatral, por supuesto. Un toque que la acompañaba allá donde fuera. Se notaba, por ejemplo, en los colores que había elegido: turquesa para las paredes, esmeralda para el edredón que habían tirado al suelo por la noche. Por no hablar de las almohadas granate y la lámpara de la mesilla de noche, morada como el horizonte en crepúsculo.

Nash se levantó, desnudo con la taza de café en una mano, y comenzó a pasear por la habitación, seguido de su amigo Pan.

Un dragón de plata presidía la cómoda. Su cola refulgía y parecía a punto de expulsar una bocanada de fuego entre los colmillos. Frente al espejo de la cómoda había una banqueta, en la que se imaginó a Morgana, acicalándose, peinándose el cabello y suavizando su piel con alguna crema o loción aromática.

Incapaz de resistirse, agarró uno de los frascos, le quitó el tapón y olfateó. En ese instante, la presencia de Morgana fue tal, que casi pudo verla y palparla. Cerró el frasco y lo dejó donde lo había encontrado.

¡Maldita fuera!, ¡todavía quedaban muchas horas para volver a verla!

“Tranquilízate, Kirkland”, se aconsejó. Solo se había ido hacia cinco minutos. Estaba comportándose como un hombre obsesinado. O embrujado. Se quedó pensativo un segundo, con el ceño fruncido, pero desestimó tal posibilidad. No estaba bajo la influencia de ningún hechizo. Sabía perfectamente qué estaba haciendo y controlaba por completo la situación. Solo era que la habitación le recordaba a Morgana y el recuerdo avivaba su deseo.

Recorrió con los dedos la colección de piedras de color que guardaba en un cuenco. Por otra parte, se dijo, tampoco era tan extraño que estuviese obsesinado con ella, pues no se trataba de una mujer corriente. Después de lo que había visto y de lo que sabía, era lógico que pensase en ella con más frecuencia de lo que habría pensado en cualquier otra mujer. A él siempre le había gustado lo sobrenatural y Morgana era la prueba viviente de que lo extraordinario tenía lugar en aquel mundo ordinario.

Y era una amante fabulosa. Generosa, libre, sensible... Tenía sentido del humor, ingenio e inteligencia, así como un cuerpo felino. Aquella combinación habría bastado para hacer suplicar a cualquier hombre. Si se le añadía el polvo de la magia, se convertía en un ser absolutamente irresistible.

Además, lo había ayudado con el guión. Cuando más pensaba al respecto, más convencido estaba Nash de que se trataba de lo mejor que había escrito.

Pero, ¿y si ella lo encontraba horrible? La idea azotó su cabeza como un látigo afilado y lo hizo extraviar la mirada en el vacío. El hecho de que hubieran compartido la cama, aparte de algo más demasiado intangible, como para darle nombre, no implicaba que Morgana tuviese que comprender o apreciar su obra.

¿Por qué demonios se la había dado a leer antes de pulirla y revisar hasta la última coma?

Genial, pensó disgustado mientras recogía los vaqueros. Ahora se pasaría las siguientes horas preocupado. Mientras se dirigía a la ducha, Nash se preguntó cómo podía sentirse tan profundamente involucrado con una mujer para volverlo loco de mil formas distintas

## 8

Tuvieron que pasar cuatro horas para que Morgana lograra hacer una pausa para tomar un café quedarse a solas. Los clientes, el teléfono y diversos pedidos la habían mantenido tan ocupada que solo había podido echar un vistazo a las dos o tres primeras páginas del guión de Nash.

Y lo que había conseguido leer la había intrigado lo suficiente como para lamentar las constantes interrupciones. Ya, por fin, podía retirarse a la trastienda y dejar a Mindy a cargo del negocio.

Suspiró, se preparó un té y abordó de nuevo el guión de Nash.

Una hora después, el té seguía intacto, frío en su taza. Fascinada, regresó a la primera página y comenzó de cero. Era brillante, pensó henchida de orgullo porque el hombre al que amaba pudiera crear algo tan inteligente, tan absorbente.

Tenía talento, sí. Lo había sabido desde el principio. Sus películas siempre la habían entretenido e impresioando. Pero nunca antes había leído un guión. Por alguna razón, había supuesto que no sería más que un par de ideas generales, maleables al antojo del director, los actores y demas integrantes de una película. Pero se trataba de una pieza plena, con tanta vida propia, que costaba creer que solo fuesen palabras sobre un papel. Casi podía ver, oír y sentir lo que Nash había narrado y descrito.

Se imaginó el guión mejorado con las aportaciones de los actores, del director, de los técnicos de iluminación y sonido. Era más que probable que Nash acabase de crear la película de la década.

La sorprendía que ese hombre al que consideraba, aunque encantador, un poco engreído, tuviera dentro algo así. Claro que tampoco había previsto que pudiese ser tan tierno, tal como le había demostrado la noche anterior.

Soltó el guión y se apoyó sobre el respaldo de la silla. ¡Y ella que siempre se había tenido por astuta!, pensó sonriente. ¿Cuántas sorpresas más guardaría Nash Kirkland bajo la manga?

Le estaba preparando la siguiente a conciencia. La inspiración lo había iluminado y él no era de los que desaprovechaba una buena idea.

Al principio, no le había agradado pensar en dejar la puerta trasera de Morgana sin cerrar. Pero supuso que, con su fama y con el perro vigilando los alrededores, nadie osaría entrar.

Iba a ser perfecto, se decía Nash mientras trataba de acomodar en un jarrón un ramillete de flores, esta vez compradas. Después de varios intentos bienintencionados, seguía dando la impresiñón de que un niño descuidado de diez años había metido las

flores en el jarrón de cualquier modo. Cuando terminó, tras llenar dos jarrones más, le alegró saber que jamás sería él el encargado de la decoración de sus películas.

Pero olían bien.

Miró el reloj y vio que apenas quedaba ya tiempo. Se arrodilló frente a la chimenea y la encendió. Le costó más trabajo de lo que le habría costado a Morgana, pero logró que los leños echaran a arder. No era que hiciese falta, pero el efecto de la chimenea le gustaba.

Se puso de pie y repasó su obra: la mesa estaba puesta, cubierta con un mantel blanco que había encontrado en un cajón. También la vajilla de porcelana era de ella, así como la cubertería de plata y las copas de champán. Por último, había cogido unas servilletas rosas y las había doblado en forma triangular.

¡La música!, recordó de pronto. ¿Cómo podía haberse olvidado de la música? Y las velas. Corrió la cadena y buceó entre los muchos discos compactos hasta decantarse por Chopin ideal para la velada, aunque sus gustos de inclinasen más hacia los Rolling Stones. Puso la primera pieza del compacto y luego fue a buscar las velas.

Diez minutos más tarde, había distribuido diez por el salón. Brillaban y despedían las fragancias de la vainilla, el jazmín y el sándalo.

Apenas hubo terminado oyó el coche de Morgana. Fue a recibirla a la puerta, seguido como siempre por Pan.

Fuera, Morgana se extrañó al ver el Jaguar de Nash. Pero no la molestó que él se hubiese adelantado media hora. Entró sonriente, con el guión bajo el brazo y una botella de champán en la otra mano.

Nash la saludó con un largo y exquisito beso, mientras Pan trataba de entremeterse reclamando un poco de atención.

-Hola -dijo Nash cuando separaron los labios.

-Hola -Morgana le entregó el guión y la botella de champán para poder acariciar a Pan-. Llegas pronto.

-Lo sé... ¡Vaya, vaya!, ¿celebramos algo? -preguntó él tras ver la etiqueta de la botella.

-Eso parece -repuso Morgana-. En realidad, es un regalo de felicitación para ti.

Aunque espero que lo compartas.

-Encantado. ¿Y a qué se debe el honor?

-Por tu guión -contestó ella.

-¿Te ha gustado? -Nash notó que el nudo que había estado ahogándolo todo el día se aflojó.

-No. Me ha encantado. Y en cuanto me siente y me quite los zapatos, te diré por qué.

-Vamos dentro -Nash agarró el guión y la botella con una mano y rodeó a Morgana con el otro brazo-. ¿Qué tal la tienda?

-Muy bien. De hecho, estaba pensando en pedirle a Mindy a ver si puede venir una o dos horas más al día. Creo que... -se quedó sin palabras al entrar en el salón.

La iluminación era tan mística y romántica como la luz de la luna. Relucía sobre las copas y los cubiertos de plata. El perfume de las flores y la cera de las velas impregnaba hasta el último de los rincones. La melodía de los violines acariciaba el aire y la chimenea crepitaba con suavidad.

Muy pocas veces la habían dejado tan desconcertada. Sintió que las lágrimas se le asomaban a los ojos, impulsadas por una emoción tan pura y luminosa que casi no podía contenerla.

-¿Has hecho esto por mí? -le preguntó con mirada cristalina.

-Habrán sido los elfos -contestó Nash, también conmovido por la reacción de ella.

-Me encantan los elfos -dijo Morgana, sonriente.

-¿Y los guionistas? -preguntó él mientras sus cuerpos se unían.

-Empiezan a gustarme -Morgana le rodeó la cintura con ambos brazos.

-Me alegro -Nash quiso besarla, pero se dio cuenta de que tenía una mano demasiado ocupada como para obtener los mejores resultados-. ¿Por qué no dejes esto y abrimos el champán?

-Excelente idea -Morgana suspiró y se quitó los zapatos mientras él iba por otra botella ya lista en su cubo de hielo.

-¿Telepatía? -preguntó Nash tras señalar que la etiqueta de su botella coincidía con la de Morgana.

-Cualquier cosa es posible -dijo ella, sonriendo.

Nash se deshizo del guión, colocó la segunda botella en el cubo y abrió la primera con maestría.

-Por la magia -brindó tras llenar una copa para cada uno.

-Por la magia -repitió Morgana. Dio un sorbo, le agarró una mano y lo llevó al sofá, donde se acurrucó junto a él, contemplando el fuego de la chimenea-. ¿Qué has hecho hoy aparte de llamar a los elfos?

-Quería enseñarte mi faceta a lo Cary Grant.

-Me gustan todas tus facetas -aseguró Morgana, al darle un beso en la mejilla acto seguido.

-Bueno, pues he pasado bastante tiempo tratando de que esas flores queden tan bonitas como en las películas.

-Me da la impresión de que no es tu especialidad -comentó Morgana tras mirar los jarrones-. Pero me encantan.

-Suponía que el esfuerzo tendría algún valor -dijo Nash mientras jugaba con un pendiente de ella-. También he pulido un poco el guión. He pensado mucho en ti. Me llamó mi agente entusiasmado. He vuelto a pensar en ti...

-Parece que ha sido un día muy productivo -Morgana rio. Apoyó la cabeza sobre un hombro de Nash y sintió que aquel era su verdadero hogar-. ¿Qué te ha dicho tu agente?

-Parece ser que lo ha llamado una productora.

-¿Para tu guión? -preguntó ella, de nuevo incorporada, con los ojos brillantes.

-¡Bingo! -era un poco extraño... No, era maravillosamente extraño que alguien se alegrase tanto por él-. En la productora están muy interesados. Le he dicho a mi agente que voy a dejar reposar el guión un par de días. Luego le echaré un vistazo y se lo mandaré. He tenido suerte.

-No es suerte -Morgana chocó su copa con la de él-. Tienes magia. Aquí y aquí -añadió mientras le tocaba la cabeza y el corazón.

Por primera vez desde que era adulto, creyó que podría ruborizarse, de modo que la besó.

-Gracias. No lo habría logrado sin ti.

-Odiaría tener que discutir contigo, así que no te llevaré la contraria -dijo Morgana, sonriendo.

Nash le acarició un hombro. Era una delicia, se dio cuenta, estar sentado allí con alguien que le importaba.

-¿Por qué no me das la píldora y me dices qué te ha gustado el guión?

-No creo que necesites darte un baño de egocentrismo, pero te lo diré de todos modos.

-Tómate tu tiempo. No quisiera que olvidases nada.

-Todas tus películas tienen una cierta sustancia particular. Incluso en las escenas sangrientas o en las que algo horrible está arañando la ventana, hay algo especial que va más allá de asustar o impresionar al espectador. En este guión, aunque la escena del cementerio y esa del ático no sean recomendables para los que padezcan hipertensión, vas un paso más allá -arrancó Morgana con seriedad-. No es solo una historia de brujería y poderes mágicos, sobre las fuerzas del bien y del mal. Trata de la gente, de aquello que

hace humanas a las personas. De creer en cosas maravillosas y confiar en el corazón. Es como celebrar el hecho de que cada uno sea diferente, aun cuando es difícil. Al final, a pesar del miedo, del dolor y del despecho, hay amor. Y eso es lo que todos queremos.

-¿No te importa que haya puesto a Cassandra realizando hechizos en un cementerio o conjuros en un caldero?

-Lo tomaré como una licencia artística -concedió Morgana-. La escena en la que Cassandra está dispuesta a vender su alma al diablo para salvar a Johathan no parece estupenda.

Nash se encogió de hombros, con modestia.

-Si representa al Poder del bien, tenía que enfrentarla, al menos una vez con el Poder del mal. En las películas de terror hay que cumplir determinadas reglas. Esa es una -comentó Nash-. Además, el inocente debe sufrir. Y sangrar. Y al final, tras grandes sacrificios, el bien debe triunfar.

-Parece justo.

-Hay una más. Mi preferida -agregó él mientras le acariciaba el cuello-. El espectador debe quedarse preguntándose si el personaje diabolico puede lograr liberarse despues del fundido en negro total

-Todos sabemos que el diablo siempre puede volver a aparecer.

-Exacto. De la misma manera que, de tanto en tanto, todos nos preguntamos alguna noche si no habrá alguien escondido en el armario. Después de apagar las luces. Cuando estamos solos -Nash le mordisqueó el lóbulo de la oreja-. O no sabemos si lo que suena al otro lado de la ventana es realmente un arbusto, o si esa sombra es la del árbol...

El timbre de la puerta sonó y Morgana dio un respingo, sobresaltada.

-¿Quieres que abra yo? -propuso Nash entre risas.

-Me da igual -contestó ella, con dignidad, mientras se alisaba la falda.

Nash salió del salón y Morgana sintió un escalofrío. Era bueno, tan bueno, que había logrado suggestionarla. Todavía estaba diciendose si lo iba a perdonar por haberse reido del susto que se habia llevado, cuando Nash apareció junto a un hombre alto, vestido de etiqueta, con una enorme bandeja sobre una mano.

-Ponlo todo sobre la mesa, George -le indicó Nash.

-Me temo que me va a llevar un par de minutos, señor.

-Tranquilo, tenemos tiempo -Nash le guiñó un ojo a Morgana.

-La *mouse* de moca conviene guardarla en la nevera hasta el momento del postre, señor -le recomendó George.

-Yo lo llevo a la cocina -se ofreció Morgana-. Un par de minutos más tarde, al regresar, George ya se había marchado, despues de que Nash le diese una buena propina-. Bueno, ¿qué tenemos aquí? Ensalada de endivias, patas de cangrejo...

-A la Maurice

-¿Quién es Maurice? -preguntó Morgana, mientras Nash corría una silla para ella.

-George lamentaba informarme de que Maurice falleció hace tres años, pero asegura que su espíritu permanece vivo.

-¡Menuda selección has hecho! -exclamó Morgana.

-Había pensado encargar un pollo asado, pero pensé que esto te impresionaría más.

-Has acertado -Morgana probó una pata de cangrejo, untada en mantequilla derretida-. Es un menú exquisito. Gracias -añadió apretándole una mano con cariño.

-Siempre a tu disposición -repuso Nash. De hecho, tenía la esperanza de poder repetir una velada así docenas y docenas de veces. Los dos juntos y solos. De pronto, le disgustó sorprenderse con aquellos planes de futuro tan serios-. ¿Más? -añadió, en cualquier caso, al tiempo que alzaba la botella de champán.

-Sí.

-Hay algo que quiero preguntarte -Nash tomó la mano de Morgana, la besó y encontró su piel mucho más sabrosa que cualquiera de aquellos manjares-. ¿Qué ha pasado con la nieta de la señora Littleton?

-¡Dios mío, Nash!, ¡si la final vas a ser un romántico? -Morgana rio.

-Solo por curiosidad -dijo él, sonriente-. Está bien, reconozco que me gustan los finales felices. ¿Consiguió al chico de la foto? -agregó después de que Morgana lo mirase en silencio.

-Tengo entendido que Jessie reunió el valor suficiente para pedirle a Matthew que la acompañara al baile.

-Bien hecho. ¿Y?

-No sé, mi única fuente de información es la señora Littleton, así que puede que no se ajuste demasiado a la realidad.

-Cariño, soy escritor. No tienes que hacer pausas para dar efecto dramático a tus palabras. Suéltalo ya -la apremió Nash.

-Parecer ser que se ruborizó, balbuceó un poco, se quitó las gafas y dijo que, vale, de acuerdo.

-Por Jessie y Matthew -brindó Nash con solemnidad.

-Por el primer amor -Morgana alzó su copa-. El más dulce de todos.

-¿Qué fue de tu novio del instituto? -preguntó entonces él.

-¿Qué te hace pensar que tuve uno?

-Como todo el mundo, ¿no?

-El caso es que sí hubo un chico especial -reconoció Morgana-. Se llamaba Joe y jugaba en el equipo de baloncesto.

-Un atleta.

-Me temo que no tanto. Pero era alto. La altura era importante para mí en esa época, porque yo les sacaba una cabeza a la mayoría de mis compañeros de clase. Quedamos de vez en cuando durante todo un año -Morgana dio un sorbo a su copa-. Y nos magreamos bastante en su coche.

-Sigue, sigue -la instó Nash, sonriente-. No te pares ahora. Ya me lo estoy imaginando. Exterior, noche. Un coche aparcado en una calle oscura y solitaria. Los dos tortolitos abrazados, besándose clandestinamente mientras una música romántica suena en la radio...

-La cosa no pasó nunca a mayores -continuó Morgana-. Él se marchó a Berkeley en otoño y yo me fui a Radcliffe. La altura y un par de besos no fueron suficientes para proseguir una relación a más de cuatro mil kilómetros de distancia.

-Seguro que le rompiste el corazón.

-No te creas. Y en tal caso, se recuperó de manera admirable. No tardó en casarse con una estudiante de Empresariales y se mudaron a St Louis. La última vez que me llegaron noticias de él, ya tenía tres niños.

-El bueno de Joe -bromeó Nash.

-¿Y tú? -preguntó Morgana, al tiempo que volvía a llenar las copas.

-Yo no jugaba al baloncesto.

-Me refería a tu novia del instituto.

-Ah -Nash se detuvo y disfrutó del momento: la chimenea crepitando a su espalda, una mujer preciosa sonriéndole más allá de una vela, la desinhibición del champán-. Se llamaba Vicki, con i latina. Era animadora del equipo de beisbol.

-¿Qué más?

-Estuve revoloteando a su alrededor dos meses hasta que me atreví a pedirle salir. Era muy tímido.

-Cuéntame una de indios -Morgana sonrió.

-No, en serio. Fui cambiando con los años. Pero a esas edades los grupos son muy cerrados y como yo siempre estaba cambiando de ciudad, me limitaba a mirar y a imaginar.

-Y mirabas a Vicki, con i latina.

-Mucho tiempo. Tenía la sensación de que llevaba siglos mirándola. La primera vez que la vi me enamoré-. ¿Tú fuiste animadora?

-No, lo siento.

-Una lástima. Todavía se me acelera el corazón con las animadoras. El caso es que al final me atrevía a invitarla a ir al cine. Era *Viernes 13*. La película, no la fecha. En uno de los momentos de mayor tensión le agarré la mano y no nos separamos durante el resto del año. Luego me dejó por un gorila con motocicleta y tatuajes.

-¡Qué mal gusto!

-Creo que se fue a vivir con él y acabaron en El Paso -comentó Nash-. Es lo menos que se merecía después de romperme el corazón.

-Creo que te lo has inventado todo -dijo entonces Morgana, tras mirarlo a los ojos unos segundos.

-Solo en parte -no le gustaba hablar del pasado, con nadie. Para distraerla, se levantó y cambió de música-. Quiero tenerte entre mis brazos -le dijo, sencillamente, después de que las notas soñadoras de George Gershwin inundaran el salón.

Morgana se levantó, cubrió el hueco formado entre los brazos y el pecho de Nash y se dejó llevar. Al principio se balancearon al son de la música, mirándose, rodeándola él por la cintura, envolviéndola ella por el cuello, acompasándose sus cuerpos al ritmo de aquellas notas lentas, sensuales.

La piel de Morgana parecía tan frágil como las tazas de porcelana. Su cabello, negro como la noche que oscurecía más allá de la ventana, tenía destellos como estrellas, al igual que sus pupilas esplendorosas, como si el océano azul estuviera rociando de polvo de luna.

El primer beso fue silencioso, un suave contacto que prometía más; que prometía algo que podía cumplirse. Nash notó el champán burbujeándole en la cabeza mientras inclinaba la cabeza en busca de la boca de Morgana y esta entreabrió los labios como pétalos de una flor.

Le acarició el cuello sedosamente, con delicadeza, hasta que ella se apretó contra su cuerpo para profundizar el beso, sin cerrar los ojos, absorbiendo la imagen de Nash, encandilado.

Él deslizó las manos por la espalda de Morgana, sin dejar de mirarla un segundo, sin dejar de desearla un solo instante. Le acarició luego el pelo, la oyó gemir, volvió a besarla...

Morgana saboreó el riesgo, el manjar y la desesperación de aquellos labios que la estaban embriagando tanto o más que el champán. Notó los músculos de Nash, cuerpo contra cuerpo, y se estremeció.

El deseo tomaba muchas formas. Esa noche no se presentaría como la exploración paciente y reverente que ya habían conocido. Esa noche el deseo los arrasaría.

Nash oyó un ruido: el de las riendas de su control, que se habían roto. Se apartó, la miró con urgencia y Morgana comprendió.

Sin decir nada, se ofreció a él, que no tardó en besarla de nuevo, con ferocidad en esta ocasión, al tiempo que la levantaba en brazos.

Jamás había pensado que ningún hombre pudiera conquistarla hasta ese extremo: estaba deseando que Nash terminara de subir las escaleras y la posara sobre la cama. Dispuesta y temeraria, le besó la cara, el cuello y de nuevo se apretó contra sus labios.

Nash no se detuvo en la puerta del dormitorio. La tumbó en el medio y se abalanzó sobre Morgana con impaciencia, con hambre y palabras desesperadas. Nada le bastaba.

Nunca podría saciar la necesidad que Morgana despertaba en él. Sabía que estaban juntos, beso o beso, llama a llama, y deseaba avanzar más y más hasta que ambos se abrasaran en la pasión que los estaba consumiendo.

Morgana no podía respirar. El aire era denso y caliente. Pensó en pedirle, en rogarle que parase un momento para recuperar el aliento y el juicio. Pero él volvió a aplastar sus labios contra su boca e incluso el deseo de recobrar la cordura se desvaneció.

Ansioso, bajó la mano por la parte delantera del vestido. Le apartó los tirantes de los hombros para descubrir la piel sofocada sobre una lencería negra y seductora. Gimió excitado y le desabrochó el sujetador para poder coger entre sus manos sus pechos desnudos.

Morgana gritó, no de miedo ni dolor, sino de asombro... mientras la boca ávida de Nash seguía devorándole la piel.

Se movía implacable, infatigablemente. La necesidad lo rasgaba como cuchillos incendiados, capaces de cortar todo pudor o atadura. Morgana reaccionó con el mismo ímpetu fervoroso y, lejos de someterse, lo acarició, provocó y desafió. Lo atormentó.

Rodaron por la cama en una guerra apasionada por despojarse de la ropa, a la caza de la carne sin escondites. Estaban satisfaciendo sus fantasías más salvajes, tocándose, saboreándose.

Morgana se agarró a su espalda mientras susurraba el nombre de Nash como un conjuro, como un sollozo o un temblor interior. Se incorporó, lo miró con los ojos encendidos y Nash supo que se moriría si no la poseía esa noche, y la siguiente y las mil siguientes.

La empujó contra el colchón y le atenazó las manos con las propias. Se quedó mirándola, con la respiración entrecortada, y apreció en su mirada un brillo... ¿desafiante? ¿triumfal acaso?

La penetró. Morgana trató de liberar sus manos y arqueó la cintura para encontrarse con él.

Velocidad. Potencia. Gloria. Corrieron juntos, roce con roce, con una fuerza abrumadora, amoratándose los labios con cada nuevo beso, enlazados en un amasijo de piernas y brazos y uñas femeninas por la espalda.

Nash notó las convulsiones, los primeros espasmos de placer descontrolado de Morgana... perdió la cabeza y se precipitó junto a ella.

Un buen rato más tarde, Nash se quitó de encima para dejarla respirar. Morgana yacía sobre su estómago, cruzada sobre la cama. Dejó vagar la mirada mientras pensaba en lo que había ocurrido entre los dos. No estaba seguro de si debía sentirse aterrado o fascinado.

La había... avasallado. Desde luego, no se había detenido en caricias delicadas. Por más placer que hubiera encontrado haciendo el amor con otras mujeres, nunca lo habían asomado a aquel abismo de locura. Tenía sus ventajas, pero no sabía cómo reaccionaría Morgana cuando viera sus ropas desgarradas.

-Morgana... ¿estás bien? -le preguntó con cautela, sacudiéndole el hombro suavemente.

Ella emitió un sonido, a medio camino entre gemido y el ronroneo de un gato. Nash sintió un pinchazo al suponer que podría estar llorando.

-Morgana, cariño. Siento si te he... -pero no logró continuar. Entonces, mientras él le acariciaba el pelo con dulzura, Morgana se giró y lo miró a los ojos.

-¿Decías algo?

-Solo que... ¿estás bien?

-¿Bien? -repitió ella después de suspirar -No creo. Vuelve a preguntármelo cuando encuentre fuerzas para moverme... ¿Y tú? -añadió al tiempo que le agarraba una mano.

-Yo, ¿qué?

-Si estas bien.

-A mí no me ha pasado un camión por encima -se disculpó Nash.

-¿Ah, no? Yo pensaba que había hecho un buen trabajo -repuso ella con una pícaro sonrisa en los labios-. Dame una hora y volveré a intentarlo.

-¿No estás enfadada? -preguntó Nash, algo aliviado.

-¿Te parece que lo estoy?

-No... supongo que no -respondió satisfecho.

-¿Y esa sonrisa? ¿Contento con tu rendimiento? -lo provocó Morgana.

-Es posible -Nash se apretó a ella y se encontró con su sujetador entre las manos-.

¿Y tú?

Morgana contempló aquella sonrisa amplia, inmensa y se preguntó si no terminaría dividiéndole la cara por completo.

-¿Sabes qué? -le preguntó mientras se ponía de rodillas.

-No, ¿qué?

-Voy a tener que quitarte esa sonrisa de la cara.

-¿Sí?, ¿cómo?

Morgana se echó el pelo hacia atrás, se colocó encima de él y comenzó a contonearse lenta, sinuosamente.

-Atento.

# 9

La vida era estupenda, pensó Nash. Se pasaba los días haciendo algo que le encantaba y le pagaban muy bien por ello. Tenía salud, una casa nueva y, lo mejor de todo, estaba inmerso en una increíble aventura con una mujer fabulosa. Una mujer que, tal como había descubierto en las semanas previas, aparte de atraerlo con locura, era una gran amiga.

La experiencia le había enseñado que una amante que no satisface fuera de la cama agradaba al cuerpo, pero dejaba el espíritu incompleto. En Morgana había encontrado a una mujer con la que podía reírse, hablar, discutir y hacer el amor, todo con una sensación de intimidad que jamás antes había vislumbrado siquiera.

Ahora, mientras terminaba los abdominales que se obligaba a hacer tres veces por semana, se quedó pensando en las pocas semanas que llevaban juntos.

Habían realizado un viaje por los alrededores, deleitándose con las colinas, el agua y los acantilados. Y, como dos turistas, habían hecho fotos con la cámara de ella y grabado un vídeo con la de él.

Aunque se había sentido un poco tonto, hasta se había guardado unas piedrecillas con disimulo, cuando Morgana no estaba mirando, como recuerdo del viaje.

La había seguido cuando ella había querido ir de tiendas y había aceptado, de buen humor, cargar con las bolsas que le iba soltando.

Habían comido en la terraza de un café elegante, rodeados de flores. Habían merendado en la playa, y él la había rodeado con sus brazos y le había ofrecido el pecho para que apoyase la nuca, mientras el disco rojo del cielo se fundía con el horizonte con la línea añil del mar.

Se habían besado bajo las estrellas, habina reído por tonterías y habían intercambiado miradas cómplices en lugares abarrotados.

Como si estuviera cortejandola.

¿Cortejandola?, gruñó Nsh mientras se recuperaba del ejercicio físico. En absoluto. Simplemente estaban disfrutando de su mutua compañía, nada más. Los cortejos tenían la traicionera costumbre de acabar en matrimonio.

Y el matrimonio, lo había decidido hacía tiempo, era una experiencia de la que podía prescindir.

Sintió el cosquilleo de una duda mientras estiraba los dorsales para relajar la espalda. ¿Había hecho algo que pudiera hacerla pensar que lo que compartían podía conducir a... bueno, a algo legal y permanente? Con DeeDee había puesto de manifiesto su postura desde el primer momento, por mucho que ella se hubiese propuesto hacerlo cambiar de opinión.

Pero a Morgana no le había dicho nada. Había estado demasiado preocupado enamorándose de ella como para entretenerse con esas cuestiones prácticas.

Y lo último que quería era herirla. Era demasiado importante, significaba demasiado para él. Era...

“Tranquilízate Kirkland” se dijo Nash con inquietud. Claro que era importante para él. Pero no por eso iba a empezar a hablar de amor. Porque el amor también tenía la traicionera costumbre de acabar en matrimonio.

Frunció el ceño mientras se ponía en pie. El sudor resbalaba por su cara mientras él trataba de analizar el interior de su corazón... Sí, debía reconocer que le tenía cariño. Seguramente más que a ninguna otra persona. Pero esto no implicaba que tuvieran que casarse y vivir en una casa confortable el resto de sus vidas.

Se llevó una mano al pecho y se preguntó, con sinceridad, por qué pensaba en ella tan a menudo. No recordaba que ninguna otra mujer hubiese irrumpido en su rutina diaria como Morgana. Había veces que dejaba lo que quisiera que tuviera entre manos para preguntarse qué estaría haciendo ella. Y ya no era capaz de dormir bien si Morgana no estaba a su lado. Si se despertaba y no la veía empezaba el día con cierta sensación de desencanto.

Eran malas señales, se dijo mientras se secaba la cara con una toalla. Señales que debería haber visto tiempo atrás. ¿Cómo era que no había oído la alarma, alguna vocecilla que le susurrase que había llegado el momento de iniciar la retirada con disimulo?

Porque había seguido siempre hacia delante, a toda velocidad.

Pero no había rebasado el límite. Eso no lo ocurría nunca a Nash Kirkland. Respiró profundo y se dijo que todo se debía a la novedad; los sentimientos que Morgana le arrancaba no tardarían en difuminarse.

Mientras se dirigía a la ducha, se aseguró como un adicto cualquiera, que todavía controlaba la situación. Podía dejarla cuando quisiera.

Pero el corazón seguía sembrando dudas en su cabeza. Quizá él controlase la situación; pero ¿qué sucedía con Morgana?, ¿estaba involucrándose demasiado? Si estaba tan ensimismada como él, podrían estar imaginándose...

Sacudió su inquietud con un movimiento de cabeza y se colocó bajo el agua. Sonrió...

¿Y él decía que no era sexista? Pues allí estaba, preocupándose porque Morgana pudiera estar concibiendo falsas esperanzas solo por el hecho de que era mujer. Ridículo. Ella estaba tan poco interesada como él en dar ese salto mortal.

Pero, mientras dejaba que el agua le empapase el pelo, empezó a imaginar.

“Interior, día. La habitación es un caos de juguetes, ropa, embases de comida para llevar, platos sucios. Un bebé llora en una cuna situada en el medio de la habitación. Nuestro héroe entra en acción: lleva un maletín en la mano, traje negro y corbata axfisiante. La expresión de su cara parece agotada. Es la cara de un hombre que lleva todo el día aguantando problemas y se encuentra con más al llegar a casa”.

-Cariño, ya estoy en casa -saluda, tratando de sonar jovial.

“El bebé berrea y se encabrita sobre la cuna. Resignado, nuestro héroe suelta el maletín y se acerca a levantar al bebé. Los pañales filtran su humedad”

-Otra vez tarde -rezonga la esposa nada más aparecer. Lleva el pelo enmarañado y su rostro tiene una expresión hostil. Bata y zapatillas de estar en casa. Mientras el bebé chilla y moja a nuestro héroe, la esposa coloca los brazos en jarras y enumera todos los defectos del marido, coronados con recordatorios sobre la avería de la labadora, la fuga de la bombona de gas... y está embarazada de nuevo.

De repente, la escena se desvanece en la imaginación de Nash y queda sustituida por una nueva.

“Se figura regresando a casa, con la fragancia de las flores y del mar impregnando el aire. Sonríe ante la perspectiva de llegar al hogar. Ha comprado un ramo de tulipanes. La puerta de la casa se abre y ella lo recibe con una sonrisa de bienvenida. Está meciendo un bonito bebé en el seno, que ríe y estira sus brazos al aire. Le hace una carantoña al bebé”.

-Te hemos echado de menos -dice la esposa mientras le da un beso.

Nash pestañeó, cerró el grifo de la ducha y denegó con la cabeza. Pero, sabedor de que la segunda escena era más fantástica que cualquiera de sus películas, todavía controlaba la situación.

Cuando salió de la ducha, se preguntó cuánto quedaría para que llegase Morgana.

Pisó el acelerador y tomó una curva. Era una gozada avanzar a toda velocidad, con las ventanas bajadas y la brisa del mar levantándole el pelo. Y lo mejor era que iba al encuentro de alguien que había cambiado su vida.

Había estado contenta sin él. Y puede que hubiera seguido feliz si no lo hubiese conocido. Pero lo había conocido y ya nada volvería a ser igual jamás.

Se preguntaba era consciente de lo mucho que significaba para ella que la aceptase aun siendo una bruja. No lo creía. Claro que Nash tenía una forma muy personal de enfocarlo todo con humor. Morgana suponía que la veía como una mujer con poderes que ponían en solfa las bases científicas.

Pero lo importante era que sabía lo que era y que la aceptaba. No la miraba como si temiese que pudiera crecerle una segunda cabeza en cualquier momento, sino como a una mujer.

Era muy fácil estar enamorada de él. Aunque nunca se había considerado romántica había aprendido a valorar las canciones y los poemas compuestos para celebrar las bendiciones del corazón. Porque era verdad que cuando se estaba enamorada, el aire parecía más puro y la fragancia de las flores era más dulce.

Pensar así la hacía sentirse como una colegiala tonta y atolondrada. Pero sus pensamientos le pertenecían solo a ella mientras no los compartiese. Entonces se le ocurrió que, quizá, tuviera que compartirlos con Nash.

Suponía que, más tarde o más temprano, surgirían disputas y desavenencias, pero, por el momento se limitaba a disfrutar de la alegría desbordante que sentía.

Llegó a casa de Nash con la sonrisa en los labios. Le tenía preparadas algunas sorpresas. Se giró para alcanzar el bolso, situado en el asiento trasero, y Pan le metió prisa para salir.

-Espera un segundo y enseguida te abro la puerta -dijo ella, mirando también a Luna-. Como no os comportéis, os regañaré cuando volvamos a casa -advirtió.

Al salir del coche, notó algo extraño, como si una cortina se hubiese corrido en su cabeza. El aire era denso y tenía la sensación de que hubiera abandonado el sol para adentrarse en las sombras, que encubrían misterios pendientes de solución. Trató de ver a través de la niebla, pero apenas vislumbró algún punto tenue de claridad.

Y, con la misma velocidad que se había ido, regresó el sol y el aire volvió a llevar la frescura del mar próximo.

Aunque no tenía la capacidad de profetizar de Sebastian, ni la empatía de Anastasia, comprendió que las cosas estaban punto de cambiar. Y comprendió que esos cambios quizá no le gustaran.

Echó a andar y se recordó que el mañana siempre podía cambiarse. Sobre todo, si una se empezaba a concentrar en el hoy.

-Hola, encanto -la saludó Nash, sonriente con las manos metidas en los bolsillos, antes de que Morgana llamase siquiera a la puerta.

-Hola -repuso esta mientras le daba un beso-. ¿Sabes cómo me siento?

-Sí -dijo él mientras le acariciaba los costados con sendas manos-. Te tienes que sentir fantástica.

-Pues sí -Morgana rio feliz, arrinconando las dudas que habían enturbiado su ánimo segundos atrás.

-¿Es para mí? -preguntó Nash, al ver que ella le entregaba una rosa.

-Toda entera –aseguró Morgana mientras Luna entraba en la casa-. ¿Qué te parece si pasamos la tarde... entera... haciendo algo... decadente? –susurró seductoramente mientras le mordisqueaba una oreja y paseaba los dedos por su pecho.

-¿Cuándo empezamos? –reaccionó Nash de inmediato.

-Bueno –Morgana lo miró a los ojos-, ¿para qué perder el tiempo?

-¡Dios!, ¡me encantan las mujeres con iniciativa!

-Me alegro, porque tengo grandes planes para ti... –Morgana se apoderó de sus labios-. Y espero que aguantes horas.

-¿Quieres que empecemos aquí, o pasamos dentro? –preguntó Nash con voz ronca.

-Lo que tengo pensado no lo podemos hacer aquí afuera –dijo ella. Le agarró del cinturón y lo metió en casa de un tirón, seguido de Pan, resignado a su falta de protagonismo-. Sigüeme –añadió mientras subía las escaleras que conducían al dormitorio.

-Morgana... –susurró Nash después de besarla.

-Quiero proponerte algo –dijo ella, apartándose un instante de Nash. Abrió su bolso y sacó una combinación de lencería negra-. Hice una parada mientras venía y compré un par de... cosillas.

-De momento me gusta –aseguró él mientras dejaba la rosa sobre la mesa, sin apartar la vista de Morgana.

-Pues ahora mejora –contestó ella, al tiempo que le entregaba una cinta de vídeo o Nash, el cual la cogió con una sonrisa pícaro en los labios.

-¿Una película para mayores?

-Lee el título.

-¡*La matanza de Texas!* –exclamó emocionado.

-¿Te parece bien?

-¿Bien?, ¡es fantástica! ¡Un clásico! Hacia años que no la veía.

-He traído algunas más –Morgana sacó otras tres cintas del bolso y Nash las agarró con la impaciencia de un niño ante los regalos de Navidad.

-*Un hombre lobo americano en Londres, Pesadilla en Elm Street y Drácula*. Fantástico –Nash rio y se abrazó a Morgana-. Eres sorprendente. ¿Quieres que nos pasemos la noche viendo películas de miedo?

-Con alguna pausa larga.

-¿Y por qué no le ponemos un prólogo a la primera película? –propuso él mientras le bajaba la cremallera del vestido.

-Me encantan los prólogos –rio ella, tumbada ya sobre la cama.

Nash no podía imaginarse un fin de semana mejor. Viendo películas, con alguna pausa larga, hasta el amanecer, durmiendo hasta bien entrada la mañana y desayunando en la cama.

Ni podía imaginarse a una mujer mejor. No solo era guapa, inteligente y sexy, sino que apreciaba el arte de una película como *La matanza de Texas*.

Ni siquiera le importaba que lo hubiese puesto a trabajar el domingo por la tarde. Segar, poner semillas y regar cobraba un nuevo sentido si al levantar la mirada veía a Morgana con una de sus camisetas y los vaqueros ciñendosele a la cintura.

Lo hacía preguntarse cómo sería su vida si ella estuviese allí para siempre. A su alcance.

No lograba concentrarse en la tarea que le había asignado Morgana, la cual estaba tarareando una melodía que él no reconoció, pero que sonaba exótica. Canciones de

bruja, supuso. Aunque Morgana era mágica sin contar con los poderes que había heredado.

Se había recogido el pelo en un moño, tapado con una gorra de los Dodgers. No había rastro de maquillaje en su cara y, sin embargo, seguía pareciéndole erótica. Con lencería negra o con unos vaqueros desgastados, irradiaba sensualidad igual con la misma naturalidad con que el sol desprendía luz.

Y había en su cara, además, una pureza y una confianza en sí misma que le resultaban irresistibles.

Podía imaginársela allí arrodillada el año siguiente, o diez después, excitándolo como el primer día.

¡Dios!, ¡se había enamorado de ella! Perdidamente. ¿Qué demonios iba a hacer al respecto? Porque ya no controlaba la situación ni podía dejar a Morgana cuando quisiera.

Se puso de pie y notó un nudo en el estómago. Tenía miedo por los dos.

-¿Te pasa algo? -intuyó ella.

-No, yo... voy a entrar un segundo y saco algo para que nos refresquemos -improvisó. Luego echó a correr y dejó a Morgana atrás, mirándolo marchar.

Cobarde, idiota, se fustigó mientras se dirigía a la cocina. Llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Quizá le había dado el solo demasiado. O puede que todo se debiera a la falta de sueño. O al efecto de una libido sobreexcitada...

¡Y un cuerno!, ¡estaba enamorado!

“Pasen y vean, damas y caballeros. Pasen y vean a un hombre corriente transformado en un manojo de nervios, aterrado por su amor hacia una buena mujer”

Se inclinó sobre la pila y se echó agua en la cara. No sabía cómo había sucedido, pero tendría que hacerle frente. No podía esconderse. Era un hombre adulto, se recordó Nash. Y se comportaría como tal.

Quizá debía decirselo sin rodeos: Morgana, estoy loco por ti. Así, sin más. Se echó más agua en la cara. No... aquello era muy ambiguo. Morgana, me he dado cuenta de que lo que siento por ti es más que una simple atracción física. Más que afecto entrañable... Tampoco, eso era una estupidez.

Morgana, te amo. Sencillamente. Al grano. Espantoso.

Se suponía que él era el maestro del miedo y del espanto. Debería saber manejar la situación, se dijo mientras salía de la cocina.

El ruido del teléfono lo hizo dar un brinco.

-Tranquilízate Kirkland -musitó este.

-¿Nash? -Morgana apareció ante él, mirándolo con curiosidad y preocupación-. ¿Estás bien?

-¿Yo? Sí, claro. Genial -se alisó el cabello, nervioso-. ¿Y tú?

-Bien -repuso ella con calma-. ¿No vas a contestar?

-¿Al teléfono? -preguntó Nash, ofuscado-. Por supuesto.

-Yo saco los refrescos mientras tanto -dijo Morgana, con el ceño fruncido, volviéndose hacia la nevera.

Nash no se dio cuenta de que le sudaban las manos hasta que descolgó el auricular. Se secó en los vaqueros y se forzó a sonreír.

-Hola -oyó al otro lado de la línea. La sonrisa se le desvaneció al instante. Se quedó helado, rígido y tenso.

Un escalofrío recorrió la espalda de Morgana. El hombre encantador al que conocía parecía haberse convertido en otro muy distinto, capaz de cometer actos sanguinarios.

Quien quiera que lo hubiese llamado, debía alegrarse de la distancia que había entre ambos.

-Leeanne -la saludó Nash con un tono neutro, gélido. Viejos recuerdos que volvían a la superficie y viejas heridas que se reabían de nuevo -. No te enrolles. ¿Cuánto quieres?

Escuchó los llantos, los reproches. Le recordó sus obligaciones. Su familia.

-No me importa. Yo no tengo la culpa de que te hayas colgado con otro tipejo... Que cuánto quieres -insistió Nash sin inmutarse tras oír el importe que le solicitaban. Abrió un cajón y sacó papel y lápiz para apuntar -¿Adonde te lo envío? Pues nada, mañana mismo. Adios -añadió, para colgar a continuación enfurecido.

Y vio a Morgana. Se había olvidado de que estaba allí. Cuando esta hizo ademán de hablar, Nash denegó con la cabeza.

-Me voy a dar una vuelta -se adelantó, cerrando de un portazo.

Morgana se quedó parada. Era evidente que aquella llamada le había dolido. Así lo había delatado la mirada de sus ojos.

Por eso, reprimiendo su primer impulso de ir tras él, lo dejó marchar para dejarlo unos minutos solo.

Avanzaba a grandes pasos sobre el césped que con tanto placer había segado hacía apenas unas horas, camino de la hilera de rocas que separaba la propiedad de la bahía.

Era otra de las razones por las que se había sentido arrastrado a ese sitio. Por la combinación de naturaleza salvaje y serenidad.

Iba con él, supuso mientras hundía aún más las manos en los bolsillos. Por fuera era un hombre alegre y relajado, pero, aunque a menudo la alegría era también interior, no era extraño que por dentro se sintiese acosado por un enjambre de inquietudes.

Se sentó sobre una roca y miró hacia el agua. Miraba las gaviotas y las olas. Y esperaría hasta sentirse relajado de nuevo.

Suspiró profundamente y dio gracias a Dios porque no le hubiera confiado sus sentimientos a Morgana. Había bastado una llamada telefónica para recordarle que el amor no tenía cabida en su vida.

Había estado a punto de cometer el error de decirle que la amaba. De empezar a hacer planes. Había estado a punto de fastidiarla. Seguro que la habría fastidiado.

Leeanne, pensó al tiempo que soltaba una amarga risotada. Claro que sí, le mandaría el dinero y desaparecería de su vida. De nuevo. Hasta que el dinero se le acabase.

Y así una y otra vez hasta el final de sus días.

-Qué rincón más agradable -comentó Morgana con suavidad, por la espalda de Nash.

No se sobresaltó. Nada más que suspiró. Era normal que lo hubiese seguido y suponía que le debía algún tipo de explicación.

Se preguntó que podría inventarse. ¿Debía decirle que Leeanne era una antigua amante a la que había apartado de su lado, pero que no se dejaba apartar del todo? ¿O improvisaría alguna historia entretenida en la que la esposa de algún mafioso con la que había tenido una breve aventura lo estaba chantajeando?

También podía decir que Leeanne era la viuda de su mejor amigo y que, falta de recursos económicos, le pedía dinero de vez en cuando.

Cualquier cosa menos la verdad.

Morgana le acarició el hombro mientras tomaba asiento a su lado. No preguntó ni dijo nada. Solo miró hacia la bahía, igual que él. Esperando. Oliendo la noche y la fragancia de las rosas.

Nash estaba deseando volverse y hundir la cabeza en el pecho de ella. Sujetarla y dejarse abrazar hasta que aquella ira impotente se desvaneciese.

Y estaba seguro de que, por muy ingenioso que fuese, Morgana solo creería la verdad.

-Me gusta este sitio -respondió Nash por fin, como si no hubiesen transcurrido varios largos y silenciosos minutos desde el comentario de Morgana-. En Los Angeles solo tenía edificios delante de mi casa. Creo que no me di cuenta de lo atrapado que me sentía hasta que me mude aquí.

-Todos nos sentimos atrapados de tanto en tanto, vivamos donde vivamos -Morgana apoyó una mano sobre el muslo derecho de Nash-. Cuando me siento así, me voy a

Irlanda. Ando por una playa vacía y pienso en toda la gente que ha paseado por allí antes y pasará después. Entonces comprendo que nada dura eternamente. Por malo o bueno que sea, todo pasa y va cambiando... Habla conmigo, Nash. Puede que no pueda ayudarte, pero te puedo escuchar -se ofreció con voz suave y una mirada reconfortante.

-No hay nada que decir.

-Así que puedo entrar en tu cama, pero no puedo compartir tus pensamientos.

-Maldita sea, lo uno no tiene nada que ver con lo otro -protestó Nash, que se negaba a que lo presionaran, a que lo obligasen a revelar partes de él que prefería mantener ocultas.

-Entiendo -Morgana tuvo la tentación de usar sus poderes para tranquilizar el espíritu de Nash; pero supo que no era lícito. Y supo que usar la magia para cambiar los sentimientos acabaría hiriendo a los dos-. Está bien. Me vuelvo al jardín.

Se levantó. Sin recriminaciones, sin broncas. Nash habría preferido cualquier cosa antes que aquella reacción fría. Cuando ya iba a dar el primer paso, el agarró la mano. Morgana se giró y lo miró a la cara en silencio.

-Leeanne es mi madre.

# 10

Su madre.

Solo la angustia que reflejaban los ojos de Nash superaba el asombro de ella. Recordó la frialdad con que había hablado con Leeanne, la crispación de su rostro nada más descolgar y, sin embargo, la mujer que lo había llamado era su madre.

¿Qué podía hacer que un hombre sintiese tal aversión hacia la mujer a la que le debía la vida?

Pero el hombre era Nash. De modo que, por incomprensible que le resultara, trató de comprenderlo mientras observaba la expresión de su cara.

Una expresión dolorida. De repente, los velos de la arrogancia, la confianza y el buen humor habían caído al suelo. El corazón se le encogió de pena, pero sabía que eso no aliviaría el dolor de Nash. Deseó tener la habilidad de Anastasia para poder absorber parte de su sufrimiento.

En lugar de eso, volvió a sentarse a su lado, sin retirar la mano que Nash le había tendido. No sería empática, pero podía ofrecerle apoyo y amor.

-Cuéntame.

¿Por donde empezaba?, se preguntó Nash. ¿Cómo le iba a explicar a Morgana lo que ni siquiera él mismo comprendía?

Bajó la mirada hacia la unión de sus manos, enlazadas con firmeza y, por primera vez en toda su vida, desaparecieron sus recelos a compartir esa penosa parcela de su vida.

-Supongo que tendrías que haber conocido a mi abuela. Era... intransigente -dijo Nash tras buscar una palabra suave con la que definirla-. Esperaba que todos actuaran conforme a sus caprichos... Se quedó viuda cuando Leeanne tenía solo diez años. Mi abuelo tenía un seguro de vida, de modo que no le faltó dinero tras su muerte. Pero era una tacaña mezquina, una de esas personas que no saben disfrutar de la vida.

Se quedó en silencio, mirando las gaviotas planear sobre el agua. Morgana no dijo nada. Esperó.

-El caso es que, por duro y triste que suene, le gustó convertirse en la viuda del señor Kirkland, para educar a sus dos hijas sin tener que dar cuentas a nadie. Supongo que fue muy estricta con ellas... pero Leeanne le salió rebelde y a los dieciseis años se había quedado embarazada sin tener ni idea de quien era el padre -prosiguió Nash, encogiéndose de hombros.

-¿La culpas por eso? -preguntó Morgana.

-¿Por eso? -Nash la miró con ojos turbios de resentimiento-. No, por eso no. Su madre debió de hacerle la vida imposible durante los siguientes nueve meses. Según quien diera su versión, Leeanne era una pobre chica solitaria castigada con severidad por un pequeño desliz, o mi abuela era una santa que tenía que cargar con los pecados de su hija. Para mí, se trata de dos mujeres egoistas que solo se interesaban por sí mismas.

-Solo tenía dieciseis años, Nash -comentó Morgana con cautela.

-¿Y eso lo justifica todo? -replicó enojado-. Como solo tenía dieciseis años, podía tirarse a tantos chicos que al final no supo ni quien la había dejado embarazada, ¿es eso?

Como solo tenía dieciseis años, tenía derecho a abandonarme con una viuda amargada dos días después de darme a luz y a no llamarme ni escribirme en veintiseis años, ¿no?

La crudeza de la situación le desgarró el corazón a Morgana. Quiso abrazarlo y sujetarlo hasta que lo peor hubiese pasado, pero Nash se levantó cuando ella trató de acercarse.

-Necesito pasear -dijo él.

No tardó el decidirse. Podía dejar que Nash combatiera solo su dolor o compartirlo con él. Antes de que diese tres pasos, lo alcanzó y le dio la mano.

-Lo siento, Nash.

-No, perdoname tú a mí. No tengo por qué pagarlo contigo.

-Puedo soportarlo -Morgana le acarició una mejilla.

Pero Nash no estaba seguro de que él pudiera soportarlo. Nunca le había contado esa historia a nadie y hacerlo entonces le dejaba un regusto amargo en la boca. Respiró profundamente y prosiguió:

-Me quedé con mi abuela hasta los cinco años. Entonces, mi tía Carolyn se casó con un militar insoportable. Pasé los siguientes años trasladándome de una base a otra con ellos. Era un cerdo, que solo me soportaba porque Carolyn se echaba a llorar cada vez que él se emborrachaba y amenazaba con devolverme con la abuela.

Morgana podía imaginarse al pequeño niño en el medio, controlado por todos, sin pertenecer a nadie.

-Odiabas esa vida.

-Sí, supongo que esa es la clave. No sabía por qué, pero odiaba mi vida. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que Carolyn era tan inestable como Leeanne, a su manera. Tan pronto me colmaba de atenciones como no me hacía ni caso un segundo después. Poco después de cumplir yo ocho años, se quedó embarazada y me devolvió con mi abuela.

Morgana sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de indignación ante la imagen de aquel niño indefenso e inocente, zarandeado de un lado para otro por personas que nunca lo habían amado.

-La vieja nunca me miró como si fuera una persona, ¿sabes? -musitó Nash, como si estuviera hablando para sí mismo-. Me dolía tanto que no dejase de recordarme que cada latido de mi corazón se debía a que una chica rebelde y alocada había cometido un error.

-No -dijo Morgana desolada-. No es verdad.

-Puede, pero esas cosas te marcan. No paraba de gritarme lo vago, intratable y perverso que era -Nash esbozó una risa melancólica-. Claro que no la extrañaba, teniendo en cuenta cómo me habían concebido.

-Era una mujer horrible -espetó Morgana-. No te merecía.

-En eso estaba ella de acuerdo. Repetía una y otra vez que ella no se merecía un castigo así y que tenía que sentirme agradecido porque me daba comida y un techo donde dormir... hasta que a los once años me empezó a dejar en casas de adopción - prosiguió Nash-. Algunas familias estaban bien. Pero en otras solo te querían por el cheque que les daban a cambio todos los meses. Si tenías suerte, te acogían en un hogar de verdad. Recuerdo las navidades que pasé con los Henderson... Eran fantásticos: me trataban igual a que a sus propios hijos. Hasta había regalos para mí debajo del árbol de Navidad. No podía creérmelo: me habían regalado una bici. El señor Henderson la había comprado de segunda mano y la había arreglado en su taller. La pintó de rojo, le engrasó la cadena y le cambió las zapatas de los frenos. Invirtió mucho tiempo en hacer de esa bici algo especial... aunque yo no sabía montar.

-No es razón para avergonzarse -lo defendió Morgana.

-Está claro que nunca has sido un chico de once años. Es muy difícil pasar de niño a adolescente si no sabes manejar una bici. El caso es que me hice el despistado, puse

excusas para no montar: que tenía deberes, que me había torcido el tobillo, que parecía que iba a llover –relató Nash-. Aunque me las ingeniaba bien, la señora Henderson adivinó lo que ocurría. Un día me despertó temprano, antes de que se levantaran los demás y me enseñó a montar. Me sujetó al sillín mientras corría a mi lado. Me hizo reír cuando me caía. Y me aplaudió cuando por fin aprendí a no perder el equilibrio. Nadie me había... -dejó la frase incompleta, emocionado por la intensidad de los recuerdos.

-Tenían que ser una gente estupenda –comentó Morgana, igualmente conmovida.

-Sí, estuve seis meses con ellos. Probablemente los mejores seis meses de mi vida –comentó Nash-. El caso es que mi abuela me reclamó y me obligaron a volver con ella. Desde entonces, empecé a contar los días que me faltaban para cumplir dieciocho años y poder largarme.

-¿Y qué hiciste?

-Quería comer, así que trabajé en un par de sitios –Nash la miró, en esta ocasión con una veta de humor en los ojos-. Vendí seguros durante una temporada.

-No me lo imagino –repuso ella, sonriente.

-Yo tampoco podía. No duré mucho. Supongo que al final le tengo que estar agradecido a la abuela: cada vez que me sorprendía escribiendo, me pegaba un cachete, así que cada vez escribía con más dedicación. Por llevarle la contraria.

-¿Perdona? –estaba convencida de que no había oído bien-. ¿Te pegaba por escribir?

-No me parecía muy moral el tema de los cazadores de vampiros –repuso Nash con sequedad-. Acabé yéndome a Los Ángeles y conseguí un trabajo para ayudar con los efectos especiales de una película de bajo presupuesto. Poco a poco, fui conociendo a la gente adecuada y un buen día logré vender el guión de *Mutante*. Mi abuela murió durante el rodaje. No fui a su funeral.

-Si esperas que te critique por eso, lamento decepcionarte.

-No sé lo que espero –murmuró él. Se detuvo bajo un ciprés y se giró hacia Morgana-. Tenía veintitres años cuando la película triunfó. De pronto, todo me iba viento en popa. Recibí una nominación a los Globos de Oro por mi siguiente guión, las agencias comenzaron a llamarme... Y también mi tía: su marido se había estancado en el rango de sargento y tenían tres hijos a los que quería mandar a la universidad. Después vino Leeanne –añadió con rencor.

-Te llamó –dijo Morgana.

-No. Se presentó en mi casa de repente. Habría sido gracioso si no hubiera sido tan patético. Esa desconocida se plantó delante de mi puerta y me dijo que era mi madre. Lo peor de todo es que nos parecemos. Me entraron ganas de cerrarle la puerta en las narices cuando me empezó a contar la triste historia de su vida. Sin decírmelo, yo oía que me acusaba de haberle arruinado la adolescencia. Acababa de divorciarse por segunda vez y no tenía dinero. Así que le extendí un cheque.

Cansado, se sentó bajo el ciprés y Morgana se arrodilló a su lado.

-¿Por qué le diste el dinero? –preguntó ella.

-Era lo que ella quería. Y yo tampoco tenía otra cosa que ofrecerle. El primer cheque le duró casi un año. Entre medias, recibí varias llamadas de mi tía, o de alguno de mis primos –explicó Nash-. Con el paso de los meses, uno cree que por fin puede mirar hacia delante. Si es preciso para librarme de ellos es pagar unos miles de dolares de vez en cuando, el trato no es tan malo.

-¡No tienen derecho! –exclamó Morgana, acalorada-. ¡No tienen derecho a aprovecharse de ti!

-Tengo bastante dinero.

-No me refiero al dinero. Estoy hablando de ti.

-Ellos me recuerdan quién... qué soy –se corrigió Nash.

-Ni siquiera te conocen –dijo ella furiosa.

-No, y yo no les conozco a ellos. Aunque eso no importa demasiado. Tú sabes de legados Morgana. De lo que se hereda de generación en generación. Tu herencia es la magia; la mía, el egoísmo.

-Heredemos lo que heredemos, cada uno puede decidir si aceptarlo o rechazarlo - observó Morgana-. Tú no te pareces nada a la gente de la que provienes.

-Más de lo que crees -repuso él-. Yo he tomado mis decisiones. Puede que haya dejado de correr de un lado para otro, porque no conduce a ninguna parte. Pero sé quién soy. Y soy alguien que está mejor solo. En mi futuro no hay ninguna familia, Morgana. Porque yo me niego. De vez en cuando extendo un cheque y cierro la puerta al pasado. No quiero ataduras, ni obligaciones, ni compromisos.

No estaba dispuesta a discutir con él. Ya le demostraría en otra oportunidad lo equivocado que estaba. El hombre que la estaba abrazando en esos instantes podía ser tierno, generoso, dulce... nada de lo cual le había sido dado. Nash lo había encontrado por su cuenta.

Pero ella sí podía darle algo. Aunque fuera por un tiempo.

-No tienes que contarme quién eres, Nash -le dijo Morgana, acariciándole el pelo-. Yo ya lo sé. Nunca te pediré nada que no puedas darme. Ni te quitaré nada que no quieras darme tú. Te lo juro -sentenció, mirándolo a la cara y apretando con la mano su amuleto de la media luna.

-Morgana...

-Hay algo que quiero darte -prosiguió ella-. ¿Confías en mí?

Nash asintió y, de pronto, sintió un sopor profundo y agradable. Sus músculos se relajaron y los párpados comenzaron a pesarle. Creyó oír su nombre a lo lejos y, por fin, se quedó dormido.

Al despertar, el sol brillaba luminoso. Los pájaros trinaban y el mar azotaba las rocas de la bahía. Desorientado, Nash se incorporaba y veía un prado de mariposas y flores salvajes. Las abejas zumbaban perezosamente y el viento susurraba sobre el césped.

Nash se sentía plétórico. Miraba en derredor la vasta extensión de césped y flores. Arriba, el cielo estaba pintado con el azul intenso de la primavera.

Entonces notaba una especie de brisa en su interior, como la que sobrevolaba el césped. Un sople de paz. Sí, se sentía totalmente en paz consigo mismo.

Y oía aquella música. La arrebatadora música de un arpa. Echaba a andar, sonriente, entre las flores y las mariposas.

La encontraba en los bancos del arroyo. El sol destellaba en el agua. La falda blanca rozaba el césped. Un sombrero de ancho vuelo ensombrecía su cara. Sujetaba un arpa dorada con un brazo y acariciaba las cuerdas con los dedos, desprendiendo aquellas notas deliciosas que flotaban en el aire.

-¿Qué haces? -le pregunta él.

-Esperarte. ¿Has descansado bien?

Nash se acercaba a ella y posaba una mano sobre su hombro derecho. Era real. Podía notar el calor de su piel a través de la seda.

-¿Morgana?

-¿Nash? -respondía ella, sonriente.

-¿Dónde estamos?

-En nuestros sueños -contestaba ella. Luego dejaba el arpa y le agarraba las manos-. Si quieres estar aquí, podemos quedarnos un rato. Si quieres estar en algún otro sitio, podemos ir también.

-¿Por qué?

-Porque lo necesitas -respondía Morgana después de besarle las manos-. Porque te quiero.

-¿Esto es real? -preguntaba él sonriente, sin sentir pánico ni recelo alguno.

-Puede serlo. Si tú quieres -Morgana le acariciaba la mejilla y una chispa de deseo saltaba al aire-. Si me quieres.

-¿Estoy hechizado, Morgana? -preguntaba Nash mientras le quitaba el sombrero.

-No más que yo -contestaba ella-. Te quiero. Ámame aquí, Nash como si fuese la primera vez. La última vez, la única -añadía boca contra boca.

¿Cómo podía resistirse? Si era un sueño, adelante con él. Lo único que importaba era que Morgana lo estaba abrazando y tentando con sus labios.

Era todo lo que un hombre podía desear, y se estaba fundiendo contra su pecho. Su cuerpo parecía mullido como un colchón de plumas mientras la recostaba sobre el césped.

Donde quiera que estuviesen, el tiempo se había detenido y podía gozar demorándose en los detalles: en la suavidad del cabello de Morgana, ahuecado por el viento; en el néctar de sus comisuras sonrientes, el sabor de su cuello. Morgana se aferraba a él con destreza y sus plácidos suspiros remansaban el aire.

Nash no podía saber lo sencillo que había sido, pensó Morgana mientras bebía de la boca de él. Con lo diferentes que eran, sus sueños eran los mismos. Y durante una hora o dos podrían compartirlos sin preocupaciones.

-Quiero que sea real -decía Nash al separar los labios, mirándola sonriente.

-Puede serlo. Lo que quiera que desees de nuestra relación, puede ser real.

Nash volvía a probar su boca y comprobaba que era real, como lo era el sentimiento que le inundaba el pecho mientras enlazaba su lengua a la de Morgana, cuyo corazón latía con fuerza, al mismo ritmo que el de él.

Entonces la desnudaba, despacio, muy despacio, para estirar el momento lo máximo posible. Su piel era sedosa como la piel. La miraba mientras sus dedos la recorrían. Luego se inclinaba y rozaba los labios contra sus pechos. De miel y pétalos de rosa.

Excitaba su carne con besos delicados, circulares, hasta coronar las cumbres de sus montes. Las chupaba, sabiendo por los gemidos de ella, que ya le había llevado a ese punto embriagador entre el dolor y el placer.

Entonces la poseía, sin dejar de saborear su cuerpo con los dientes y la lengua. Le acariciaba el cabello con fuerza, mientras Morgana arqueaba el cuerpo, se ponía rígida, notaba las primeras sacudidas.

-¿Cómo puedes...? -preguntaba ella estremecida, después de hacerla desbordarse una primera vez.

-Es magia -bromeaba Nash-. Déjame que te enseñe.

Y le descubría cotas de placer que jamás había experimentado. Morgana recorría el cuerpo de él con manos y labios. Los dos temblaban y suspiraban. Encendida por la necesidad, Morgana le quitaba la camisa para sentir el calor de su pecho, los latidos acelerados de su corazón.

El éxito del hechizo quedaba rubricado con cada nuevo beso. Posesiva, persuasiva, deslizaba los dedos por los músculos de Nash, el cual incrementaba la presión y frecuencia de las arremetidas, apretando los dientes y los puños hasta hacerla gritar extasiada.

Sí, entrelazados en un abraso de manos y piernas y respiraciones, entrecortadas, hizo que Nash traspasara los límites de la razón y lo dejó desplomado sobre la cama.

Morgana suspiró. Le había dado paz y había recibido un placer inmenso. Pero había roto una de sus reglas más firmes, manipulando los sentimientos de Nash.

Quizá se había equivocado, pero nunca se arrepentiría.

-Morgana...

-Duerme –susurró ella, sonriente-. Duerme...

La buscó en la oscuridad, pero la cama estaba vacía. Abrió los ojos adormilado. Estaba en la cama, en su propia cama, y la escasa luz que se filtraba por la ventana anunciaba el amanecer.

-¿Morgana? –la llamó Nash, aun estando seguro de que ella no estaba allí.

¿Había sido todo un sueño?, se preguntó mientras se zafaba de las sábanas arrugadas. En tal caso, nada le había parecido jamás tan real, tan nítido e importante.

Se acercó a la ventana para que el aire fresco de la mañana le despejara la cabeza.

Habían hecho el amor, insuperablemente, en un prado junto a un arroyo.

No, era imposible. Lo último que recordaba era haber estado sentados bajo un ciprés, charlando de...

Dio un respingo. Se lo había contado todo. Le había confiado la turbia historia de su vida. ¿Por qué diablos lo había hecho? Empezó a dar vueltas por el dormitorio al tiempo que se mesaba el cabello.

Maldijo la llamada telefónica de Leeanne. Pero luego recordó que esa llamada había evitado que cometiera un error peor aún.

Habría sido horrible si le hubiese dicho que la amaba. Prefería haberle contado las penas de su infancia y adolescencia. Al menos no concebiría falsas esperanzas acerca del destino al que estaba abocada su relación con ella.

Y, sobre todo, lo había hecho y ya no había marcha atrás...

Pero, luego, luego se había sentado y... ¿se había quedado dormido?

El sueño. ¿De veras había sido un sueño? Lo recordaba con tal precisión de detalles que casi podía oler las flores. Y sus dedos conservaban todavía el tacto de todas las caricias que había deslizado por el cuerpo de Morgana. Se había sentido como si todo lo que había ocurrido en su vida hubiese estado encaminado a ese momento glorioso, en el que podía yacer en el césped junto a la mujer que amaba y sentir la paz de pertenecer a alguien y seguir solo.

Ilusiones. Meras ilusiones, se repetía a medida que el pánico iba haciendo presa de Nash. Simplemente, se había quedado dormido en el árbol.

¿Pero cómo había despertado, entonces, en su habitación?

Todo había sido cosa de Morgana. Absolutamente todo. Pero no la iba a dejar que se escapara tan campante. Pensó en ir tras ella, pero el cansancio lo hizo caer sobre la cama.

Podía recordar la paz, la serenidad y la calma que había sentido al despertar en el prado y caminar entre las flores hasta encontrarla sonriente, tocando el arpa...

Y Morgana le había dicho que lo quería.

Se llevó las manos a la cabeza, por miedo a que se le desencajara de las vueltas que le estaba dando. Quizá se lo había imaginado todo. Hasta a Morgana. Quizá estaba en su antiguo apartamento de Los Ángeles y acababa de despertar del sueño de los sueños.

Después de todo, él no creía en brujas ni hechizos. Sin embargo, al echarse la mano al pecho, se encontró la cadena con la amatista que Morgana le había regalado.

¡Claro que creía en brujas y hechizos! Morgana era real, y lo amaba. Lo peor de todo era que él también la amaba a ella.

Y no quería. Era una locura. Pero era así. Estaba tan enamorado que no podía pasar una hora sin evocarla, sin deseársela, sin imaginar que, tal vez, podría funcionar.

Necesitaba repasarlo todo con detenimiento, paso a paso.

Deslumbrado. Estaba deslumbrado por esa mujer. Pero de ahí a amarla distaba un gran trecho. Y no lo extrañaba estar deslumbrado, pues se trataba de una mujer cautivadora.

Uno podía despertar todas las mañanas con una sonrisa en los labios sabiendo que Morgana le pertenecía...

Nash interrumpió su fantasía disgustado. ¿En qué demonios estaba pensando?

En ella, se respondió. No hacía otra cosa más que pensar en ella.

Tal vez lo mejor sería hacer un viaje a cualquier sitio para expulsarla de su cabeza, aunque algo en su interior le decía que no lograría olvidarla por más distancia que interpusiera entre ambos.

Porque no era un mero deslumbramiento, sino que se trataba de la gran palabra de cuatro letras. No era lujuria, sino amor.

Morgana había hecho que se enamorase de ella.

Entonces lo pensó. ¡Exacto!, ¡ella era bruja!, ¿cómo no se le había ocurrido antes que podía estar bajo la influencia de un hechizo?

En parte le parecía una idea absurda, pero la parte que temía comprometerse se aferraba a esa posibilidad. Cuanto más la consideraba, más oscuros se tornaban sus pensamientos.

En cuanto amaneciera, se dijo, se vería las caras con la bruja. Se libraría de su influencia y conseguiría tener la situación como él quería.

Bajo control.

# 11

Se le hizo raro no ir a abrir la tienda el lunes por la mañana. Aunque necesitaba reposar, pues estaba cansada, tanto física como mentalmente. Llamó a Mindy para aliviar su conciencia y ésta accedió a abrir la tienda al mediodía.

No le importaba tomarse un día libre. Pero habría preferido elegir otro en el que se encontrara mejor. Bajó las escaleras, embutida en su bata, con el peso de aquella noche en vela sobre sus espaldas.

La situación se le había ido de las manos. Entró en la cocina para prepararse un té y suspiró. En realidad, nunca había estado en sus manos.

Se llevó una mano al estómago y se acercó a la ventana mientras la tetera se calentaba.

Tuvo la sensación de que se avecinaba una tormenta, aunque quizá se debiera dicha impresión a su estado de agitación. Luna se acercó a su ama, notó su tensión y se marchó.

Ella no había elegido enamorarse. Desde luego, no había elegido sentirse barrida por esa avalancha de emociones profundas y ver su vida cambiada por completo.

Aunque el destino siempre dejaba tomar algunas decisiones. Y ella había tomado la suya.

No sería fácil, pero pocas cosas importantes lo eran.

Se giró hacia la tetera y, cuando apenas se había enfriado la infusión, oyó que alguien entraba en casa.

-¡Morgana!

Suspiró resignada y sirvió dos tazas más al ver a sus primos irrumpir en la cocina.

-¡Lo ves? -le dijo Anastasia a Sebastian-. Estaba segura de que no se encontraba bien.

-Estoy bien -saludó Morgana.

-Lo que yo decía -terció Sebastian-. Solo estás un poco nerviosa. Aunque estabas emitiendo unas señales tan altas, que me has sacado de la cama.

-Lo siento -Morgana le ofreció una taza-. Supongo que no quería estar sola.

-No estás bien -insistió Anastasia.

-No he dormido apenas y ahora lo estoy pagando, nada más -mintió Morgana.

Sebastian ya había reparado en la palidez de su cara y en las sombras que había debajo de sus ojos. Intuía algo más, débilmente, pero Morgana lo estaba bloqueando.

-¿Problemas en el paraíso? -preguntó con sarcasmo suficiente para desbloquear las defensas de su prima.

-Puedo arreglarmelas sola, gracias.

-No la provoques, Sebastian -lo recriminó Anastasia-. ¿Has discutido con Nash?

-No -repuso Morgana mientras se sentaba-. Pero me tiene preocupada. Ayer me contó unas cuantas cosas sobre su familia.

Como confiaba en ellos, les puso al corriente de todo, desde la llamada de Leeanne hasta que se habían sentado bajo el ciprés. Lo que había ocurrido a continuación solo les pertenecía a Nash y a ella, de modo que se lo calló.

-Pobrecillo -murmuró Anastasia-. ¡Qué horrible tiene que ser sentirte tan solo y desamado!

-Es incapaz de amar -añadió Morgana-. ¿Como culparlo por tener miedo de confiar en sus sentimientos?

-Tú lo haces -observó su primo.

Le lanzó una mirada basilisca a Sebastian, aunque no tenía sentido insultarlo por ser tan perceptivo.

-En realidad no lo culpo. Me duele, me apena, pero no lo culpo -se defendió Morgana-. Es que no sé como amar a alguien que no puede o no quiere corresponderme.

-Necesita tiempo -apuntó Anastasia.

-Lo sé. Estoy tratando de averiguar cuánto tiempo puedo darle. Le juré que no le quitaría nada que él no quisiera entregarme -Morgana carraspeó-. Y no incumpliré mi palabra -añadió emocionada.

Descuidó sus defensas. Sebastian la agarró una mano y la miró concentrado.

-¿Dios mio, Morgana! Estás embarazada.

Furiosa por aquella intromisión en su intimidad, se levantó con animo belicoso... pro lo miró a los ojos y vio que estaba sinceramente preocupado por ella.

-¡Maldita sea, Sebastian! Esta noticia nos gusta comunicarla a las mujeres.

-Sientate -le ordenó él.

-¿De cuanto estás? -preguntó Anastasia.

-Desde el equinoccio de primavera -Morgana suspiró-. No he estado segura hasta hace unos días.

-¿Estás bien? Déjame ver -Anastasia colocó una mano sobre el vientre de su prima, notó el pulso que latía en sus entrañas, el caudal de sangre de aquella nueva vida-. Estás bien. Los dos lo estais -añadió sonriente.

-Sigo pensando que debería sentarse o tumbarse hasta que recupere el color -insistió Sebastian, con el ceño fruncido. La idea de que Morgana, su compañera favorita de peleas, estuviera frágil y embarazada lo inquietaba.

-¿Te vas a poner en plan protector conmigo? -Morgana rio y se inclinó para darle un beso-. Espero que sí -añadió, al tiempo que se sentaba.

-Estando el resto de la familia en Irlanda, no quedamos más que Ana y yo para cuidarte.

-¿Y que te hace pensar que necesito que me cuiden? -lo provocó Morgana.

-Soy el mayor de los tres -le recordó Sebastian-. Y quiero saber que intenciones tiene Nash.

-¡Dios, Sebastian! -Ana sonrió-. Ni que estuviéramos en el medievo. ¿Pretendes perseguirlo por haberse acostado con tu prima?

-No entiendo por qué os hace tanta gracia -protestó él-. Para empezar, Morgana, ¿quieres estar embarazada?

-Estoy embarazada.

-Sabes de sobra a que me refiero -replicó Sebastian.

-Solo he tenido un par de días para pensarlo -contestó Morgana despuñes de suspirar-. Pero he pensado mucho. Soy consciente de que puedo deshacer lo que he hecho, sin tener que avergonzarme de nada. Ya sé que no te gusta la idea, Ana...

-Es tu decisión -dijo esta.

-Sí. Tomé medidas para que esto no ocurriera, pero el destino ha querido pasar por encima de ellas. He mirado en mi corazón y creo que quiero tener este bebé -comunicó Morgana, sonriente-. Ahora, con este hombre. Por muy confundida que me sienta, por más miedo que me dé, sí, quiero estar embarazada -sentenció.

-¿Y Nash?, ¿qué piensa él? -ahondó Sebastian. No necesitó más que un segundo para darse cuenta-. ¿Cómo es posible que no se lo hayas dicho? -exclamó.

-Deja de leer mis pensamientos o te juro que te convierto en una babosa -lo amenazó Morgana con una mirada afilada.

-Contesta -la presionó él.

-Hasta hace nada no estaba segura de lo que yo misma quería -Morgana se puso de pie-. Y, después de lo de ayer, no podía soltarse una noticia así.

-Tiene derecho a saberlo -opinó Ana con serenidad.

-Ya lo sé. Y voy a decírselo -repuso Morgana, con las manos cerradas en un puño-. Cuando esté preparada para hacerlo. ¿Creéis que me gusta atarlo de este modo? -añadió mientras dejaba resbalar una lágrima por su mejilla.

-No es seguro que vaya a sentirse atado -comentó Sebastian, que ya había decidido que si Nash se sentía así, le rompería varios huesos para ayudarlo a sentirse más suelto.

-Sebastian tiene razón -Ana se levantó y abrazó a su prima-. Tiene derecho a saberlo y tomar su propia decisión, igual que tú has tomado la tuya.

-Lo sé -Morgana apoyó la cabeza sobre un hombro de Ana-. Esta misma mañana iré a contárselo.

-Estaremos cerca -dijo Sebastian.

-Pero no demasiado, ¿vale? -acertó a bromear Morgana.

Le dio un puñetazo a la almohada. No paraba de soñar. Una y otra vez se le presentaban los sueños como escenas de un guión de cine. Se le aparecía Morgana, sonriéndole, prometiéndole lo increíble, haciéndole concebir esperanzas.

Veía a su abuela pegándole con una cuchara de madera y repitiéndole hasta el hartazgo que era un inútil.

Revivía los primeros minutos en bici, acompañado por la señora Henderson.

Leeanne se cortaba la muñeca para indicarle que llevaba la misma sangre y que le debía la vida, le debía, le debía...

Se levantó desesperado y se llevó las manos a la cara. Se estaba volviendo loco.

¿También eso formaba parte del plan de Morgana?

Salió de la cama y tropezó con los zapatos. Malhumorado, los apartó de una patada y se metió en la ducha. En cuanto recobrará un poco la compostura, iba a tener una pequeña charla con la Fabulosa Bruja de Monterrey.

Aún seguía bajo la ducha cuando Morgana aparcó frente a su casa. Había ido sola. Al prohibirle a Luna que la acompañase, la gata se había dado media vuelta y se había marchado indignada. Suspiró y se prometió que la compensaría. Quizá pudiera pasar por la pescadería a la vuelta y comprarle algo para que se diese un banquete de marisco.

Mientras tanto, debía preocuparse de su propio corazón.

Se miró en el espejo del retrovisor antes de salir y emitió un sonido de disgusto. ¿Qué la había hecho pensar que un poco de maquillaje podía ocultar los signos de la tensión y la preocupación?

Miró hacia la casa. No quería que Nash la viese así. Se negaba a soltarle esa noticia con aquel aspecto tan vulnerable.

Bastante gente había ya acosándolo.

Recordó que al principio lo había tomado por un vividor sin ataduras. Y quizá, durante largos periodos lo fuese. Al menos, esa era la imagen que él le había ofrecido. Si Nash tenía derecho a una fachada, pensó Morgana, entonces ella también.

Suspiró y pronunció un conjuro. Acto seguido, las ojeras desaparecieron y su tez cobró color. Cuando se apeó del coche, no quedaba ni rastro de la reciente noche de insomnio.

Podía soportar que el corazón le latiese desenfrenado, pero no permitiría que Nash descubriese lo asustada y enamorada que estaba.

-¡Un momento! –gruñó este después de qué Morgana llamara a la puerta. Bajó las escaleras descalzo y con el torso al descubierto-. ¿Qué pasa? –preguntó, malhumorado, al tiempo que abría la puerta. Entonces la vio y se quedó callado, mirándola.

Estaba fresca y bella como la mañana. Seductora y sexy como la noche.

-Hola –Morgana le rozó los labios en un beso fugaz-. ¿Te saco de la ducha?

-Ya iba a salir –repuso él-. ¿Por qué no estás en la tienda?

-Me he tomado el día libre –Morgana entró y trató de dar a su voz un tono relajado-.

¿Has dormido bien?

-Deberías saberlo, ¿no? –replicó Nash con agresividad-. ¿Qué me has hecho, Morgana?

-¡Qué? No te he hecho nada –dijo ella, forzándose a sonreír-. Si no me equivoco, necesitas una dosis urgente de café. ¿Quieres que te prepare un poco?

-Yo lo haré –rehusó Nash, agarrándola del brazo antes de que ella echase a andar hacia la cocina.

-Vale, ¿prefieres que vuelva más tarde? –preguntó Morgana la ver la furia que encendía los ojos de Nash.

-No, mejor lo aclaramos ahora.

¿Aclarar?, ¿por qué le parecía que aclarar equivalía a romper la relación?, se preguntó Morgana, destrozada. Lo dejó que entrase en la cocina con su café y ella fue al salón. Necesitaba sentarse.

No había esperado encontrarlo tan enfadado, tan frío. Igual que al hablar de Leeanne el día anterior. Y no había imaginado lo mucho que podía dolerle que la mirase con esa mezcla de distanciamiento y furia reservada.

Se levantó, incapaz de estarse quieta, y se llevó una mano al estómago para proteger la vida de la niña que ya crecía en su interior. Porque sería una niña. Lo había visto...

Nash regresó, con una taza humeante en la mano, y la encontró junto a la ventana. Su mirada parecía triste, dolida, vulnerable incluso.

Pero una bruja no podía ser vulnerable, ¿no?

-Tienes que regar las flores –comentó ella-. No basta con plantarlas. Necesitan cariño.

Dio un sobro de café y se abrasó la lengua. El dolor lo ayudó a superar el súbito impulso de correr hacia Morgana para abrazarla y borrar la tristeza que percibía en su voz.

-No me apetece hablar de flores.

-Ya –Morgana se giró y lo miró con firmeza-. Eso ya lo veo. ¿De qué te apetece hablar, Nash?

-Quiero la verdad. Toda.

-¿A qué te refieres?

-No te hagas la tonta. Ya basta de jueguecitos. Estoy harto –Nash empezó a dar vueltas por el salón-. Para ti todo ha sido una broma, ¿verdad? Desde el principio, desde que entré en tu tienda, decidiste que yo era un buen candidato. Mi escepticismo acerca de tus poderes te irritó y tuviste que darme una lección.

El corazón se le encogió, pero la voz salió con aplomo.

-¿Por qué no hablas claro? Si dices que te enseñé lo que soy, no puedo negarlo. No me avergüenzo de haberlo hecho.

Nash dejó la taza de café sobre la mesa. Se sentía traicionado porque la amaba. Porque ella lo había obligado a amarla. Y ahora que se lo estaba echando en cara, Morgana seguía impassible y encantadora.

-Quiero saber qué me has hecho –insistió él-. Y luego quiero que lo deshagas.

-Ya te he dicho que no...

-Mírame a los ojos –le ordenó Nash-. Mírame a los ojos y dime que no has usado tus poderes para que me sienta así.

-Así, ¿cómo?

-Maldita sea, estoy enamorado de ti. Te deseo constantemente. Pienso en el futuro y no me lo imagino sin tenerte a mi lado -admitió Nash, agarrándola de los brazos-. ¿Cómo lo has hecho?, ¿cómo has conseguido que empiece a pensar en casarme y formar una familia? ¿Querías jugar con un mortal hasta que te aburrieras de él?

-Soy tan mortal como tú -repuso Morgana, estupefacta-. Como, duermo, sangro cuando me corto. Envejezco. Siento.

-Tú no eres como yo -espetó Nash con desagrado.

-No. Es verdad. Soy diferente y no puedo hacer nada para cambiarlo. Ni lo haría a unque pudiese. Si tanto te cuesta aceptar que soy una bruja, suéltame y me iré.

-No te puedes ir dejándome así. Arréglalo. Deshaz el hechizo -le ordenó Nash.

-¿Qué hechizo?

-El que hayas usado. Conseguiste que te contara cosas que no le había confiado a nadie. Me has desnudado, Morgana. ¿No se te ocurrió pensar que jamás te habría hablado de mi familia y de mi pasado si no hubiese perdido la cabeza? -replicó Nash, al tiempo que la soltaba para no hacer nada de lo que pudiera arrepentirse-. Has manejado mis sentimientos a tu antojo.

-Yo nunca he manipulado tus sentimientos -arrancó Morgana, colérica.

-¿De verdad? -insistió él, receloso.

-Esta bien, reconozco que ayer usé mis poderes. Después de que me contaras todas esas cosas sobre tu madre y tu abuelo, quise proporcionarte un poco de paz.

-Así que me hechizaste.

-Me dejé guiar por los sentimientos. Está claro que me equivoqué, lo siento.

-¿Y ya está? ¡Genial! -Nash se metió las manos en los bolsillos-. ¿Y qué pasa con lo demás?

-¿Qué demás?

-¿Me vas a decir que no has manipulado mis sentimientos para que me enamore de ti y quiera empezar una nueva vida contigo? ¡Hasta tener hijos, por Dios! -exclamó él-. Sé perfectamente que eso no ha sido idea mía.

-¿Qué? ¿Insinúas que me he valido de la magia para que te sientas atraído hacia mí? -replicó Morgana, cuyo dolor solo era comparable con la indignación que la encolerizaba.

-¡Exacto!

-¡Burro descerebrado! -lo insultó iracunda-. Así que piensas que estás hechizado -añadió. Dominada por la furia, perdió las riendas de sus poderes y los libros de la casa empezaron a volar, lanzándose como misiles contra Nash.

-Mira, pequeña...

-No, mira tú, pequeño -atajó Morgana mientras hacía que un torbellino levantara los muebles del salón-. ¿Crees que malgastaría mis poderes con alguien como tú? ¡Maldito arrogante! Dame una sola razón para que no te convierta en el reptil que eres.

-Venga, Morgana -Nash trató de acercarse, pero ella lo tiró contra una silla con un dedo-. No te acerques a mí. Te juro que te convertiré en un cerdo como lo intentes. No sé como te atreves a poner nerviosa a una bruja sin escrúpulos como yo.

-Déjalo ya -dijo él con una voz admirablemente firme y calmada, aunque sin levantarse de la silla contra la que lo había incrustado con un solo movimiento del dedo-. Con esto no demuestras nada.

-Tienes razón. Mi genio, como mis sentimientos, ofuscan a veces mi entendimiento -concedió Morgana. Poco a poco se le fue pasando la furia y se fue sintiendo más dolida y desgraciada. Se dio media vuelta y el torbellino desapareció-. Así que no quieres estar enamorado de mí -añadió ella, después de darse la vuelta.

-No quiero estar enamorado de nadie -trató de convencerse Nash-. No es nada personal.

-Nada personal -repitió ella mirando por la ventana.

-Mira, Morgana, no apuestes por mí. Me gusta la vida que llevo.

-Te refieres a la vida que llevabas antes de conocerme, ¿verdad?

-No eres tú, soy yo. Y... maldita sea, no voy a quedarme aquí sentado, disculpándome porque no me gusta que me hechicen -Nash se levantó con cautela-. Eres una mujer hermosa y...

-¡Por favor! No te esfuerces en suavizarme la patada en el culo -dijo Morgana mientras se giraba para mirarlo a la cara.

Nash sintió que se le clavaba una estaca en el corazón. Morgana estaba llorando. No había nada, absolutamente nada, que deseara más que abrazarla y secarle las lágrimas beso a beso.

-Morgana, no. Yo no quería... -se quedó sin palabras al chocarse contra la pared. No podía verla, pero ella la había levantado y era tan sólida como si fuera de ladrillos y cemento-. Basta, así no solucionaremos nada... No soporto verte llorar -gritó con impotencia.

Sabía que el corazón le estaba sangrando. Morgana quería odiarlo, necesitaba odiarlo para vengarse de cómo la había humillado.

-No te preocupes por mí -dijo ella-. Tú quieres recuperar tu libertad, ¿verdad?

De haber podido, habría derrumbado la pared para abrazarla.

-¡Maldita sea!, ¿es que no ves que no sé lo que quiero?

-Sea lo que sea, no soy yo. Ni lo que hemos hecho juntos. Te prometí que no te quitaría nada que no quisieras darme. Y yo nunca incumplo mi palabra.

-Déjame tocarte -le pidió Nash, apresado por el pánico de perderla.

-Si pensaras en mí como una mujer, lo haría -Morgana apoyó una mano sobre la pared invisible que los separaba-. ¿Crees que porque soy lo que soy no necesito que me amen como cualquier hombre ama a una mujer?

-Quita esta maldita pared -gritó Nash, desesperado.

Pero era la única defensa que ella tenía.

-Nuestros caminos se cruzaron y supongo que nadie tiene la culpa de que haya llegado a quererte tanto -dijo Morgana, al tiempo que memorizaba la imagen de Nash con la cabeza y el corazón para poder conservarla de por vida-. Puede que te haya absorbido. Nunca había estado enamorada antes, así que no puedo estar segura. Pero te juro que no lo he hecho adrede. No quería hacerte daño.

-Morgana, por favor.

-Pero puedes confiar en lo que te digo -prosiguió ella-. Cualquier lazo que te una a mí queda roto a partir de este instante. Cualquier sentimiento que te haya provocado mediante mis poderes, los hago desaparecer. Te libero de mí y de lo que hemos hecho... Eres más de lo que piensas. Pero menos de lo que podrías ser -finalizó con voz serena, sin que las lágrimas dejaran de escurrirle por las mejillas.

-¡Morgana, no te vayas así! -suplicó él, con el corazón en un puño.

-Al menos tengo derecho a una salida dramática, ¿no te parece? -repuso Morgana. Aunque estaba a varios metros de distancia, Nash habría jurado que notó el roce de sus labios-. Suerte -le deseó.

Y luego desapareció.

# 12

No tenía duda de que se estaba volviendo loco. Día tras día rondaba por su casa y el jardín. Noche tras noche daba vueltas nervioso en la cama.

¿No le había dicho que lo había liberado? Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar en ella?, ¿por qué no podía olvidar el dolor que había visto en sus ojos y las lágrimas que habían caído por sus mejillas?

Después de una semana, se rindió y fue a su casa. La encontró vacía. Se dirigió a la tienda y Mindy lo informó con frialdad de que se había marchado, sin indicarle adónde ni cuando regresaría.

Trató de convencerse de que así era mejor. Podría retomar su antigua vida. Pero mientras paseaba por la playa, se imaginaba cómo sería ir de la mano de Morgana, con un pequeñajo correteando al lado.

Para distanciarse volvió a Los Ángeles durante unos días.

Quería pensar que se sentía mejor, distraído por el ruido y la multitud. Quedó con su agente para elegir los posibles actores de la película. Fue a pubs para reírse y escuchar música. Y se preguntó si no había cometido un error al salir de esa ciudad.

Pero, tres días más tarde, su corazón añoraba el canto del viento y el arrullo del agua. Y a Morgana.

Volvió a la tienda y trató de sonsacarle alguna información a Mindy, pero la dependienta no se dejó vencer por sus ruegos.

Finalmente, decidió aparcar frente a la casa de Morgana y hacer guardia desde el coche. Hacía ya casi un mes y en algún momento tendría que regresar.

La estaba esperando. Tenía que reconocer que era eso lo que estaba haciendo. Y no para mantener una conversación racional, sino para suplicarle, prometerle, luchar, hacer lo que fuera necesario para que Morgana volviese a formar parte de su vida.

Se llevó la mano a la cadena que esta le había regalado y trató de convocarla. Al fin y al cabo, estaba desesperado, y era mejor que poner un anuncio en la sección de relaciones personales. Cerró los ojos y se concentró:

-Sé que puedes oírme si quieres. No puedes expulsarme así de tu vida. Que yo me portara como un idiota no es razón para que...

De pronto notó la presencia de alguien. Abrió los ojos y se encontró frente a Sebastian.

-¿Qué es esto? -preguntó este, con expresión divertida-. ¿Soltando hechizos a aficionados?

-¿Dónde está? -Nash había abierto la puerta y estaba agarrando a Sebastian por las solapas de la camisa-. Mo lo vas a decir por las buenas o por las malas.

-Cuidado, amigo. Llevo semanas deseando ajustarte las cuentas -le advirtió Sebastian.

-Comportaos -ordenó Anastasia, al tiempo que los separaba-. Estoy segura de que os apetece romperos la nariz y poneros los ojos morados, pero no pienso tolerarlo.

-Quiero saber dónde está Morgana -insistió Nash, frustrado.

-Lo que tú quieras no tiene mucho peso por aquí -replicó Sebastian-. Tienes un aspecto horrible, muchacho. ¿Te remuerde la conciencia?

-Sebastian -lo reprobó Anastasia-. No te ensañes con él. ¿No ves que es infeliz?

-Se me rompe el corazón.

-¿Y que está enamorado de ella? -prosiguió Ana.

-No dejes que te engañe -repuso el primo.

-¡Dios!, ¡solo tienes que mirarlo!

Sebastian obedeció, a regañadientes. Colocó las manos sobre los hombros de Nash y, antes de que este pudiera apartarlas, soltó una risotada.

-¡Santo cielo!, ¡es verdad! -exclamó Sebastian-. ¿Por qué diablos has montado este lío?

-No tengo por qué darte explicaciones -murmuró Nash-. Lo que tengo que decir, se lo diré a Morgana.

Sebastian se estaba ablandando, pero no veía ningún motivo para ponerle las cosas fáciles.

-Pues creo que ella piensa que ya has dado tu opinión. No me parece que esté en condiciones de volver a escuchar tus insultantes acusaciones.

-¿No está en condiciones? -Nash se quedó helado-. ¿Está enferma?, ¿qué le pasa? -preguntó angustiada.

Los primos intercambiaron una mirada fugaz, sutil.

-No está enferma -dijo Ana, que trató de no enfadarse con su prima por no haberle comunicado a Nash lo del bebé-. De hecho está bastante bien. Sebastian se refería a que la molestó mucho lo que ocurrió entre vosotros la última vez que os visteis.

-Está bien, quereis que suplique, pues suplicaré. Tengo que verla. Si cuando termine de arrastrarme me echa a patadas de su vida, aprenderé a vivir con ello.

-Está en Irlanda -reveló Ana-. Con nuestra familia. ¿Tienes pasaporte? -añadió con una bella sonrisa.

Morgana se alegraba de haber vuelto con sus padres. El aire de Irlanda la relajaba, ya fuera la brisa balsámica de las colinas o el viento salvaje que azotaba por el canal.

Aunque sabía que tendría que volver a Monterrey en breve, agradecía esas semanas que había tenido para sanar su espíritu.

Y también le estaba agradecida a su familia.

Sentada frente a la ventana en el salón de su madre, se sentía en su casa, totalmente en paz. El sol le iluminaba la cara. Podía ver, a través del cristal, los acantilados que daban a la playa, las olas, el césped del jardín, repleto de flores.

Su madre hacía calceta al otro lado del salón. Era un instante acogedor, que le recordaba a la infancia con dulzura. Y su madre apenas había cambiado con los años. Cuando Morgana la miraba, sentía una intensa oleada de amor:

-Eres preciosa -le dijo.

-No voy a discutirte. Da gusto oír algo así de una hija adulta -repuso la madre con cariño-. ¿Sabes lo maravilloso que es tenerte aquí, mi vida?

-Para mí ha sido estupendo. Y os agradezco que no me hayáis hecho todas las preguntas que queréis.

-Es que tienes que estarnos agradecida. Me ha faltado ponerle un bozal a tu padre para que no te atosigue -dijo la madre-. Te quiere tanto.

-Lo sé -reconoció Morgana, emocionada-. Perdona, estoy demasiado sensible -añadió, al ver que tenía que secarse una lágrima.

-Carió -Bryna abrió ambas manos hasta que Morgana hubo cruzado el salón para unirse a ella-. Sabes que puedes contarme lo que sea, cualquier cosa. Cuando estés preparada.

-Mamá -Morgana apoyó la cabeza en el regazo de Bryna-. Hace poco me he dado cuenta de lo afortunada que soy por haberos tenido a mi lado. Me he sentido querida y protegida. Nunca te había dicho lo agradecida que estoy.

-¿Qué te ocurre, cariño? -preguntó Bryna, sorprendida.

-He pensado lo horrible que tiene que ser no sentirse querido; que te digan desde pequeña que nunca debiste nacer y que eres un error y una carga. ¿Puede haber algo más frío que eso?

-No, no hay nada más frío que vivir sin amor -Bryna empleó un tono de voz suave-

¿Estás enamorada?

No necesité responder.

-Le han hecho tanto daño. Él nunca ha tenido lo que vosotros me disteis. Y, a pesar de todo, se ha convertido en un hombre fantástico. Te gustaría mucho -aseguró Morgana-. Es divertido, dulce. Y muy ingenioso. Pero hay una parte de él que está cerrada. No es culpa suya, lo obligaron a aislarse. Por muchos poderes que tenga, no puedo romper ese cerrojo... porque él no quiere amarme y yo no puedo tomar nada que no esté dispuesto a darme.

-No debes -convino Bryna, conmovida-. Eres demasiado inteligente para hacer algo así. Pero la gente cambia, Morgana. Con el tiempo...

-No hay tiempo. Daré a luz a su hija en navidades.

Se le atragantaron todas las palabras de consuelo que tenía preparadas. Lo único en lo que podía pensar era que su pequeña iba a tener otra pequeña.

-¿Estás bien? -acertó a preguntarle.

-Sí -respondió Morgana, sonriente.

-¿Y segura?

-Muy segura.

-¡Cariño!, ¡vida mía! -Bryna abrazó a su hija-. Me siento feliz por ti. Y triste -añadió cuando se hubieron separado.

-Lo sé. Pero quiero al bebé. Créeme, es un bebé deseadísimos. No solo porque es lo único que jamás tendré de su padre, sino por él mismo.

-¿Y te sientes?

-Rara: tan pronto fuerte como frágil. Enferma no, pero a veces me mareo.

-Y dices que el padre es un buen hombre.

-Entonces cuando se lo contaste, solo estaba sorprendido, desprevenido... -Bryna notó que su hija desviaba los ojos-. Morgana, me conozco esa mirada huidiza desde que eras pequeña.

-No se lo he dicho. ¡No! -le rogó al ver que su madre iba a amonestarla-. Lo intenté, pero todo se vino abajo. Sé que es un error no habérselo dicho, pero habría sido igual de grave decírselo y retenerlo en contra de su voluntad. Tomé una decisión.

-La equivocada.

-Mi decisión, acertada o no -repuso Morgana, alzando la barbilla-. No pretendo que la apruebes, pero sí que la respetes. Y me gustaría que no se lo contaras a nadie. Ni siquiera a papá.

-Ni siquiera a papá, ¿qué? -preguntó Matthew, que entraba en esos momentos en casa.

-Cosas de mujeres -dijo Morgana mientras se acercaba para darle un beso-. Hola, guapetón.

-Me doy cuenta de cuándo me están guardando un secreto mis mujeres -Matthew arrugó la nariz.

-No vale mirar -dijo Morgana, sabedora de que su padre era casi tan bueno como Sebastian leyendo los pensamientos-. Bueno, ¿Dónde están los demás?

Matthew no se dio por satisfecho, pero tuvo paciencia. Si no se lo decía ella pronto, se enteraría por sus medios. Después de todo, era su padre.

-Douglas y Maureen están en la cocina, discutiendo qué hay de comer. Camila está desplumando a Patrick a las cartas -Matthew esbozó una sonrisa perversa-. Y él no lo lleva nada bien. Dice que está trucando la baraja.

-¿Y es verdad? -preguntó Bryna.

-Por supuesto. Tu hermana es una tramposa de nacimiento.

-Y tu hermano un pobre perdedor.

Morgana rio y les tendió un brazo a cada uno.

-Todavía no entiendo cómo podeis vivir los seis juntos y que la casa no se caiga fulminada por un rayo. Vamos abajo a armar más follón.

No había nada como una comida en grupo con los Donovan para elevar los ánimos. Asistir al intercambio de bromas y pullas entre las dos parejas de trillizos y los tres matrimonios era más divertido que una entrada para el circo.

Sabía que tenían sus roces, pero también era evidente que, así como el sol salía después de una tormenta, regresaba la alegría entre ellos después de cada crisis.

Los miró de uno en uno y pensó que no se parecían apenas, por mucho que fuesen trillizos. Su padre era alto, delgado, de resistente pelo gris y porte digno. Padrick, el padre de Anastasia, tenía la estatura de Morgana, la constitución de un boxeador y un corazón bromismota. Douglas medía uno ochenta y cinco y tenía una alopecia galopante. Era un hombre excéntrico, pero congeniaba a la perfección con Camilla, cuyo último peinado consistía en un cúmulo de fogosos rizos naranjas. Era la pequeña del grupo, guapa y regordeta, y tenía una voluntad de acero.

Maureen, la mejor médium que Morgana había conocido, era alta y corpulenta, y tenía una risa que contagiaba a todo el mundo.

Con Bryna y Mathew, formaban una pandilla singular, a la que Morgana quería con todo su corazón.

-Tu gata ha vuelto a colarse en mi habitación -le estaba diciendo Camila a Maureen.

-Estaría cazando ratones, no te quejes.

-Sabes de sobra que en esta casa no hay ratones. Douglas los hechizó para que se fueran.

-Todos conocemos los hechizos de Douglas -murmuró Matthew.

-Y todos sabemos quien ha cocinado hoy -contatacó Camila, en defensa de su marido.

-Creo que Douglas ha colaborado -terció Padrick sonriente-. Aunque el bizcocho está muy rico.

-Es una nueva receta -comunicó Douglas-. Muy saludable.

-Pues Morgana no ha probado el postre -onbservó Maureen.

Estaba demasiado ocupada sonriendo.

-Tiene una pinta estupenda, Douglas. Me lo estoy reservando -Morgana se levantó y les dio un beso en la mejilla a cada uno-. Os quiero mucho a todos.

-Morgana -la llamó Bryna al ver que su hija salía del comedor-. ¿Adónde vas?

-A dar un paseo por la playa. Un largo paseo por la playa.

-Esta chica está rara -opinó Douglas no bien se hubo marchado Morgana-. ¿No os parece?

Nash se sentía raro. Quizá tuviera algo que ver con que llevaba dos días sin dormir. Viajar durante veinte horas en avión, tren, taxi y autobús podía contribuir al estado adormilado en el que estaba sumido. Con todo, había conseguido ir de la Costa Oeste a la Este, tomar otro avión en Nueva York y dar una cabezadita sobrevolando en Atlántico. Luego había tomado el tren al Sur de Dublín y había buscado algún coche que pudiese

comprar, alquilar o robar, con el que poder cubrir los últimos kilómetros hasta el castillo de los Donovan.

Sabía que tenía su importancia conducir por el lado correcto de la carretera. Si se podía llamar carretera al sendero sinuoso que amenazaba con destrozar el coche que había logrado procurarse. Ya había perdido el silenciador en un bache y estaba haciendo ruido suficiente para despertar a un cementerio entero.

No era que la tierra no tuviese su estilo y su encanto, con los acantilados y los campos verdes, sino que tenía miedo de quedarse sin más piezas que el volante.

A la derecha tenía las Montañas Knockmealdown, referencia que lo situaba a muy escasos kilómetros de los Donovan.

-Si sobrevivo -murmuró Nash-, si la encuentro y sobrevivo, pienso matarla. Lentamente -se prometió.

Luego la llevaría a algún lugar tranquilo y oscuro y le haría el amor durante una semana entera. Después dormiría otra semana, se despertaría y volvería a empezar de cero.

Si sobrevivía, se recordó.

El coche brincaba, botaba y agitaba sus huesos. Se preguntó cuántos de sus órganos internos habrían cambiado de posición. De pronto, se quedó boquiabierto.

A pesar del nombre, no había esperado encontrarse con un castillo. Pero era un castillo de verdad, situado en lo alto de los acantilados, con vistas al arrogante mar. La piedra, gris, brillaba con el sol, y las torres se alzaban hacia el cielo. Una bandera blanca ondeaba en lo más alto, con el mágico dibujo de una estrella pitagórica, de cinco puntas.

Nash parpadeó asombrado. Aquello era de película. Si un caballero hubiese atravesado el puente levadizo, ¡porque había un puente levadizo!, ya no se habría inmutado.

El coche decidió que no seguía. Nash salió maldiciendo todo lo maldecible, y le pegó una patada a lo que quedaba del parachoques.

Calculó que le quedaban tres kilómetros largos de ascensión. Suspiró resignado, sacó su bolsa de viaje del asiento trasero y echó a andar.

Cuando vio un caballo blanco galopando sobre el puente, se planteó seriamente si no estaría alucinando. Aunque el jinete no llevaba armadura, era apuesto y deslumbrante, y llevaba un halcón sobre el guante de cuero izquierdo.

-No te serviría de aperitivo, Ulysses -le comentó Matthew a su mascota al ver al hombre que se aproximaba, despeinado, sin afeitarse y con aspecto de estar extenuado-. ¿Se ha perdido, chaval? -le preguntó cuando estuvo a la altura de Nash.

-No. Sé adónde voy. Allí -repuso, indicando con una mano.

-¿Al castillo de los Donovan? -Matthew arqueó una ceja-. ¿No sabes que está lleno de brujas y hechiceros?

-Sí, justo ahí es donde voy.

Matthew miró al hombre con más detenimiento. Podría estar despeinado, pero no era un vagabundo. Y aunque su mirada pareciese cansada, un destello porfiado iluminaba sus ojos.

-Perdona que te lo diga, pero no parece estar en condiciones de enfrentarte a ellos -comentó Matthew-. ¿Sabes que estás sangrando?

-¿Dónde? -Nash se llevó una mano a la sien izquierda y miró sus dedos ensangrentados-. ¡Seguro que maldijo el coche! -murmuró entre dientes.

-¿Quién lo maldijo?

-Morgana. Morgana Donovan -Nash frotó los dedos contra los vaqueros-. He hecho un largo viaje para ponerle las manos encima.

-Cuidadito -advirtió Matthew con serenidad-. Estas hablando de mi hija.

Cansado y dolorido, al límite de sus fuerzas, Nash miró aquellos ojos grises con valentía. Podría convertirlo en un escarabajo pelotero, pero no se iba a dejar acobardar.

-Me llamo Nash Kirkland, señor Donovan. Y he venido por su hija.

-¿Sí? -repuso Matthew con curiosidad-. Entonces monta y a ver qué dice ella-. Se alegra de conocerte -añadió, en referencia al halcón, que había echado a volar para hacerle un hueco.

-Igualmente -contestó Nash mientras subía al caballo.

Minutos después, nada más transponer el puente levadizo, una mujer alta y morena los recibió.

-¿Por qué te has cortado el pelo? Tenemos que... -Nash se calló al reparar en su error-. Pensaba que eras... perdón -se disculpó mientras bajaba del caballo.

-Me siento halagada -dijo Bryna. Miró a su marido y rio-. Matthew, ¿qué me has traído?

-Un hombre al que le ha dejado tirado el coche y que parece que quiere a Morgana.

-¿Y la quieres? -preguntó Bryna, aguzando la mirada-. ¿Quieres a mi hija?

-Yo... sí, señora.

-¿Y ella te ha hecho infeliz? -una sonrisa curvó los labios de la madre.

-Sí... no -Nash suspiró-. Por favor, ¿está aquí?

-Entra -Bryna le agarró un brazo con delicadeza-. Te curaré esa herida de la cabeza y luego te mandaré con ella.

Morgana dejó que el viento azotara su rostro y penetrara por su jersey. Era como si el frío la ayudara a cicatrizar sus heridas. En unos pocos días, podría regresar y afrontar la realidad de nuevo.

Se sentó en una roca. Entonces, allí, a solas, no le quedó más remedio que reconocerlo. Sabía que esa herida nunca cicatrizaría. Seguiría adelante porque era fuerte y orgullosa, por el bienestar de su hija; pero siempre sentiría que le faltaba algo para estar completa.

Al menos ya no lloraba ni se compadecía. Irlanda la había ayudado a recordar, en aquellos paseos por la playa, que nada, por muy doloroso que fuese, duraba eternamente.

Excepto el amor.

Se levantó y emprendió el camino de regreso. Se prepararía un té y le echaría las cartas a Camilla, o escucharía una de las largas historias de Padrick. Luego les contaría lo del bebé.

Y, siendo su familia, la apoyarían.

¡Como lamentaba que Nash jamás fuera a experimentar esa clase unión!

Lo intuyó antes de verlo. Pero creyó que su imaginación le estaba gastando una broma pesada. Entonces, dejó de mirar la arena de la playa, alzó la vista... y lo encontró.

Se acercaba a ella a grandes zancadas. Una barba de dos días ensombrecía su cara y había una venda blanca en su sien izquierda. En sus ojos, una mirada que le paralizó el corazón.

Morgana retrocedió un paso, a la defensiva, reacción que lo dejó helado. Lo había mirado como si tuviese miedo de él.

-Morgana.

-¿Qué te ha pasado? -preguntó ella, cubriendo con una mano el secreto que crecía en sus entrañas-. ¿Estás herido?

-No es nada. Me he debido golpear mientras venía en coche -contestó Nash, llevándose una mano a la venda-. Tu madre me ha curado.

-¿Mi madre? -Morgana miró más allá de Nash, hacia las torres del castillo-. ¿Has visto a mi madre?

-Y a todos los demás. Son... únicos -acertó a esbozar una sonrisa fugaz-. El coche me dejó tirado a unos tres kilómetros y tu padre me recogió. Luego me llevaron a la cocina,

me sirvieron un té y... ¡Dios, Morgana! No sabía dónde estabas. Debería haberlo sabido. Me habías dicho que te gustaba venir a Irlanda a pasear por la playa. Debería haber sabido muchas cosas -añadió nervioso.

-Has hecho un viaje muy largo -dijo ella con voz neutra, temerosa de caer desmayada.

-Habría venido antes, pero... ¡Morgana! -gritó Nash al ver que las piernas de ella se doblaban. Corrió a sujetarla, pero Morgana trató de apartarlo-. Por favor, déjame que te sostenga. Solo un minuto -insistió él.

Morgana denegó con la cabeza, pero sus brazos traicioneros se agarraron a Nash. Cuando sus labios se apoderaron de los de ella, no gimió para protestar, sino de placer.

-No digas nada hasta que te haya dicho lo que tengo que decirte -le pidió Nash.

-No -se resistió Morgana, recordando lo último que le había dicho Nash-. No podría soportarlo otra vez.

-Por favor, sientate.

Penso en seguir luchando, pero algo en la mirada de Nash la dejó sin fuerzas y obedeció. Se sentó sobre una roca, colocó las manos en su regazo y alzó la barbilla.

-Por muy mal que estuvieran las cosas, no deberías haber huido -arrancó Nash.

¿Qué? -exclamó Morgana, sorprendida.

-Puede que yo haya sido un idiota, pero no es motivo suficiente para hacerme sufrir como me has hecho sufrir cuando recuperé el juicio y descubrí que te habías ido.

-Así que es culpa mía.

-¿De que esté loco desde hace un mes? Sí -aseguró Nash-. Todo lo demás es culpa mía. Lo siento.

-No puedo aceptar tus disculpas hasta que sepa de qué te arrepientes en concreto.

-Sabía que me harías arrastrarme -murmuró Nash, disgustado-. Está bien, te pido perdón por todas las estupideces que dije.

-¿Por todas? -los labios de Morgana se curvaron un poco. Luego bajó la cabeza para no mirarlo e ilusionarse demasiado.

-Mírame, maldita sea. Quiero que me mires cuando te digo que te amo; que sé que no tiene nada que ver con ningún hechizo; que te amo por cómo eres -impaciente, Nash tiró de ella hasta estar los dos de pie, frente a frente. Cuando Morgana cerró los ojos, se sintió aterrorizado-. No, por favor, no me apartes. Sé que es lo que yo te hice, pero fue una estupidez. Estaba asustado. Por favor, abre los ojos y mírame. Es la primera vez que me enamoro. Tienes que perdonarme -le suplicó, descompuesto.

-Entiendo que tuvieras miedo -dijo ella por fin, tras abrir los ojos-. Si lo que quieres es mi perdón, lo tienes. No tiene sentido que te guarde rencor.

-¿Así de fácil? -Nash le dio un beso en la frente, en las mejillas-. ¿No quieres convertirme en un murcielago sin alas?

-Por esta vez, no -Morgana se apartó y trató de encontrar un tema de conversación desenfadado-. Tienes que estar agotado después de un viaje tan largo. ¿Por qué no volvemos? Ya casi es la hora de cenar.

-Morgana -insistió él-. Te he dicho que te amo. Nunca se lo he dicho a nadie. A nadie en toda mi vida. Me ha costado pero creo que resultara cada vez más fácil... Dijiste que tú también me amabas -añadió con el corazón en un puño.

-Sí... Y lo sigo diciendo.

Nash apoyó la frente sobre la de ella.

-Es maravilloso -comentó con voz maravillada-. No sabía que pudiera ser tan maravilloso amar a alguien y ser correspondido. Podemos partir de ahí, Morgana. Sé que no soy una ganga y probablemente meta la pata de vez en cuando. No estoy acostumbrado a estar acompañado. Pero te prometo que me entregaré a fondo.

-¿Qué estas diciendo? -preguntó Morgana, incapaz de moverse de la emoción.

-Te estoy pidiendo que te cases conmigo -anunció Nash, nervioso, con las manos metidas en los bolsillos-. Más o menos.

-¿Más o menos?

-Mira, quiero que te cases conmigo, aunque me esté declarando fatal. Si quieres esperar a que organice una velada, me arrodille y saque un anillo del bolsillo, de acuerdo. Es que... te quiero tanto. No sabía que pudiera sentirme así. Quiero que me des una oportunidad.

-No necesito que organices nada, Nash.

-¿No quieres casarte conmigo? -preguntó abatido.

-Quiero una vida contigo. Por supuesto que quiero eso. Pero no te casarías solo conmigo.

Por un momento, se quedó desconcertado. Luego su rostro esbozó una sonrisa.

-¿Te refieres a tu familia y a... y al legado de los Donovan? Cariño, eres todo cuanto quiero, y más -aseguró Nash-. El hecho de que la mujer a la que amo sea una bruja solo le añade un poco de interés al asunto. Y tu familia parece encantadora... aunque un poco rara, la verdad -añadió con una sonrisa esperanzada.

-Nash, eres perfecto -dijo ella conmovida, alzando una mano para acariciarle una mejilla-. Pero no me refiero solo a eso: estoy embarazada -agregó, mirándolo a los ojos.

-¿Qué? -Nash se quedó blanco. Tuvo que sentarse sobre una roca-. ¿Un bebé?, ¿estás embarazada?, ¿vas a tener un niño? -balbuceó cuando recuperó la respiración.

-Una niña -concretó Morgana, aparentemente calmada. Le dio un momento para hablar, pero siguió adelante al ver que Nash guardaba silencio-. Soy consciente de que no querías formar una familia, así que entiendo que esto cambia las cosas y...

-Lo sabías -la interrumpió Nash-. Ese día, el último día, lo sabías. Fuiste a decírmelo.

-Sí, lo sabía. Fui a decírtelo.

Se levantó con las piernas aún temblándole y se acercó a la orilla. Recordó la cara de Morgana aquel día terrible, las cosas que le había dicho. No le extrañaba que lo hubiera abandonado, llevándose consigo su secreto.

-¿Crees que no quiero al bebé? -le preguntó.

-Entiendo que tienes dudas. Ninguno de los dos lo habíamos planeado... Te aseguro que no lo había planeado -enfaticó Morgana.

-Lo sé. Nunca te volveré a culpar de algo así. No suelo cometer el mismo error dos veces -la tranquilizó Nash-. ¿Cuándo?

-Antes de Navidades. Me quedé embarazada la primera noche, en el equinoccio de primavera.

-Navidades -repitió Nash. Y pensó en una bicicleta roja, en las risas y el cariño de una familia que podía haber sido la suya. Una familia que ahora podía tener. Morgana le estaba ofreciendo algo que él siempre había deseado en secreto-. Dijiste que era libre... Que no habías liberado de ti y de lo que habíamos hecho juntos. Te referías a la niña -dijo con cuidado.

-Esta niña es deseada. No es un error, sino un regalo -afirmó Morgana con una voz firme y bella-. Prefería que fuese solo mío a arriesgarme a que no se sintiera querida un solo segundo de su vida.

No estaba seguro de que fuera a poder hablar, pero, cuando lo logró, las palabras le salieron del corazón:

-Quiero a la niña, y a ti, y todo lo que hagamos juntos.

-Entonces, no tienes más que pedirlo -dijo Morgana, con los ojos nublados de lágrimas.

Nash se acercó a ella y colocó una mano sobre su vientre.

-Dadme una oportunidad -fue todo lo que dijo.

-Llevamos mucho tiempo esperándote -repuso Morgana mientras sonreía para recibir los labios de Nash.

-Voy a ser padre -musitó él. Luego dio un grito de alegría y la levantó en brazos-. Vamos a tener un bebé.

-Sí -Morgana le rodeó el cuello con los brazos y rio.

-Somos una familia.

-Sí.

Le dio un beso largo y apasionado antes de echar a andar.

-Si hacemos un buen trabajo con el primero, podemos tener más, ¿no?

-Claro que sí. ¿Adonde vamos?

-Te llevo de vuelta a casa. Conmigo.

-Por mi perfecto, pero no tienes por qué llevarme en brazos.

-Hasta el último paso. Vas a tener un bebé. Mi bebé. Ya lo estoy viendo. Interior, día. Una habitación soleada de paredes azul claro.

-Amarillas.

-De acuerdo. Con paredes amarillo brillante. Debajo de la ventana se mece una cuna antigua, con uno de esos móviles encima. Se oye un gorjeo risueño y una manita se estira para tirar de una de las estrellas... -Nash se detuvo y miro a Morgana-. ¡Dios!

-¿Qué?, ¿que pasa?

-No lo había pensado. ¿Qué probabilidades hay? Quiero decir, ¿qué probabilidad hay de que la niña sea... ya sabes, de que herede tus poderes?

-¿Quieres decir que qué probabilidades hay de que la niña sea una bruja? -repuso Morgana sonriente, mientras acariciaba la cara de Nash-. Muchas. Los genes de los Donovan son muy fuertes. Pero apuesto a que sacaré tus ojos -añadió riendo.

-Sí -dio un paso más y se sorprendió sonriendo-. Seguro que sí.

**FIN**